

PATRICIA VERDUGO
CARMEN HERTZ

OPERACION SIGLO XX



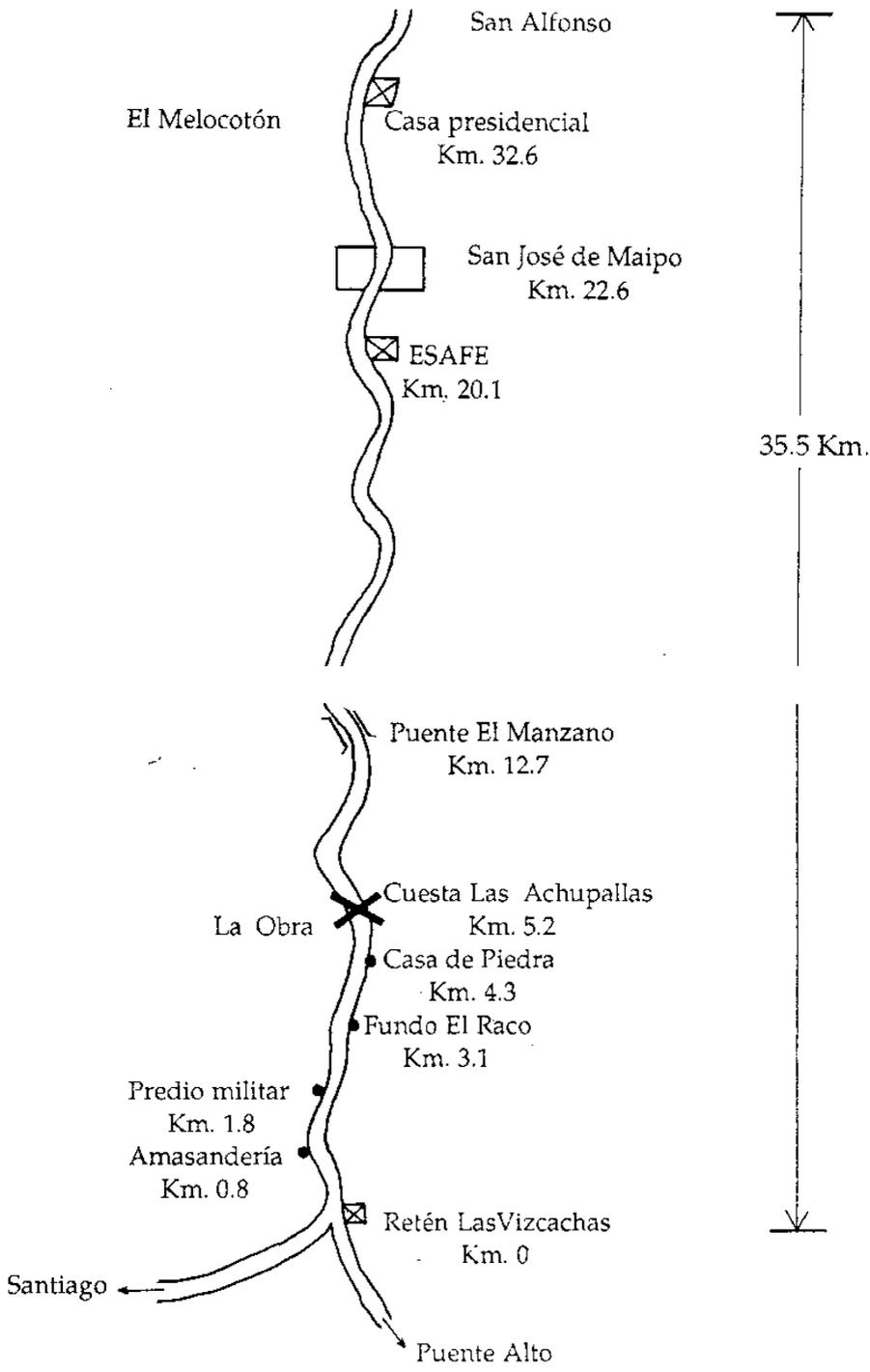
ORNITORRINCO

PATRICIA VERDUGO

CARMEN HERTZ

OPERACION SIGLO XX

LAS EDICIONES DEL ORNITORRINCO



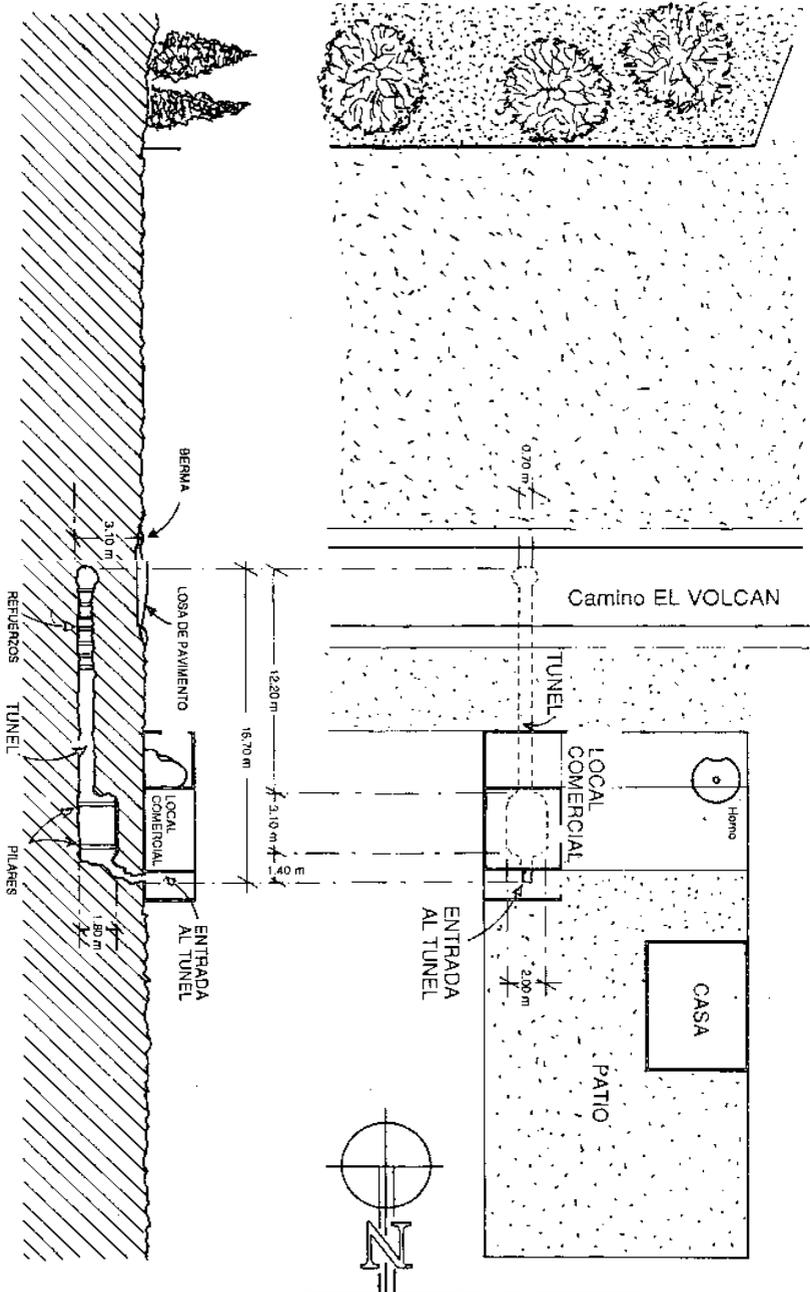
PROPIEDAD UBICADA EN EL CAMINO EL VOLCAN N° 06210 DE LAS VIZCACHAS
- PUENTE ALTO - LUGAR DONDE SE EFECTUO UNA INSPECCION OCULAR.

TERCERA BRIGADA DE HOMICIDIOS.

Res-267.-

INFORME PERICIAL PLANIMETRICO N° R. 357.-

CORTE DEL TERRENO
esc. 1 : 300



*"Cuando Yo fije la hora,
juzgaré según la justicia"*

Libro de los Salmos, 74

El reto de un oficial de Ejército -protagonista de estos hechos- impulsó la decisión de escribir este libro: "Si tanto les importan los derechos humanos, ésta es una historia que merece ser relatada". Había participado en la tarea de rescate de los escoltas presidenciales, al anochecer de ese domingo 7 de septiembre de 1986.

Era una parte de la historia. Para completarla, hicimos muchas entrevistas, cotejamos datos y nos sumergimos en las 40 mil fojas del proceso que instruyó la justicia militar. Así fueron escribiéndose estas páginas que entregamos hoy, en la esperanza de que su lectura colabore a la búsqueda de la verdad y a la comprensión más acabada de nuestros dolores y conflictos que -día tras día y año tras año, a contar del golpe militar- fueron creando el escenario de este suceso, en el enclave cordillerano del Cajón del Maipo. Porque tras las manos que dispararon -todas las manos, las de unos y las de otros- estaban los brazos de to- dos nosotros.

Las autoras **Noviembre de 1990**

SUMARIO

Capítulo I El cráter que no fue	15
Capítulo II Una pareja encantadora	35
Capítulo III La aventura de los "rent a car"	49
Capítulo IV Por el amor de Isabelle	61
Capítulo V El primer acuartelamiento	73
Capítulo VI Los curiosos seminaristas	93
Capítulo VII Columnas en marcha	131
Capítulo VIII La batalla de "El Mirador"	153
Capítulo IX El escape	169
Capítulo X Rescate y venganza	197
Capítulo XI La investigación	213
Capítulo XII Y el trágico fin	245

El cráter que no fue

Marcelino Farfán salió, cerca del mediodía, para almorzar en casa de unos amigos como lo hacía todos los domingos. Cerró el portón de la parcela -donde trabajaba como cuidador hacía ya dieciséis años- y se fue caminando y rumiando su disgusto por los nuevos arrendatarios que había aceptado don Lorenzo. A él le gustaba que la casa sólo fuera ocupada por sus patrones -don Lorenzo García y su mujer, doña María Elena Bravo- y le resultaba francamente molesto que la invadieran extraños. Especialmente si los extraños eran tan extraños...

Ni el amarillo de los aromos ni el blanco de las flores de los almendros, que inundaban de primavera las laderas de los cerros, lo hicieron olvidar su disgusto. A poco andar bajo el sol limpio y tibio de ese domingo 7 de septiembre de 1986, don Marcelino se encontró con "El Penca Mocha", un antiguo habitante del pueblo, cuyo nombre -Héctor Véliz Troncoso- todos habían olvidado. Simplemente era "El Penca Mocha". Estaba todo engrasado, arreglando un furgón Subaru.

—¿Y qué pasa, don Marcelino, que tiene la casa llena de terroristas? -dijo Véliz en tono festivo y a modo de saludo.

—¡Chiss! Si más parecen maricones, puros hombres que entran y salen -replicó Farfán.

—¡Qué maricones ni que ocho cuartos! Si son terroristas, don Marcelino -insistió Véliz en son de broma.

—Quédese callado mejor y no hable tonterías, que a los dos nos puede llegar un balazo -dijo Farfán, dando por cerrado el encuentro y continuando con su caminata.

¿Terroristas, maricones? Marcelino Farfán dejó de masticar las palabras y decidió olvidarse de los extraños para ir a saborear su almuerzo dominical. Véliz, en cambio, siguió apretando tornillos del Subaru y pensando en los extraños jóvenes que habían arrendado la Casa de Piedra, nombre con que todos los lugareños conocían la parcela ubicada en Camino El Volcán N^o 0235, al borde sur de la carretera y en medio del poblado de La Obra.

Véliz recordó lo que todos sabían en el pueblo: que habían pagado caro por la renta y habían entregado, en billetes, varios meses por adelantado. Entraban y salían tantos vehículos y sólo se veía a hombres en estas idas y venidas. ¡Qué extraño, él siempre estuvo convencido de que se trataba de terroristas y lo comentó por doquier! Así lo dijo a la policía una semana después de los hechos y así quedó estampado a fojas 194 del proceso en la justicia militar. Nadie le preguntó por qué no había ido a la policía a contar su convicción, sabiendo -como todos en La Obra- que los fines de semana pasaba por allí el general Augusto Pinochet con su tan ruidosa

como veloz comitiva, rumbo a la casa presidencial de El Melocotón.

En la Casa de Piedra -con su piscina, cancha de tenis y el jardín posterior lamiendo el río Maipo- se vio el conocido aviso rojo rectangular de "Se arrienda" a mediados de julio de 1986. Y cuando Marcelino Farfán lo pegó en el portón blanco de entrada, jamás imaginó que se convertiría en protagonista de un episodio que pudo marcar otra historia para Chile. Un episodio que ya tenía nombre desde hace varios meses: Operación Siglo XX.

La jefatura máxima del Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR) venía dándole vueltas a la decisión de matar al general Pinochet desde fines de 1984. Su análisis -tras las protestas populares de 1983- indicaba que había un clima prerrevolucionario que iría in crescendo y sus encuestas decían que la oposición concordaba respecto a que Pinochet era "el obstáculo" en la lucha por reconquistar la democracia. Había, por tanto, que eliminar ese obstáculo y así "dar un necesario golpe de carácter estratégico para potenciar la sublevación popular".

No tenían dudas políticas ni éticas al respecto: "Cualquier tribunal de justicia, honesto e independiente, lo condenaría a muerte. A falta de ese tribunal, nosotros somos el brazo armado y justiciero del pueblo. Ya llegará el momento", sostenían sus voceros en reuniones clandestinas con los periodistas.

Largos meses de "exploración" se pusieron sobre la mesa de trabajo. Grupos exploradores especializados rindieron sus informes que marcaban las "rutinas" del Jefe de Estado desde que salía cada mañana de la casa pre-

sidencial de calle Presidente Errázuriz, en un elegante barrio de la capital chilena. Una tarea en extremo difícil ya que la Guardia de Seguridad Presidencial tenía justamente por misión el no establecer rutinas que lo pusieran en riesgo. Parejas de enamorados, vendedores ambulantes, estudiantes de inocente aspecto, mujeres de elegante atuendo y hombres con apariencia de prósperos empresarios realizaron tareas de vigilancia y seguimiento a lo largo de meses. Y esa labor se extendió a provincias, cuando el general Pinochet salía en gira, y a la casa de El Melocotón, su lugar preferido de descanso en los fines de semana entre otoño y primavera.

Así, la Operación Siglo XX tuvo muchas variantes de acción, incluyendo la oferta de no pocos ancianos -especialmente mujeres de avanzada edad- que estaban dispuestos a la acción suicida: "Nos llegaban recados de señoras que estaban seguras de poder pasar por pinoche- tistas y lograr acercarse a él durante las giras a provincias, señoras que estaban dispuestas a cargar explosivos, entre sus ropas y activarlos en el momento adecuado. Se desechó esa posibilidad porque ensuciaba el objetivo, al matar y herir a personas inocentes que estuvieran cerca", nos aseguró un comandante del FPMR.

Finalmente, se optó por la alternativa de realizar el atentado en el Cajón del Maipo. La decisión se tomó en mayo de 1986, mientras la represión selectiva y masiva se hacía sentir con fuerza. Por tercera vez había sido secuestrada la sicóloga Carmen Andrea Hales, hermana de uno de los voceros del PC e hija de Alejandro Hales, ex ministro de Estado de la Administración Frei. La habían

liberado, golpeada, con un mensaje claro: "Que tu padre jio siga hablando". Entretanto, tropas del Ejército apoyadas por policías habían allanado treinta y tres poblaciones populares de la capital y los organismos de defensa de derechos humanos calculaban que unos 90 mil pobladores habían recibido tratos vejatorios, incluyendo los quince mil que fueron detenidos. Además, medio centenar de parlamentarios extranjeros fueron aislados en un hotel céntrico, donde se desarrollaba la Asamblea Parlamentaria por la Democracia en Chile, por cordones de policías y soldados con sus rostros pintados de negro.

Y mientras en el centro de Santiago se enfrentaban los manifestantes con los uniformados, una importante reunión se efectuaba en una casona de inocente aspecto al sur-oriente de la capital. De pie, frente a tres miembros de la Jefatura Nacional del FPMR, un hombre joven, rubio y delgado asintió con la cabeza. José Joaquín Valenzuela Levy sintió que su corazón latía rápido. Era un honor inesperado: le habían asignado la jefatura de la Operación Siglo XX. Fue para él un momento emocionante e inolvidable, rubricado por el sencillo ceremonial que lo ascendió al grado de comandante, el "comandante Ernesto".

A los 28 años, Valenzuela Levy reunía todas las condiciones para dirigir esta operación calificada como "de alto riesgo". Obviamente en un principio se pensó que la jefatura de Siglo XX debía estar en manos del entonces jefe máximo: el ingeniero Raúl Pellegrin Friedman, comandante "Rodrigo", que por su cargo debía ser llamado "José Miguel". Pero finalmente se decidió que había que

asegurar su sobrevivencia para los acontecimientos políticos posteriores.

Así, se buscó al jefe de Siglo XX entre los más preparados, hábiles y experimentados en acciones de alto riesgo. Debía conducir la operación hasta el más mínimo detalle, debía estar dispuesto a morir -y bien dispuesto- y debía transmitir a sus subordinados la misma disposición.

El nombre de José Joaquín Valenzuela Levy se impuso sobre otros en reiteradas discusiones. Desde que ingresó clandestinamente al país, a mediados de 1985, "Ernesto" se destacó por su personalidad de líder natural, organizando a la perfección las escuelas clandestinas que en diez días de intenso "internado" dejaban a los combatientes listos para la acción. Y sin tacha fue su desempeño como formador e instructor de las "unidades territoriales de autodefensa" en las poblaciones populares, al punto que rápidamente pasó a formar parte de la Jefatura de Santiago y, en marzo del 86, fue designado suplente en la Dirección Nacional del Frente. Así se establece en el breve curriculum que se nos hizo llegar.

Y cuando salió de esa casa en Ñuñoa, ya transformado en comandante, se le entrecruzaban las ideas de cómo llevar adelante el atentado con las imágenes de su pasado. Ahí estaba, acelerando ante la luz verde del semáforo y viendo la imagen del niño frágil y rubio que corría por los patios del Nido de Aguilas, uno de los colegios privados más exclusivos y caros de Chile al que asisten especialmente los hijos de los diplomáticos. Criado en un hogar de clase media alta, su madre -quien quedó a su cargo tras una temprana separación- había optado por

una educación que hiciera de José Joaquín un ciudadano internacional, con dominio perfecto del inglés y un fuerte sentido de competencia que lo obligara a superarse. Así, el "Pepo" -como todos le decían- pudo seguir sin tropiezos su educación en Estados Unidos, en las dos ocasiones en que la geóloga Beatriz Levy estuvo becada. Todo ello fue de gran utilidad cuando sobrevino el golpe militar y José Joaquín, de apenas 15 años, debió salir al exilio junto con su madre.

El "comandante Ernesto" frenó con suavidad ante una luz roja. La suave llovizna lo había obligado a poner en funcionamiento el limpiaparabrisas y fijó la mirada por entre las aspas que iban y venían. Atrás, en Suecia, siempre dedicada a la geología, había quedado su madre. En La Habana crecía su hija, fruto de su relación con una joven chilena que estudiaba Medicina. Y en Managua estaba ella, su compañera, la nicaragüense que lo había enamorado con su largo pelo rubio sobre el uniforme verde oliva, la que había recibido sin una queja la noticia de la partida pese a estar con ya tres meses de embarazo. El niño ya había nacido. ¿Cómo sería, a quién se parecería? De vez en cuando enviaba afuera unas cuantas postales mostrando catedrales y plazas de algún país, fechadas correlativamente y con frases como las que usaría cualquier turista. En el "te quiero" o el "te extraño" quedaba todo dicho. Alguien se encargaba de enviarlas. Ojalá hubieran llegado a destino. Miró a los transeúntes bajo los paraguas, sintió frío, frío de soledad. Había que entrar en acción...

Se estudiaron palmo a palmo los mapas confeccionados por los exploradores del Cajón del Maipo. Al

sur-oriente de la capital chilena, la garganta por la que baja el Maipo deja terraplenes -especialmente en la ribera nortepor los que se descuelgan río abajo caseríos y parcelas plantadas con almendros. Desde modestas casas de adobes hasta grandes mansiones de piedra bordean la ruta G-25, ruta internacional que conecta con un paso fronterizo a la Argentina. Y no escasean las cómodas hosterías, las modestas residenciales o los restaurantes de todo nivel que reciben a los turistas en este largo y estrecho enclave cordillerano. Si se dispone de poco tiempo, se llega solamente hasta Las Vizcachas con su autódromo, sus zonas de camping y hasta piscinas para escapar del calor veraniego. Adentrándose en la cordillera, el paisaje que se observa desde "El Mirador", pasado La Obra, bien vale otros minutos de recorrido. San José de Maipo aparece como un pueblo en forma, incluyendo su fama para sanar a los enfermos del pulmón. Y más arriba El Melocotón y San Alfonso hasta tocar el cielo en Lagunillas con sus canchas de esquí. La clave para definir el área de la operación estaba en los 32,6 kilómetros entre Las Vizcachas y la casa presidencial de El Melocotón, en la ruta estrecha y serpenteante que el general Pinochet usaba de preferencia. Porque a veces optaba por la vía aérea -un helicóptero Puma- y a veces usaba la ruta alternativa que se había hecho construir especialmente y que desembocaba en Pirque, más al sur poniente de Santiago. Razones de seguridad elementales obligaban a que las tres residencias del general Pinochet -la de Santiago, la costera de Bucalemu y la

cordillerana de El Melocotón- dispusieran de dos o más vías de acceso. De todas las posibilidades que se presentaron, el comando de operaciones optó por la de hacer explotar el automóvil presidencial. Y el "comandante Ernesto" se sumergió en la tarea, teniendo a la vista un set de información con el atentado de la ETA, en diciembre de 1973, contra el Primer Ministro español Luis Carrero Blanco. Esa bomba a control remoto había logrado que el vehículo blindado del premier se elevara a varios metros de altura, dejando un cráter de siete metros de profundidad y diez de ancho en la madrileña calle Claudio Coello. Para empezar, se necesitaba de la ayuda de alguien de respetable apariencia y dispuesto a usar su verdadero nombre, para así arrendar alguna casa al borde de la ruta G-25 y desde ahí poder operar. Y esa ayuda llegó rápidamente por partida doble: una madre y su hijo, dispuestos a correr los riesgos a cambio de ser sacados fuera del país antes del atentado. Marcaron un aviso publicado en *El Mercurio* que anunciaba la venta de un negocio de amasandería en Las Vizcachas, ubicado en Camino El Volcán número 06210. Se observó cuidadosamente el lugar: estaba frente a la entrada de la piscina del Autódromo y aparentemente reunía las condiciones necesarias para la operación. Así fue como el sábado 7 de junio visitaron el lugar la señora Alicia y su hijo, quien dijo llamarse Alejandro. La dueña del negocio, Elba Muñoz Díaz, les explicó que ella sólo vendía las instalaciones de la amasandería: una estructura de madera habilitada como local, un horno de

barro, una cocina, una pequeña bodega y una pieza de madera que servía como dormitorio.

– Todo lo construí el año pasado y vivo aquí con mi hija, pero no puedo seguir atendiendo el local por razones de salud -les explicó doña Elba.

– ¿Y qué pasa con el dueño del terreno? -preguntó Alejandro.

– No hay problemas con don Ernesto. El vive en la casa del lado, no se mete en nada y lo único que exige es que los arrendatarios sean personas tranquilas y paguen a tiempo el arriendo. No van a tener problemas con él. Se los aseguro - aclaró doña Elba. ,

Madre e hijo se mostraron crecientemente interesados y al poco rato le dijeron que estaban dispuestos a comprar. Doña Elba les propuso presentarles de inmediato a don Ernesto González, quien los recibió con parca amabilidad y ratificó su acuerdo: diez mil pesos mensuales por el sitio que ocupaba el negocio.

Pactaron encontrarse en la notaría de Alvaro Bianchi Rosas el jueves 12 de junio para preparar el contrato. Antes de partir, la señora Alicia dejó un número de teléfono que doña Elba guardó cuidadosamente. Un número de teléfono que correspondía al Colegio Altamira, donde trabajaba como secretaria, y que delataría su real identidad pocos días después de los hechos.

El día y la hora acordados, todos se encontraron en la Notaría Bianchi, en el centro de Santiago, Explicaron a la funcionaría el tipo de contrato que requerían y Alejandro entregó su carnet de identidad para figurar como comprador en el documento. Así, el joven Alejandro Otero Azocar

ingreso a la historia del atentado al general Pinochet una fría tarde de junio de 1986.

—Era un muchacho de poco más de 20 años, ojos claros y cabello medio rubio. Me extrañó su vocabulario ya que hablaba con los dientes apretados, con acento argentino y de repente le salió medio alemán, después presentó un acento medio italiano -recordó luego doña Elba a fojas 228 del proceso.

Al día siguiente, viernes 13 de junio, volvieron a encontrarse en la Notaría para firmar y doña Elba recibió 220 mil pesos en efectivo. Tres días después les entregó las llaves y sacó sus efectos personales del negocio que vendía pan amasado, empanadas y bebidas.

La preparación de masas, el horneado y las ventas continuaron normalmente. Don Ernesto y su familia observaron por algunos días a los nuevos arrendatarios y quedaron satisfechos. Vieron muy pocas veces a doña Alicia -la madre, una mujer que se cubría el cuello con bufandas o pañuelos- y entendieron que el negocio sería manejado por Alejandro y otros dos jóvenes, un hombre y una mujer, que parecían marido y mujer (Juan Carlos y Fabiola). Nunca pidieron aclarar la relación que existía entre ellos. Todo indicaba que habían llegado para quedarse y estaban bien dispuestos a trabajar e introducir mejoras.

A poco de llegar trajeron a un gasfiter e instalaron dos salas de baño. "Llegó a mi taller un muchacho y me dijo que necesitaba hacer unas instalaciones sanitarias en un negocio que había comprado en Las Vizcachas. Fui al otro día. Se trataba de dos salas de baño, una para mujeres

y otra para hombres. El muchacho me pasó la plata para comprar los artefactos, sin pedirme ningún recibo a cambio, lo cual me extrañó", recordó luego el gasfiter Sergio Galaz Monsalve, de Puente Alto.

Mas aún. A los pocos días se vio surgir una estructura de ladrillos en forma de chimenea y don Ernesto entendió que preparaban un nuevo horno. ¿Quién iba a imaginar que se trataba de un "respiradero" para el túnel que los ingenieros del FPMR habían preparado con perfecto cálculo? Además, en clara señal de permanencia, los tres jóvenes plantaron varios árboles y, con ayuda de dos aparentes obreros contratados, comenzaron a excavar los cimientos de una nueva construcción sólida. En cuestión de pocos días, en el patio había montones de tierra y de arena, además de fierros para pilares y sacos de cemento. "El joven Alejandro Otero me pidió antes autorización para construir un dormitorio a un costado de la pieza de madera, a lo que accedí sin problemas", declaró luego don Ernesto.

Fue entonces cuando decidió que debía firmar un contrato en regla con los nuevos arrendatarios. El encargado de redactar el documento fue su hijo Germán González Cabezas -de profesión contador- quien pidió a Alejandro Otero su cédula de identidad para verificar el nombre. No sospechó nada fuera de lo común: "Eran personas comunes, simplemente gente de trabajo", dijo más tarde al fiscal (fojas 696).

El "trabajo", en todo caso, era urgente. Se requería de una camioneta para ir sacando tierra poco a poco, sin despertar sospechas. El jueves 26 junio, marcaron un aviso

en *El Mercurio* que anunciaba la venta de una camioneta Toyota año 73, cabina simple, color amarillo. Vieron otros vehículos de carga durante el siguiente fin de semana. No hay registro de lo que sucedió, pero el hecho es que el lunes 30 de junio llamaron por teléfono a la casa de Pedro Toirres Chanfradu. Atendió el suegro y pactó una cita para que vieran la Toyota amarilla esa misma tarde. El hombre al (teléfono no se identificó, pero Alfonso Verdugo Marmonti aseguró al fiscal que "tenía la voz educada". Cerca de la hora de la reunión, llamó para postergarla para el día siguiente, martes 1^a de julio.

Finalmente dos hombres y un niño llegaron al lugar convenido para ver la camioneta, la sede de la Asociación de Dueños de Microbuses Santiago-San Bernardo, en el paradero 20 de Gran Avenida. Hablaron con Torres Chanfradu, vieron el vehículo "sin demostrar mayor interés en el estado mecánico, cosa que me llamó la atención". Pagaron en efectivo y de inmediato 300 mil pesos, recibiendo a cambio un documento provisorio extendido a nombre de Alejandro Otero y la Toyota patente CN-4072 para 500 kilos de carga. Una semana después se finiquitó legalmente el traspaso en una notaría del paradero 21 de Gran Avenida.

Quizás más preocupados de los violentos temporales de lluvia y viento que tuvieron en alerta constante a los ribereños del Maipo ese otoño de 1986, con graves secuelas; por puentes cortados y desabastecimiento de agua potable, don Ernesto González y su familia no entraron en sospechas. Porque todo indica que el túnel de dieciocho metros de largo demandó una extracción de tierra que no

se podía justificar con los cimientos de una sola habitación.

Ese túnel se excavó dentro de la pequeña bodega de tablas de pino. Un hoyo de dos metros y setenta centímetros de profundidad al que se bajaba por una escalera de madera que, al metro y medio, tenía una especie de descanso y luego continuaba hasta el fondo de la cavidad, de unos tres por dos metros de superficie. El techo quedó afirmado por pilares de madera y una cubierta de tablas para impedir derrumbes. Luego, el túnel propiamente tal -de unos sesenta centímetros de diámetro- completaba los dieciocho metros de extensión total. Ahí sólo podía entrar, gateando, una persona a la vez. Y se aseguró el boquete con estructuras de fierro soldado, dispuestas a un metro de distancia.

El informe del Grupo Beta-4 del GOPE (Grupo de Operaciones Policiales Especiales) señaló que el acceso al túnel estaba oculto por una tapa de madera de sesenta por sesenta centímetros, que permitía el acceso al interior de una sola persona a la vez. Bajo la tapa de madera, había una capa de tierra y luego una plancha de plumavit. Una vez adentro, se abría un mayor espacio que permitía la permanencia de tres a cuatro personas sin mayor dificultad, ya que tenía adecuados sistemas de ventilación y de iluminación eléctrica. Con sus dieciocho metros de extensión -sigue el informe del GOPE- el túnel llegaba justo hasta el centro de la carretera G-25 y estaba debidamente reforzado con estructuras metálicas y de madera, para evitar derrumbes. Dentro se encontraron varios metros de cordón detonante, quince metros de mecha lenta, diez

kilos de amón gelatina envuelta en papel de diario y bolsas plásticas, trece paquetes de explosivos T-4 de 250 gramos cada uno y un dispositivo de radio-frecuencia para activar la bomba mediante una señal electrónica, aparte de casi noventa estopines mecánicos y eléctricos. Los expertos del GOPE concluyeron que "los explosivos iban a ser usados en una carga tipo cráter por su considerable cantidad y calidad. Estos estaban separados unos de otros al encontrarlos; es decir, no estaban dis- putscos. para carga. En caso de haberse activado, la consecuencia inmediata habría sido la ruptura de la losa de cemento y apfalto ele la ruta G-25". Firmó este informe el capitón Juan Augusto Abarca Rubio, Jefe de Operaciones y único oficial que integró el grupo investigador. Ahí estaba. Un túnel de construcción perfecta para abrir un sorpresivo cráter al paso de la comitiva del general Augusto Pinochet y hacer volar los vehículos blindados frente al Autódromo de Las Vizcachas. Amparados por el local que preparaba y vendía empanadas y pan amasado, los excavadores se fueron turnando en jornadas diurnas y nocturnas hasta que la medición no dejó lugar a dudas: estaban justo al centro de la carretera, bajo la gruesa capa de veinte centímetros de concreto y dos metros de tierra.

¿Qué sucedió? ¿Por qué, finalmente, se descartó el uso del túnel? Hicimos la pregunta a un alto vocero del FPMR, cuyo nombre debemos mantener en reserva por obvias razones, y nos dijo que "el estudio final de esa operación determinó que la velocidad de los vehículos era muy alta, sólo fracciones de segundo sobre el túnel, lo que

impedía garantizar que cayeran los dos o tres auLos claves de la comitiva y así asegurar la eliminación de Pinochet. Porque los Mercedes Benz presidenciales normalmente iban separados dentro de la comitiva y no se podía adivinar en cuál iba Pinochet, así que no se garantizaba el objetivo".La decisión de anular esta primera fase de la Operación Siglo XX se tomó en la tercera semana de julio de 1986. Y el comandante Ernesto decidió sobre la marcha usar el plan alternativo: una emboscada realizada con el número suficiente de guerrilleros y armas como para asegurar que un cohete al menos diera en el blanco, es decir, en el Mercedes Benz blindado del general Pinochet.Alejandro Otero, Fabiola y Juan Carlos recibieron la orden de retener con las máximas medidas de seguridad el mismo enclave. Así, la venta de pan amasado y empanadas debía seguir funcionando con todas las apariencias de normalidad, sin despertar la más mínima sospecha. El túnel se transformó, entonces, en el lugar más seguro para ocultar las armas que debían trasladarse al Cajón del Maipo.El miércoles 30 de julio, por la mañana, Juan Carlos salió rumbo a Puente Alto en la Toyota amarilla. Se detuvo frente a la ferretería de Alfredo Silva Mera, ubicada en calle Eyzaguirre, y compró sacos de cemento, clavos y alambre para continuar con la construcción del cuarto vecino al kiosco. Pagó 17 mil 9.40 pesos en efectivo, según recordó luego el dueño de la ferretería ante el fiscal militar, tras identificar a Juan Carlos en la fotografía de José Rodrigo Saa Gerbier.

Pero todavía quedaba tierra apilada en montones en el patio. Había que eliminarla por completo, antes de que don Ernesto González o alguien de su familia comenzara a sacar cuentas y no les coincidiera con los trabajos de construcción a la vista.

—Me dijeron que les había sobrado un poco de estabilizado del que usaron para los cimientos y que iban a contratar un camión para sacarlo, aparte de llevarse tierra y escombros-- declaró don Ernesto más tarde.

Juan Carlos averiguó en los alrededores quién prestaba servicio de fletes. Y así llegó a la carnicería de Vicente Campusano, en La Obra> en la mañana del viernes 1^o de agosto:

—Buenos días, me dijeron que usted tenía un camión y que lo usaba para hacer fletes.

—Así es. ¿Qué se le ofrece? -dijo don Vicente.

—Tengo que sacar con urgencia unos escombros de aquí cerca, en Las Vizcachas -explicó Juan Carlos.

—¿Y qué tanta urgencia? -preguntó el carnicero, al tiempo que metía en la máquina recortes de asados para preparar carne molida.

—Ahora, ahora mismo en la mañana...

—No, no dispongo de tiempo ahora. Si está tan apurado, búsquese otro camión...

Juan Carlos se quedó mirándolo, en silencio.

—Y si no encuentra, vuelva y puedo pedirle a mi hijo que le haga el flete después de cerrar el negocio, en la tarde - agregó don Vicente.

No era el exceso de trabajo lo que impedía al carnicero ganarse unos pesos extras con este flete. Su problema

era más simple: no había sacado patente para el camión ese año y sólo podía moverlo al anochecer, cuando ya no había peligro de carabineros controlando el tránsito en la ruta G-25. Así lo confesó a fojas 805 del proceso. Juan Carlos decidió que era un riesgo innecesario seguir buscando en las cercanías. Cada contacto personal tenía una dosis de peligro: —La verdad es que ya busqué y no he encontrado otro camión cerca. Dejémoslo para hoy, a la hora que pueda -dijo Juan Carlos. El trato se cerró: tres mil pesos por una camionada de tierra, sin proporcionar el servicio de peones para cargar. Ya estaba oscuro cuando llegó el camión Ford, conducido por el joven José Miguel Campusano Torres. En la cabina también iba Mauricio Codocedo, para avisar en caso de que los carabineros los detuvieran. Ninguno de los dos imaginaba que iban a participar en una "infracción" que no era precisamente del tránsito. Durante dos horas observaron a los cinco jóvenes -de entre 20 y 25 años- que cargaron a palas el camión. Cruzaron sólo algunas frases respecto al cansador trabajo, mientras el espacio de carga se fue llenando con unos ocho mil kilos de tierra. —¿Y qué van a hacer con el resto? -preguntó el joven Campusano, indicando al montón restante de tierra que calculó en unos cuatro mil kilos más. —Lo vamos a sacar mañana en la camioneta -contestó Juan Carlos, al tiempo que pagaba los tres mil pesos. El joven Campusano puso en marcha el Ford y partió rumbo a un botadero de escombros ubicado cerca del

puente de Vista Hermosa. Tanto él como su padre reconocieron luego, sin lugar a dudas, que quien hizo el trato y pagó el flete fue José Rodrigo Saa Gerbier, nombre falso - aunque debidamente documentado- que usó el comandante Juan Carlos. De más está decir que la tierra botada en Vista Hermosa fue luego examinada palmo a palmo por los investigadores, en la desesperada faena por atrapar a los autores del atentado. El único nombre real usado en esta fase abortada de la Operación Siglo XX fue, como ya vimos, el de Alejandro Otero Azocar, quien logró escapar al cerco policial. El número de teléfono que quedó en manos de la anterior propietaria de la amasandería llevó a los investigadores al Colegio Altamira, en la comuna de Ñuñoa, el que fue allanado y revisado minuciosamente. Así se estableció que la "señora Alicia" era Blanca Alicia Azocar Marty, secretaria de dicho establecimiento educacional y madre de Alejandro Otero. Doña Alicia -de 55 años y bibliotecaria de profesión- fue descrita por la directora del Colegio Altamira, Agata Gambardella, como "una excelente profesional". Ella misma explicó que doña Alicia, como secuela de un cáncer a la tiroides, tenía una cicatriz en el cuello que ocultaba con chales o pañuelos. El miércoles 3 de septiembre, la directora Gambardella recibió un telegrama VTR desde Lima: "Por problemas familiares estaré ausente aproximadamente 20 días. Disculpen molestias. Alicia". -No me preocupé mayormente y sólo pensé en descontarle los días que faltaría -aseguró luego la directora al fiscal militar.

Pero doña Alicia no había partido para regresar en veinte días. Su salida de Chile quedó registrada el 30 de agosto de 1986 en el control fronterizo de Chacalluta. Y su retorno dependía del resultado de la misteriosa "operación" en que ella aceptó participar sabiendo que corría riesgo de muerte, sin enterarse de qué se trataba. Pagó un precio caro finalmente: revivir su c lloroso exilio.

Una pareja encantadora

Cuando César Bunster Ariztía miró por la ventanilla del avión, que corría por la pista de aterrizaje del aeropuerto de Pudahuel, sintió que los latidos del corazón se aceleraban. Durante tantos años su pasaporte había estado marcado por la fatídica letra "L" que lo condenaba al exilio, pese a que sólo tenía quince años para el golpe militar y su única falta había sido ser hijo de su padre: Alvaro Bunster Briceño, embajador de Chile en Inglaterra durante el gobierno del Presidente Salvador Allende. Sábado 22 de marzo de 1986. Volvía a la patria después de trece años de obligada ausencia. El avión se detuvo en la losa y él lanzó una última mirada a los pastizales amarillos y resecos que bordeaban la pista y se desabrochó el cinturón de seguridad. Momentos más tarde, ya en la fila de pasajeros que esperaban pasar por Policía Internacional, sintió temor. Sus documentos estaban en regla y no había dudas de que su nombre había aparecido en una lista de autorizados para retornar a fines de 1983. Pero había sabido de casos similares al suyo que

-por algún error administrativo- vivían momentos de incertidumbre tras un largo viaje, retenidos por la policía del aeropuerto. Incluso algunos habían sido devueltos al extranjero, al punto que se hizo costumbre en las familias acudir con algún abogado que pudiera interceder y finalmente lograr el ingreso. Ya en el estrecho pasillo entre las casetas, observó casi sin respirar cómo el policía civil tecleaba su nombre y luego observaba la pantalla donde aparecieron los datos. Cuando el funcionario estampó el timbre en los papeles y le devolvió el pasaporte, César Bunster pronunció un escueto "gracias" que no delató su alivio. Estaba, al fin, en Chile. Para reconocer rostros y paisajes, para descubrir si había un espacio para él. Para nada más y nada menos, porque todos los datos indican que este hombre joven, buenmozo y bien plantado, nacido y criado en una familia de altos ingresos, vinculado en el exilio a la resistencia contra el régimen militar, no sabía qué papel le iba a ofrecer el destino pocos meses más tarde. Se instaló en casa de su tía Marcela Bunster Burotto, en la calle Dakar de la comuna de Las Condes. Dedicó varias semanas para visitar a sus familiares y a sus amigos. Y justo al mes de estar en Chile, el 22 abril de 1986, obtuvo una licencia para conducir vehículos en la Municipalidad de Las Condes. Allí quedó estampado que resentó una licencia anterior otorgada en Inglaterra y quedó una copia de su fotografía, la misma que luego se reprodujo por decenas para que cada equipo investigador pudiera mostrarla y así rastrear sus pasos.

Durante el mes de julio -cuando aún los excavadores trabajaban a todo vapor en el túnel de Las Vizcachas- Bunster decidió que no debía abusar de la hospitalidad de su tía y se trasladó a la casa vecina de su prima Alejandra Ortiz Bunster, en la misma calle Dakar. Fue entonces cuando el marido de ésta, Bartolomé Soler, le contó que había una posibilidad de trabajo en la Embajada de Canadá. Era un trabajo modesto, como empleado de recepción, con un sueldo discreto: poco más de 65 mil pesos líquidos. Se necesitaba a alguien que hablara inglés a la perfección, que tuviera buena presencia y buenos modales, requisitos que a César le sobraban. Comentó esta oferta con sus amigos y jamás imaginó que este factor marcaría para siempre su vida en los días siguientes. En la tercera semana de julio, ya descartado el uso del túnel con explosivos en Las Vizcachas, la Dirección Nacional del FPMR decidió que uno de sus miembros se hiciera cargo de montar la infraestructura para el plan de alternativa, operando bajo la jefatura del comandante Ernesto. El elegido fue una mujer, quien cumplía con todas las exigencias necesarias: Cecilia Magni Camino. —No se habría podido escoger a nadie mejor. Ella era inteligente, con gran don de mando, dispuesta a correr todos los riesgos, era una verdadera "capa" en el grupo de los jefes. Y para los efectos de esta fase de la Operación Siglo XX, tenía características irremplazables: trigueña, alta, muy linda, con gran desplante y con eso que la burguesía llama "clase" - nos aseguró un comandante del FPMR.

Cecilia Magni era conocida en el Frente como la comandante Tamara. El nombre se lo puso un compañero cuando ella ingresó al FPMR en 1983 y ni siquiera preguntó por qué: no sabía que la revolucionaria cubana "Tania" se llamaba Tamara Bunke. Había nacido en un acomodado y tradicional hogar chileno. Estudió en el Grange, uno de los más exclusivos colegios privados, con clara influencia británica, y luego ingresó a la Escuela de Sociología de la Universidad de Chile. Se casó, tuvo una hija y poco después vino la separación. A los 27 años optó por ingresar al FPMR y dejó a la pequeña con su ex marido. "Lo hice porque creo en una sociedad diferente, más justa, y este es el camino más realista", aseguró en la única entrevista que concedió en 1988. Tamara contactó a César Bunster a comienzos de agosto de 1986 y le pidió participar en "una operación que cambiará el curso de la historia de Chile". Le explicó que lo necesitaban sólo para montar la infraestructura -arrendar vehículos y una casa- y para ello debía usar su verdadero nombre. El aceptó con la condición de ser sacado fuera del país 48 horas antes de la operación misma. Ella se lo garantizó y, además, le aseguró que podría volver poco tiempo después: — Cuando ella propuso a César Bunster Ariztía, dijo que él era un tipo muy pintoso, educado, que podía hablar hasta con los más grandes empresarios sin despertar sospechas y hasta tenía inmunidad diplomática porque iba a trabajar en una embajada. Parecía el tipo perfecto. Recuerdo que uno de esos días ella nos hizo una demostración de cómo había que actuar en esta fase de la operación.

Estaba vestida con blue jeans, una polera de algodón, zapatillas y su clásico collar de perlas. Decía siempre que lo usaba "para la buena suerte". Andaba en un auto muy lindo, un Lancia, que le había prestado un amigo o había arrendado, no me quedó claro. Se bajó del auto desganadamente, dejó la puerta abierta y la cerró con una patada de su zapatilla, riéndose al decir: "Así actúa un pije, como si su auto le importara un huevo" -recordó nuestro informante. El caso es que César Bunster comenzó su trabajo en la Embajada de Canadá el 11 de agosto de 1986. Así quedó escrito en los archivos diplomáticos, incluyendo el insólito hecho de que a los nueve días anunció que necesitaba con urgencia un permiso para ausentarse, sin sueldo. No se aclaró jamás si se lo concedieron o si fue despedido/va que la legación canadiense fue en extremo parca después. Pero Bunster ya tenía en su mano lo que necesitaba: un certificado firmado por Roberfc J. Hart, agregado administrativo, que con fecha 20 de agosto aseguraba que "es funcionario de esta representación diplomática y percibe una renta líquida mensual de 65 mil 934 pesos". Ya el fin de semana anterior -sábado 16 y domingo 17 de agosto- Cecilia Magni y César Bunster habían recorrido la zona del Cajón del Maipo aparentando ser turistas. Cecilia llevaba varios datos anotados respecto de casas en renta y, finalmente, la le pidió que se detuviera frente a la gran casa marcada con el número 0235, en La Obra. Llamaron al portón de la parcela y, tras un largo rato de espera, apareció el cuidador Marcelino Farfán Olivares. – Buenos días, ¿podemos ver la casa? -dijo ella.

—¿Traen la orden del corredor? -preguntó don Marcelino, ateniéndose a las órdenes dadas por su patrón. Ambos jóvenes se miraron y luego, casi al unísono, dijeron no tenerla consigo.—Mire, hoy no están abiertas las oficinas de propiedades y la verdad es que esta casa nos tinca un montón. Debe ser igual de linda por dentro que por fuera y estamos apurados por arrendar una casa como ésta. Mis papás están por llegar de afuera y nos encargaron que les tuviéramos lista una casa en esta zona. ¿Podemos darle una miradita no más? - insistió Cecilia, tratando de conquistarse la buena voluntad del cuidador.—Nó, no... ¡imposible! Tengo órdenes muy claras del dueño: sólo dejar entrar a gente que traiga la orden del corredor -dijo don Marcelino en tono.que no admitía discusión.Finalmente accedió a decirles cuántas habitaciones tenía la casa y los despidió luego de que la pareja anotó el número telefónico del corredor. Al día siguiente muy temprano -lunes 18 de agosto- Cecilia comenzó a llamar a la oficina de Eduardo Fuenzalida Silva y cuando le respondió la secretaria, dijo que estaba interesada en la casa de La Obra y pactó una entrevista para las 11.00 horas.Llegó puntualmente hasta el departamento F de calle Huelén número 200, en la comuna de Providencia. La atendió el corredor Fuenzalida, quien le dijo que la casa costaba 110 mil pesos nsuales y le extendió la orden de visita N° 1317 a nombre de César Bunster Ariztía, ya que ella dijo que así se llamaba su marido.—Y no comprometa la casa con nadie, por favor. Mire

que es seguro que nosotros la tomamos -dijo ella con su perfecta sonrisa. — ¿Ah, sí? ¿Y cómo está tan segura de que le va a gustar si ni siquiera la ha visto? -contestó el corredor. — Mire, la casa no es para nosotros, sino para mis papás que van a llegar en estos días. Mi papá es funcionario de la Cepal y ahora, que se está jubilando, nos encargó arrendarle una casa cerca de Puente Alto y ojalá en el Cajón del Maipo. Le encanta ese sector y estoy segura de que le va gustar la casa -replicó ella. — ¿Tan segura? -inquirió él. — Absolutamente. Tan segura como para decirle que firmemos ahora mismo un contrato hasta noviembre y le pagamos todos estos meses por adelantado. Mi papá después firma el contrato de diciembre en adelante -argumentó ella. El se sintió descolocado. No era usual que un cliente pidiera arrendar una casa sin ni siquiera haberla visto. Obviamente se trataba de gente con recursos y podría ganar su comisión sin gran esfuerzo. Decidió llamar al dueño, Lorenzo García, para plantearle el asunto. Y mientras se lo explicaba al teléfono, observaba a Cecilia. Pero el dueño dijo que prefería algo seguro, en que no hubiera posibilidad de posteriores arrepentimientos: "Que vean la casa primero y después hablamos. No puedo ir hoy a La Obra, pero sí mañana". — De acuerdo, la veremos mañana. Pero no la comprometa con nadie más -insistió ella. — No puedo comprometerme así como así. Usted comprende que me encargaron arrendarla y puede aparecer

ahora mismo otro interesado que cumpla con los requisitos -dijo el corredor tratando de resistir el encanto de la joven. – Para que se quede tranquilo, le dejo una garantía -argumentó ella. – Podría ser... – Doscientos dólares, ¿le parece? No ando con plata chilena ahora -dijo ella con toda naturalidad, al tiempo que sacaba los billetes de su cartera."Le pregunté qué hacía su marido y me respondió que era funcionario de la Embajada de Canadá en Chile, por lo que le pedí un certificado de la Embajada por cuanto ella no tenía referencias comerciales y él aún no tenía cuenta corriente. Quedamos de acuerdo en que irían a ver la casa al día siguiente, martes 19 de agosto, a las once de la mañana. Luego ella me llamó para pedirme que la visita la postergáramos para las 17.30 horas, porque su marido tenía asuntos impostergables en el curso de la mañana", recordó luego el corredor Fuenzalida. Los "asuntos impostergables" de Bunster consistían en cumplir su labor en la recepción de la Embajada. No podía abandonar el trabajo así como así, especialmente si el arriendo de la cjsa que se requería para la Operación Siglo XX demandaba que averiguaran sus antecedentes. Así, el martes 19, el dueño de la casa -o mejor dicho el marido de la dueña- llegó a la cita con antelación para verificar que todo estuviera limpio y en orden. A las 18.30 horas -al ver que ya se retrasaban en una ora- don Lorenzo García decidió llamar al corredor para averiguar qué pasaba:

—No se preocupe, don Lorenzo, tenga un poco de paciencia. Ya deben estar por llegar, mire que no creo que alguien esté dispuesto a perder doscientos dólares así como así- argumentó el corredor Fuenzalida. Cecilia y César llegaron cerca de las 19.00 horas: "Llegaron cuando ya estaba oscuro, en un Peugeot 305, color beige claro. Y recuerdo que mientras los esperaba, tipo 18.30 horas, vi pasar un automóvil blanco similar a un Toyota Cerolla, a muy reducida velocidad írente a la casa. Me llamó la atención. El hecho es que el señor dijo llamarse César Bunster Ariztía y ella,, Adriana Acuña. Me dijeron que desbaban arrendar la propiedad por encargo de los padres de la mujer, quienes eran funcionarios internacionales de la Cepal que estaban jubilados y llegarían al país en septiembre", recordó más tarde Lorenzo García al declarar en el proceso. Les mostró la casa por dentro y parte de los patios con iluminación, ya que era de noche. El hall de entrada con dos sillas Viena, dos lámparas antiguas, una pila bautismal de mármol que lucía una gran planta de interior y un antiguo cuadro quiteño. El gran living-comedor con un sofá y dos sillones de estilo Victoriano, una mesa con cubierta de mármol y otra de cristal y bronce. Otra sala de estar donde mullidos cojines de felpa formaban los asientos sobre bases de piedra. Cinco dormitorios con sus camas cuatro baños, aparte de una gran y bien alhajada cocina. Afuera, las terrazas, la piscina, los camarines, el solarium y la mesa para jugar ping-pong. Don Lorenzo fue entusiasta para describir la calidad del mobiliario que incluía la casa, así como la vida cómoda

y tranquila que permitía. Jamás imaginó que la buena- moza "Adriana Acuña" estuviera sacando otras cuentas mientras recorrían las habitaciones.—Nos parece bien. ¿Qué tal si cerramos negocio ahora? -dijo César Bunster al tiempo que se sentaba al centro del sofá Victoriano y sacaba un cigarrillo. — Me parece bien. Llamemos ahora mismo al corredor -propuso don Lorenzo, contento de lograr arrendar la casa finalmente y, más aún, a gente que le inspiraba confianza.—Nos gustaría ir de inmediato a firmar el contrato -dijo ella, cruzando sus largas piernas con estudiado desgano.El corredor Fuenzalida estuvo de acuerdo. Los esperaba para cerrar el trato. Conduciendo rápido, tardaron poco más de media hora entre La Obra y la oficina de calle Huelén. Tras cruzar un par de frases acerca de la propiedad, le pidieron la entrega de la casa para el sábado siguiente. Pero a esa hora ya no estaba la secretaria para tipear el contrato, así que dejaron los datos y Fuenzalida les recordó que debían traer el certificado de la Embajada de Canadá al día siguiente.—Quedamos de firmar contrato al otro día en la tarde. Y una vez que se retiraron, empecé a pensar que algo no andaba bien por la urgencia de la entrega de la propiedad, por no regatear el canon de arrendamiento, por cierta nerviosidad en él que contrastaba con la frialdad de ella. Además, él tenía una édula de identidad número 12.090.102-2 que correspondería a una persona muy joven y él figuraba con 28 años y, según me dijo, se había ido a

Inglaterra cuando tenía 14 años y entiendo que a esa edad debería haber tenido cédula de identidad -aseguró el corredor Fuenzalida. La desconfianza del corredor, quien sacó cuentas y pensó que Bunster podría tener alguna relación con el exilio, lo llevó a hacer una llamada esa misma noche: "Llamé al capitán de Ejército Sergio Sierra Silva, quien es sobrino mío, indicándole mis temores y pidiéndole informara a quien correspondiera de estos antecedentes". Todo indica que el capitán Sierra no se lo tomó en serio y no hizo contacto con la CNI. Porque de haberlo hecho, tal vez el sistema computacional de Inteligencia se habría alertado. El caso es que el miércoles 20 de agosto se suscribió el contrato y Cecilia Magni sacó de su cartera los fajos de billetes, cancelando 469 mil 300 pesos por la renta de agosto y los meses de septiembre, octubre y noviembre, más un mes de garantía. La comisión del corredor fue de 44 mil pesos y -como no la tenían contemplada- debieron completarla con un billete de cien dólares. Ante tanto billete sobre la mesa, ni los dueños ni el corredor Fuenzalida leyeron el certificado de la Embajada de Canadá y César Bunster no necesitó recurrir a la explicación que traía preparada y que lo mantuvo nervioso durante toda la negociación. Ante el exiguuo sueldo que aparecía en el certificado -que alcanzaba a pagar sólo medio mes de renta- iba a argumentar que era lo imposible para la legislación chilena, que el resto se lo daban en dólares. Acordaron que la entrega sería en la tarde del sábado 23 de agosto. Allí estaban don Lorenzo García Trefault y

su mujer, María Elena Bravo Stringe, además del corredor, cuando ellos llegaron a tomar posesión del inmueble que pasaría a ser un enclave de máxima seguridad para el FPMR. Todo siguió teniendo una apariencia normal, que no despertó ni la más mínima sospecha a los propietarios. Incluso quien los acompañó fue presentada como empleada doméstica y a ellos les calzó bien la explicación por tratarse de una mujer morena y de baja estatura. "No dudé que se tratara de la empleada. Sólo nos llamó la atención que, entendiendo nosotros que se trataba de una empleada nueva, estuvo demasiado integrada a los patrones en la revisión del inventario", recordó García Trefault. Lo cierto es que ni siquiera la observaron detenidamente - en la clásica actitud de no prestar atención a la servidumbre - como para colaborar luego en la confección de un retrato hablado. No ocurrió lo mismo, en cambio, con César y Cecilia. Pese a su parquedad, don Lorenzo calculó la estatura de él en 1.75 metros, lo describió como "bien vestido y con pelo corto de color castaño, ondulado". A ella le asignó unos 26 años, 1.70 metros de estatura, con el pelo cortado en melena y agregó: "Muy tostada y delgada" Doña María Elena Bravo fue más observadora aún: "El era alto, de aproximadamente 1.80 metros, robusto, nariz perfecta y bonita, ojos grandes castaños, cejas tupidas, tez blanca, pelo castaño oscuro partido al lado, COJA una chasquilla que al bajar la cabeza se le venía a la cara, rostro ovalado, sin bigotes ni barba, vestía ropa sport, pero de buena calidad. Ella era también alta, delgada, de

piernas delgadas, 1.70 metros de estatura, pelo castaño con visos caoba, melena hasta los hombros, con un poco de chasquilla, ojos grandes castaño oscuros y expresivos, cejas anchas, una dentadura perfecta, sin maquillaje, cutis color canela. Ella dijo que era por el bronceado del verano europeo. Vestía un sweater artesanal, falda de mezclilla azul, botas color tabaco y cartera del mismo color, al parecer de procedencia argentina por su delicada manufactura".¿Cómo dudar de ellos si todo indicaba que se trataba de gente "bien", gente "decente"? Mientras los hombres salían a revisar las luces del jardín exterior, las mujeres recorrieron la casa con el inventario en la mano. Cecilia se concentró en la tarea, aparentando real interés en que cada rubro estuviera en orden y haciendo las correcciones de su puño y letra.—Sólo hay once copas -dijo cerrando una gaveta de la cocina y apoyándose en el mesón para corregir el papel que certificaba una docena.—Y de los vasos grandes hay quince. ¿Cuántos dice que hay? -intervino la "empleada".Así fueron corrigiendo varios puntos, incluyendo una frase manuscrita - "en mal estado"- que quedó al lado del tostador de pan.En el dormitorio signado con el número cinco, Cecilia agregó dos colchonetas que los dueños habían olvidado incluir, así como "un banco de plaza y cuatro luces" en los camarines de la piscina.—Una vez que terminamos de revisar el inventario, el corredor se despidió. Y nos quedamos las dos parejas en

el living conversando, con unos tragos, muy amistosamente. Conversamos de diferentes temas. El contaba que había vivido en Europa durante quince años y que allá se conocieron y se casaron, como también del trabajo de los padres de ella. Antes de irnos, hicieron el comentario que esa noche iban a alojarse en Santiago y que en la casa se iba a quedar sólo la empleada - recordó María Elena Bravo. Una vez que don Lorenzo y su mujer se fueron, Cecilia y César cerraron el portón, entraron en la casa y se estrecharon la mano en señal de triunfo. Lo habían logrado. Los billetes en la mano y la buena facha habían despejado el camino. Ya tenían una casa de respetable y cara apariencia desde donde poder operar. Sólo tenían que salvar un escollo más: no despertar las sospechas del cuidador, don Marcelino Farfán, quien era parte del inventario impuesto por los propietarios.

La aventura de los "rent a car"

Tamara debía proveer también los vehículos para la operación. La flota de la que disponía el FPMR estaba prácticamente con trabajo full time, ante la emergencia que se impuso luego que los aparatos de Seguridad descubrieron el arsenal de Carrizal Bajo, una localidad costera a 90 kilómetros de Vallenar, en el norte del país. Encubierto por una empresa de recolección de algas, el arsenal descubierto a comienzos de agosto de 1986 fue una "bomba política": 348 fusiles M-16, 315 cohetes, dos toneladas de explosivos, municiones, equipos de radio y hasta elementos para la navegación por satélite. Pese a todo, el Frente había logrado trasladar buena parte del armamento a barretines dispersos tanto en la zona norte como en Santiago. Y constantemente seguía moviendo los fusiles, lanzacohetes y municiones de todo calibre en vehículos que se habían acondicionado especialmente y que se trasladaban por las carreteras con inocentes cargamentos de papas y tomates. Había que

reubicarlos por razones de seguridad, evitando mayores pérdidas.

Así que entre los vehículos dedicados a esta tarea y los que se requerían para el traslado de personas asignadas a la Operación Siglo XX, no quedaba dónde escoger. Además, se necesitaban vehículos potentes y veloces que pudieran resistir tanto en el lugar de la emboscada como asegurar la posterior huida. La solución estaba en la renta, sin duda. Pero antes Tamara pidió que le confirmaran la forma de operar de los servicios de "rent a car". Y el informe despejó sus dudas: los negocios operaban independientemente, en abierta competencia, y no disponían de una "central" computacional que procesara datos. Por tanto, podían arrendar en pocos días todos los vehículos que necesitaran y nadie entraría en sospechas.

—Ya falta poco, César, y hay que arrendar varios autos - anunció Cecilia mientras recorrían la ruta del Cajón del Maipo.

—No hay problema, empezamos cuando quieras - respondió él.

—Sí hay problema, porque normalmente piden que se deje en garantía un cheque -acotó ella.

—Y yo, tú sabes, no tengo cuenta...

—Ya lo sé, ni cuenta de banco ni tarjeta de crédito, cuestión que en el mundo capitalista lo transforma a uno en ciudadano de segunda clase y hasta sospechoso -dijo ella calmadamente.

—¿Y qué vamos a hacer?

—Fácil... actuar con seguridad y poner plata sobre la mesa. Te apuesto a que nadie se resiste -aclaró Cecilia.

Decidieron iniciar la operación con un automóvil común y corriente. Se eligió el servicio de renta del Automóvil Club, ubicado en avenida Pedro de Valdivia, a pocos metros de Providencia. Era el lunes 18 de agosto de 1986.

– Llegó un señor que dijo llamarse César Bunster Ariztía y pidió arrendar un automóvil. Se mostró interesado en un Renault 9, año 1985, color beige. Yo le pedí su carnet de chofer, su cédula de identidad y la garantía. El ofreció dejarme 500 dólares que pagó en efectivo y me pareció correcto. Como no encontré nada anormal en los antecedentes, procedí a confeccionar el contrato de arriendo. Se llevó el vehículo y lo devolvió en la fecha prevista, el 22 de agosto. El cuentakilómetros marcaba 299 recorridos y pagó 28 mil 901 pesos en efectivo. No hubo reclamos de nuestra parte y se le devolvió su garantía -recordó la funcionaría Silvia Carbone Gallemeyer.

El domingo 24 de agosto, por la mañana, Cecilia se presentó en las oficinas de Avis Rent a Car.

– Necesito un auto para esta semana. El nuestro se echó a perder y resulta que llegan de visita mis abuelos. Lo menos es sacarlos a pasear un poco -explicó sonriendo al funcionario que la atendió y que luego la describió como "una joven de 22 o 23 años, grandes ojos verdes y pelo largo con visos".

Comenzó a ofrecerle los vehículos disponibles y ella finalmente reservó un Chevrolet Aska.

– Mi marido viene mañana a firmar el contrato y llevarse el auto -dijo ella.

– ¿Su nombre?

– Póngale Cecilia no más. Todo va a quedar a nombre de mi marido. Se llama, anote, César Bunster...

Por la tarde del lunes, apareció el "marido" y previa entrega de 500 dólares se llevó el automóvil. Lo devolvió a tiempo, pagando 22 mil pesos y recuperando su garantía.

Libre ahora de su trabajo en la embajada, Bunster quedó totalmente disponible para cumplir su parte en la operación. Ya tenía entrenamiento suficiente en la renta de vehículos y había que ir al grano. El lunes 25 de agosto encontró en Service Rent a Car un vehículo que cumplía con las exigencias: un poderoso jeep Toyota Land Crusier modelo 1981, de color azul con franjas blancas.

– Iba acompañado de una mujer a la que presentó como su señora, alta, tostada, buena moza, con melena hasta los hombros, muy simpática. Ambos se mostraban muy cultos y sociables. El dijo ser funcionario de la Embajada de Canadá en Chile, desempeñándose como asesor comercial. Me explicó que necesitaba el vehículo para trasladar a unos familiares que llegarían al país, los que también venían de Canadá. Además contó que él mismo había estado en Inglaterra, dando a entender que era funcionario de la embajada de Canadá en Inglaterra- declaró luego Dante Yutronic Cavagnaro, propietario del negocio.

Y agregó:

– Habitualmente a toda persona que arrienda un vehículo se le exige licencia de conducir, carnet de identidad y, como garantía, la tarjeta de crédito o un cheque. Los dos primeros requisitos Bunster los cumplía normalmente. Respecto a la garantía, manifestó que no tenía cheques- ni tampoco tarjeta de crédito, por lo cual le dije que lamenta-

blemente no podía arrendarle el vehículo. Me pidió que arregláramos el asunto de alguna forma y ofreció' darme dólares en garantía. Yo acepté, pidiéndole el doble de lo que normalmente se deja en garantía: 800 dólares, equivalente a 160 mil pesos.

Nuevamente habían pasado el escollo de la garantía. El jeep Toyota fue probado cuidadosamente en los días posteriores: velocidad máxima, capacidad de giros, encendido rápido, frenos a punto. Finalmente se le dio el visto bueno: participaría en la operación.

Pero este episodio tiene un par de puntos curiosos que deben relatarse. El dueño de Service Rent a Car, Dante Yutronic, tenía además una empresa de "investigaciones privadas" y dijo al fiscal -a fojas 204- que había constatado los antecedentes proporcionados por Bunster. Nunca se aclaró qué tipo de empresa era ésa, pero el hecho es que no sirvió de nada. Tampoco se aclaró la razón por la cual ese jeep Toyota tenía un permiso de circulación a nombre de "Armada de Chile". Y no es difícil imaginar que el hecho sirvió para más de una broma en la jefatura del FPMR: usar un vehículo vinculado a la Armada en el atentado contra el general Pinochet...

La tarea de proveer la infraestructura debía continuar. El miércoles 27 de agosto, tras varias consultas telefónicas,¹ Bunster disco el número de Dollar Rent a Car.

— Buenas tardes, estoy necesitando una camioneta o un auto grande. ¿Tiene alguno disponible? -preguntó.

— Un momento, por favor...Sí, tengo dos Nissan grandes, de cuatro puertas -contestó la joven María Loreto Bello.

– ¿Qué modelo es ese?

– Son Nissan Blue Bird, bastante grandes y cómodos...

– ¿Y de qué colores son? Porque necesito algo sobrio.

Me cargan los autos llamativos...

– A ver, espere un segundo... Uno es azul metálico y el otro es beige...

– Podría ser. Los voy a ir a ver en un rato más. ¿Cuánto hay que dejar de garantía?

– Un cheque por ochenta mil pesos.

– ¡Ah, qué lata! Ando con dólares no más...

– Bueno, creo que podríamos arreglarlo si deja cuatrocientos dólares.

– Perfecto, voy en un rato más...

– Está bien. ¿Podría darme su nombre?

– Sí, claro. César Bunster...

Poco después de las siete de la tarde, Bunster apareció en el negocio ubicado en Isidora Goyenechea 3455 y la misma María Loreto lo atendió, recordándolo luego como "alto, atlético y vestido sport elegante". Pidió revisar los automóviles y se los mostró el encargado de mantención, Hernán Montecinos. Optó finalmente por el de color beige, un modelo casi nuevo, y volvió al escritorio de María Loreto para formalizar el contrato:

– El me preguntó si el vehículo podía ser manejado por una tercera persona. Le contesté que sí y que me diera los datos del chofer de alternativa. Me los dio, me mostró la licencia de conducir y yo anoté que era la número 76.958-8 de Maipú. Sólo le faltó darme el número del carnet de identidad -declaró luego la joven ante el fiscal.

Obviamente la policía rastreó con rapidez -tras el atentado- la identidad de ese conductor de alternativa. Y resultó ser que Alejandro Lavín Casanova existía realmente, que era un empleado de la Compañía Chilena de Tabacos, conductor de una camioneta repartidora, que había sido asaltado el 31 de enero de 1986 por tres individuos armados. Le quitaron los cheques y el dinero que había recaudado, además de todos sus documentos. Y no tenía idea de quién era César Bunster. Así lo declaró a fojas 337 del proceso y, una vez que los hechos fueron verif

icados, lo dejaron en libertad, luego de varios días de detención.

Volvamos a la comandante Tamara. Al día siguiente de haberse arrendado el Nissan, encontró en otro negocio el vehículo con sistema de arrastre que le había pedido con urgencia el comandante Ernesto. La secretaria de Chilean Rent a Car, María Cristina Crespo, recordó con claridad el episodio del 28 de agosto de 1986:

—Llamó temprano una mujer y preguntó si teníamos algún vehículo con arrastre. Explicó que tenía una casa rodante y quería ocuparla el siguiente fin de semana, ya que llegaban unos amigos extranjeros y tenía planeado sacarlos a pasear a la costa. Le dije que teníamos disponible una station Peugeot. Unas tres horas después apareció la mujer: de unos 25 años, bien arreglada y bien vestida, cabello castaño, buena moza. Dijo que iba a reservar la station, que su hermano vendría al día siguiente a verificar si el enchufe de arrastre serviría para la casa rodante y firmaría el contrato. Dejó como garantía 500 dólares. No me dijo su nombre, pero me informó que la

persona que arrendaba, es decir, su hermano, se llamaba César Bunster Ariztía y me dejó un número telefónico.

La propietaria del negocio, María Soledad Vergara, observó la escena y más tarde describió a Cecilia como "una mujer joven, de muy buena presencia, delgada, bien maquillada, bien vestida y peinada".

—¡Qué raro! Y dejó los dólares así como así -comentó la dueña cuando María Cristina Crespo le informó de los detalles de la operación.

Al día siguiente, viernes 29 de agosto, María Cristina miró su reloj: 10.30 horas, ya había media hora de retraso. Más que inquieta estaba curiosa. Decidió llamar al teléfono que tenía anotado y preguntar por Bunster. Una voz de mujer le contestó que no se preocupara, que iría alrededor de mediodía. Y así fue. Bunster llegó al local ubicado en calle Seminario número 602, dio una mirada al enchufe adosado en la parte trasera de la station, firmó el contrato y salió manejando la Peugeot 504 de color azul, modelo 1981.

María Cristina Crespo informó de lo sucedido a la dueña, quien estaba ausente cuando se retiró el vehículo. María Soledad Vergara volvió a comentar que la situación le parecía extraña:

—No es común que una persona arriende un auto en dólares. Lo normal es que lo haga con tarjeta de crédito o con cheques. Así que decidí que tenía que hacer algo y llamé por teléfono a otro negocio, Dollar Rent a Car,, y hablé con la secretaria María Eliana González,. Le pregunté si tenía en su archivo de clientes a un tal César Bunster Ariztía y me contestó que iba a averiguarlo en sus regis-

tros. Al otro día me llamó y me dijo que ellos habían arrendado un auto Nissan 1.8 a la misma persona. Presentí que había algo muy raro y me quedé muy inquieta -recordó luego a fojas 661 del proceso.

Si María Soledad Vergara hubiera sabido lo que hizo Bunster tras salir de su local, su inquietud habría pasado a un alerta general. Porque esa misma mañana se había contactado con la oficina de Avis Rent a Car ubicada en el hotel Sheraton San Cristóbal y había pedido que le reservaran para esa tarde un Chevrolet Aska del año, cuatro puertas, de color beige ("guárdeme ése porque no me gustan los colores vistosos"). La funcionaría le respondió que no aceptaban reservas por teléfono, que fuera personalmente.

Poco después, Verónica López Marcos atendió a la joven que dijo venir de parte de César Bunster Ariztía y dijo llamarse Cecilia, usando nuevamente su verdadero primer nombre. La describió, luego, como "una mujer de pelo castaño con visos claros, un pelo liso y con melena hasta los hombros, ojos grandes expresivos color verde, sin maquillaje, tez mate, bronceada, vestida con un traje de mezclilla celeste, zapatos bajos y tenía amarrado en su espalda un chaleco fucsia de cachemira. Dijo que venía a confirmar la reserva".

Más tarde, apareció el propio César Bunster estrenando unos bigotes falsos y ella -impresionada por su apariencia- no olvidó detalles de la conversación cuando luego fue interrogada por la policía y el fiscal.

—Buenas tardes, tengo hecha una reserva para las cinco de la tarde y vengo a retirar el auto...

– Usted debe ser don César Bunster...

– Así es -dijo él mientras se sentaba al frente con una sonrisa cautivadora.

– ¿Me podría facilitar sus documentos, por favor? Cédula de identidad, carnet de chofer...

Ella comenzó a llenar el contrato.

– Hágame un cheque por cien mil pesos por la garantía...

– ¿Le da lo mismo que sean dólares? Porque no tengo cuenta corriente todavía...

– Está bien. Quinientos dólares-dijo Verónica López.

– Vengo recién llegando a Chile, estuve muchos años viviendo fuera...

– ¿Y dónde estaba? -preguntó ella interrumpiendo la escritura.

– En México. Justamente necesito el auto para sacar a pasear a unos tíos viejos que llegan de México este fin.de semana.

– Los va a llevar a Viña -sentenció la funcionaría.

– No, no. Creo que los voy a sacar a conocer Santiago no más, quizás los lleve el domingo por el Cajón del Maipo adentro...

– Su dirección, por favor-dijo Verónica López, continuando con el contrato.

– Camino El Volcán 0235...

– ¿Y eso dónde queda?

– En La Obra, por el mismo Cajón del Maipo. Ahí tengo una parcela -explicó él ante la extrañeza de la joven.

Bunster le entregó cinco billetes de cien dólares como garantía y ella misma lo acompañó hasta el estaciona

miento del hotel donde esperaba el Chevrolet Aska 86 de color beige. No olvidó la imagen de él: "Medía como 1.80, era delgado, de pelo brillante y partido al lado, con un mechón que se le venía a la frente, su tez era blanca y usaba una casaca de gamuza café, camisa beige y corbata".

—¿Queda algo por hacer? -preguntó Bunster a Tamara esa misma noche, luego de hacerle entrega del último vehículo.

—Sí, claro, lo último: la casa rodante.

—¿Y dónde las arriendan?

—Está todo listo. Ubicamos un negocio en La Reina de un tipo que hace casas y las arrienda. No habrá problemas. Hay que ir a buscar una mañana temprano...

Así, el sábado 30 de agosto, Bunster llegó conduciendo la station Peugeot hasta La Forja 8790, en el Parque Industrial de la comuna de La Reina, ya subiendo por el faldeo cordillerano. Y previa entrega de una garantía de mil dólares en billetes, salió del negocio de Ricardo Trampier con la casa rodante de color blanco con líneas anaranjadas. Pese a que conducir una casa rodante hasta el Cajón del Maipo lo ponía nervioso, ya que lo obligaba a un extremo cuidado para no tener tropiezos y menos accidentes del tránsito, sintió alivio. Terminaba, al fin, con cero falta su parte en esta operación.

Capítulo IV

Por el amor de Isabelle

Para Marcial Moraga Contreras todo había salido espantosamente mal en las últimas semanas. Estaba tan deprimido que tenía que hacer serios esfuerzos cada mañana para sobreponerse a tanta pena acumulada una sobre otra y así realizar todas las tareas que se le asignaban en una de las áreas más peligrosas del FPMR: la distribución de armamento.

No podía conformarse con perder a Isabelle. Se había enamorado perdidamente desde que la vio allá en Lau-sazrne, a pesar de que se había propuesto concentrarse en sus estudios superiores de Lengua Francesa y no entusiasmarse en serio con ninguna muchacha suiza. No quería compromisos afectivos que afectaran su gran sueño: volver a Chile.

Había tenido que salir al exilio con su familia luego que su padre -un dirigente sindical del mineral El Teniente- fue liberado de prisión en marzo de 1975. Marcial tenía entonces sólo 21 años. Dos años después -a pesar de sus intenciones- miraba cada gesto de la joven y rubia Isabelle

Mayoraz, sintiendo que no había otra mujer más hermosa en el mundo.

Al año siguiente -1978- ya estaban viviendo juntos y Marcial procuró prepararla para que lo acompañara en el retomo. Le enseñó castellano, le habló de Chile, la comprometió en la causa por recuperar la democracia. Así, hasta que él pudo volver a comienzos de 1984, consiguió trabajo como profesor de francés en el Sindicato Sewell de Rancagua y en agosto del mismo año le presentaron a "Tamara".

—Ella me planteó que ingresara al FPMR como ayudista, ya que estaba formando un grupo de combate en Rancagua- aseguró Marcial Moraga en el proceso.

El aceptó. Poco después, en septiembre del 84, se enteró de la verdadera identidad de la comandante Tamara por una casualidad que la estricta seguridad del FPMR no pudo prever. El hermano de uno de sus mejores amigos -Julio Muñoz Otárola- le pidió que fuera testigo de su matrimonio con Tamara. Y allí, en la pequeña oficina del Registro Civil de Machalí, supo que ella se llamaba Cecilia Magni Camino.

La rubia Isabelle Mayoraz llegó a Chile ese mismo mes: "Estábamos muy enamorados", recordó Marcial. Al poco tiempo la comandante Tamara le pidió que pasara a formar parte de un grupo operativo. Lo consultó con Isabelle y ella estuvo de acuerdo. Nunca imaginó que su eficiencia en acciones armadas y de sabotaje lo iba a hacer acreedor de una "beca" que lo echaría a perder todo.

A mediados de octubre del 85, Tamara le planteó que la Dirección había decidido enviarlo a Cuba. Dejó a

Isabelle instalada en Santiago, actuando como secretaria de Tamara. Y allá en La Habana, durante cinco meses, asistió a cursos que lo prepararon en Método Conspirativo, Contrainteligencia, Barretines y Tiro. Recordaba perfectamente cuando los instructores cubanos insinuaron que harían unos "regalitos" a los guerrilleros chilenos y comentaron que las aguas del norte eran las mejores para desembarcar por ser más calmadas.

A fines de abril del 86, oficiales cubanos le dijeron que debía volver para integrarse en la lucha. Y para despistar a los espías, lo hicieron dar una vuelta al mundo en pocos días: Bélgica, Checoslovaquia, Italia, Suiza y finalmente Chile.

¡Qué estupidez! La había echado tanto de menos e incluso se había desvelado pensando que Isabelle se sintiera muy sola o estuviera en problemas. Y ahí estaba ella, tan fría, tan extraña, contándole que también se había integrado al Frente, que pertenecía a un grupo operativo dedicado "a la exploración de nuevos objetivos". Todo sucedió tan rápido a partir de ese día. Se veía a sí mismo en esa escena cuando rechazó la orden de hacerse cargo de Logística en Valparaíso, quebrando la disciplina de la organización. Y cuando "Matías" le preguntó la razón, contestó: "No quiero volver a separarme de Isabelle".

—No es argumento válido, compañero. Tiene que obedecer -dijo Matías con voz perentoria.

—Quiero una reunión con un jefe de la estructura -respondió Marcial.

Y mientras esperaba que le avisaran día, hora y lugar de esa reunión, recibió la noticia de la muerte de su padre.

Se embarcó en el primer vuelo disponible para ir a Suiza, pero igual llegó tarde al funeral. ¡Maldito exilio que hizo sufrir tanto al viejo hasta matarlo de pena! Y al regresar, con el duelo todavía apretándole la garganta, Isabelle decidía contarle la verdad, lo que explicaba su distante conducta: estaba enamorada de "Juan Carlos", su jefe del grupo operativo.

—Cuando finalmente me reuní con uno de los jefes políticos, lo primero que me reprochó fue mi indisciplina por no aceptar la orden de traslado a Valparaíso. Le expliqué que pasaba por momentos difíciles por la muerte de mi padre y por la separación de Isabelle, pero que estaba dispuesto completamente para el Frente y que haría lo posible por superar ese mal momento. Entendió y me ofreció tres posibilidades: ser jefe logístico de Valparaíso, ser jefe de un batallón o ser jefe de distribución del armamento que estaba por llegar desde el norte. Elegí lo último -relató más tarde ante la justicia militar.

Así es como había llegado Marcial Moraga a esta área, tan clave para el Frente como difícil y peligrosa, en un momento en que todos los aparatos de Seguridad del régimen militar andaban buscando arsenales hasta debajo de las piedras. El grupo al que fue asignado operaba bajo la dirección general de Matías, el nombre que usaba Vasily Carrillo.

A los 29 años, el dibujante técnico Vasily Carrillo Nova era un jefe que procuraba hacer su trabajo con cero falta. Su energía provenía de sus convicciones y de un pasado trágico que persistía en su memoria. Tenía sólo 16 años para el golpe militar y ser casi un niño no había

impedido que lo detuvieran, lo maltrataran y lo encerraran en un campo de prisioneros en la Isla Quinquina, junto con su hermano Fedor. Allí estaban cuando supieron que su padre -Isidoro Carrillo- había sido fusilado por el sólo delito de haber sido alcalde de la localidad carbonífera de Lota y gerente general de la estatal Empresa Nacional de Carbón (Enacar). No hubo siquiera funeral: los militares no entregaron su cuerpo acribillado. De ahí al exilio en Alemania. Más tarde, su decisión de hacerse militar revolucionario había fallado porqué, en la Escuela Militar "Antonio Maceo", de La Habana, "no fui capaz de superar las exigencias físicas, por lo que tuve que desistir y regresar a Alemania", dijo después en el proceso. Pero fue tan insistente su petición por regresar a Chile que finalmente lo consiguió en 1985, tras un breve período de instrucción en el manejo de armas. Le entregaron un falso pasaporte ecuatoriano y, como inspiraba un alto grado de confiabilidad, asumió de inmediato como segundo jefe regional del FPMR en Valparaíso y luego, en mayo de 1986, la jefatura de la zona. La orden de trasladarse a Santiago y organizar un SAR (Sección de Armamento) le fue dada como "alta prioridad". Debía montar un taller mecánico que ofreciera seguridad máxima y de ahí mover a un equipo de distribución y a otro de fabricación de bombas caseras. ¿Cómo montar con rapidez un taller mecánico con inocente fachada? Vasily Carrillo y Marcial Moraga decidieron que no había otro camino que recurrir a la ayuda de un hombre muy especial: el empresario Osvaldo Quezada. Se había hecho empresario casi por casualidad,

durante el régimen militar, adquiriendo un bus de transporte colectivo y un negocio de venta de electrodomésticos. Primero avaló a un compañero de trabajo en la compra del bus y cuando éste no pudo pagar, se lo traspasó. Con las ganancias pudo comprar a sus patrones una sucursal en Temuco, cuando éstos estuvieron a punto de quebrar, y va había instalado una filial en Puente Alio. Le iba muy bien, pero no olvidaba su compromiso político asumido desde muy joven,

—Me propusieron instalar un garaje para arreglar y mantener los vehículos del Frente. Al principio meiqué, pero la idea me siguió dando vuelta por ser y considerarme un buen militante. Me insistieron nuevamente en julio del 86, agregándome que el taller cumpliría además las funciones de tal, atendiendo cualquier vehículo que llegara. Eso me pareció más seguro y acepté -dijo luego en el proceso.

Comenzó a buscar un local adecuado cerca de Puente Alto, al sur de Santiago y a unos cinco kilómetros de Las Vizcachas. Pero Marcial Moraga, a mediados de agosto, le puso 140 mil pesos en la mano y le pidió buscar con urgencia en las cercanías. Encontró un galpón en el Paradero 17 de la avenida Vicuña Mackenna (calle Santa Julia 056, comuna de La Florida) y lo arrendó de inmediato.

La emergencia se había planteado con un gran cargamento llegado desde el norte y no había lugar seguro para guardarlo. A Marcial Moraga le dieron orden de retirar un vehículo del estacionamiento ubicado frente a la oficina central del Registro Civil, en la avenida Manuel Rodríguez.

—Buen nombre -pensó Moraga cuando cruzó la avenida. Recordó los datos que debía dar al encargado del estacionamiento, para que éste le permitiera sacarlo— Ahí está, tiene las llaves puestas -dijo el cuidador, indicándole una Chevrolet C-30 , con carrocería cerrada , y sin siquiera imaginarse que por dos días había tenido guardado un vehículo cargado de armas. Moraga se subió y tuvo un instante de turbación. ¿Qué hacer? La Chevrolet tenía el tamaño de un camión pequeño y él disponía de una licencia sólo para conducir automóviles. So imaginó la escena de un policía pidiéndole los documentos y decidió evitar riesgos. Anduvo un par de cuadras y estacionó el vehículo en la calle. Fue a buscar a Osvaldo Quezada. Sí, seguramente él tenía licencia "A" que permitía conducir buses y camiones.—De acuerdo, compadre, no hay problemas. ¿Dónde dejaste la camioneta? -dijo Quezada., Moraga le dio los datos.—¿Y a dónde la llevo? -preguntó Quezada.—No lo sé. Hay que buscar un estacionamiento público mientras arrendamos el garaje. Estamos en una emergencia...Osvaldo Quezada cruzó el centro de Santiago sin saber que portaba un arsenal móvil y dejó la camioneta en el gran estacionamiento que funcionaba en Providencia esquina de Bustamante.—Tengo que dejarla por tres o cuatro días. Se me presentó un problema familiar en Concepción y debo tomar un bus ahora mismo -explicó al encargado.

—No hay problema. Déjela no más...

—¿ Dejan vigilancia de noche? Mire que no me gusta nada la idea de encontrarla desvalijada cuando vuelva y como ustedes no responden...

—No se preocupe. Queda un guardia y no hemos tenido problema de robos...

Pasaron cinco días antes de que pudieran tomar posesión del garaje arrendado y, como primera tarea, estuvo la de traer la C-30. Esa fue otra historia curiosa.

—Viejo, hay que retirar la camioneta del estacionamiento -dijo Moraga.

—Hoy no se puede. Tiene patente terminada en 4...

--¿Y qué?

—Que tiene restricción vehicular.

—¡Mierda, qué hacemos!

—Esperar a mañana...

—¡Imposible, tiene que ser ahora mismo! -dijo Moraga-

—No hay cómo... a no ser que la trajéramos en grúa.

—¡Ahí está! Te la traes en grúa...

El encargado del estacionamiento no pudo entender cómo la Chevrolet llegó en perfectas condiciones y cómo el dueño había detectado una panne sin siquiera haberla echado a andar. Se encogió de hombros, recibió el pago correspondiente y una buena propina que le hizo olvidar el extraño episodio de ese 28 de agosto de 1986.

Al entrar al recién estrenado garaje, Osvaldo Quezada vio que ya había otros tres vehículos: un Chevy Nova, un Datsun 130 y un Toyota Célica. Y no se alcanzó a cerrar el portón, cuando dos hombres se subieron a la parte trasera

de la camioneta premunidos de sendos esmeriles eléctricos y comenzaron a cortar los remaches de la carrocería térmica. Al ver cómo salían 50 fusiles M-16, diez lanzacohetes Low, quince granadas, municiones y unos veinte kilos de explosivo plástico, Quezada ocultó su sorpresa.

– Ahí supe que se trataba de armas, pero ya no podía retirarme y tuve que seguir adelante -aseguró luego en la fiscalía militar.

Mientras sacaban el armamento, Marcial Moraga le ordenó comprar de inmediato tres tambores grandes de grasa. Adquirió los tambores -de doscientos kilos cada uno- y los trajo al garaje.

– Abrelos y vacíales la mitad de la grasa -ordenó ¹ Moraga.

Así, en cada tambor verde de grasa Motrex se fueron metiendo dos fusiles M-16, un lanzacohetes, paquetes de explosivos, cargadores con munición y cohetes Low. Previamente, cada pieza fue cuidadosamente envuelta en bolsas de plástico negro, de las que se usan para la basura.

Mientras se cargaban los tambores y se martillaban las tapas para poder cerrarlos, Quezada escuchó los comentarios. Decían que el grupo especial encargado de Carrizal "se había dedicado a puro huevear, a tomar trago, a dejar grandes propinas y a tomarse fotos, lo que provocó que los pillaran". Luego, se cargaron con armas los otros tres vehículos, en barretines ocultos en el portamaletas y en las puertas.

Los tambores fueron puestos en una camioneta Datsun blanca que, momentos antes, habían recogido en Vicuña Mackenna. Y salió del garaje para ser entregada por el

mismo Vasily Carrillo a su superior: "Jaime". De ahí fue llevada a Las Vizcachas, a la amasandería de inocente apariencia, al igual que los otros vehículos. Toda la información que se recolectó en el proceso indicó un patrón común para el retiro de vehículos cargados de armas. Se les daba un "punto" en cualquier barrio de Santiago -generalmente Ñuñoa, Providencia y Las Condes- y en el lugar indicado encontraban el automóvil estacionado. En el asiento del conductor, un periódico doblado. Era la señal. El vehículo estaba abierto y bajo el diario, las llaves. A veces se entregaba el mismo auto en otro "punto" y otras veces se llevaba al taller para ser vaciado e instalar las armas en otro vehículo. En un Chevy Nova, por ejemplo, cabían hasta doce fusiles y tres cohetes en los barretines de los costados y del portamaletas. Hubo un hombre que participó en esta etapa de la operación casi por casualidad. Porque Lautaro Cruz Sandoval, quien tenía 18 años para el golpe militar y quedó muy afectado por la detención y desaparición de su tío Lisandro Cruz, no tenía ningún entrenamiento en armas. Había ingresado al FPMR para realizar tareas burocráticas, por así decirlo. Bajo la vigilancia de la comandante Tamara, llevaba remesas de dinero -de hasta tres mil dólares en moneda nacional- que repartía entre Rancagua y Linares, en la zona central de Chile. Por ese trabajo, el Frente le asignó un salario mensual equivalente a 45 dólares. Cuando pidió a Tamara un aumento de sueldo, porque no le alcanzaba ni para comer, ella se molestó y rechazó la petición ("¿acaso no sabía que la vida de un militante estaba marcada por el sacrificio?").

Así, Lautaro Cruz había quedado "descolgado" de la organización en marzo de 1986 y encontró un empleo como chofer nocturno de los taxis colectivos 123 Renca-Centro. Un encuentro casual en el centro de Santiago marcó, a fines de agosto, su reintegración en un área desconocida: el armamento. Su declaración aportó un nuevo dato acerca de la distribución. Al interior de tubos de cobre martillado, de esos que se ponen sobre las chimeneas del mismo metal, entregaban lanzacohetes en las esquinas más inesperadas de la ciudad. Dentro de los estrictos compartimientos del FPMR, para evitar que la detención y posible confesión de un militante acarree la caída de muchos otros, Lautaro Cruz no debió integrarse a la tarea del garaje de La Florida. Pero el exceso de trabajo en esos días obligó a Marcial Moraga a romper las normas de seguridad y llevarlo al taller. Así se integró al grupo que cortaba latas para hacer barretines en los vehículos o descargar los que llegaban. Un día le tocó llevar el Chevy Nova cargado hasta un estacionamiento en avenida Pedro de Valdivia, metros al sur de Irarrázaval. Dejó las llaves al encargado del lugar: —Una prima va a pasar a buscarlo en poco rato más -dijo, siguiendo las instrucciones. ¿Una prima? ¿Cuál? La curiosidad lo ancló en la vereda del frente y a los quince minutos vió lo que nunca debió ver: a Tamara, su ex jefa.

CAPÍTULO V

El primer acuartelamiento

Fue un día especial ese jueves 28 de agosto de 1986. Muy temprano, en el Palacio de La Moneda, se realizó el cambio de servicio de la Unidad de Seguridad Presidencial y todo quedó protocolizado por escrito así:

1.Ofic. de Seg. de S.E.: Cap. Juan Mac-Lean Vergara.

2.Subof. de Seg. de S.E.:

-Equipo de Seg. N^o 2: SGI Francisco Carpió Vildoso

CB1 José Barrera González

CB1 Gerardo Rebolledo Cisterna

3.Conductores de S.E.:

-Columna N^o 1:CB2 Oscar Carvajal Nuñez -VIP

SG2 Waldo Castillo Cerda-ALT

CB2 Cardenio Hernández Cubillos-SEG

CB1 Juan Fernández Lobos-SEG

Firmado: Pedro P. Bustos Valderrama
Capitán
Cdte. de la Unidad de Seguridad

El capitán de Ejército Juan Mac-Lean y los siete suboficiales asumieron sus respectivos puestos sin imaginar siquiera que ese día se estaban moviendo las últimas piezas sobre un tablero mortal. Como expertos en la seguridad personal del general Pinochet, recibían constante entrenamiento para repeler todo tipo de ataques. Y se daba por supuesto que estaban psicológicamente preparados para reaccionar correctamente y también para morir...

Pero nadie se los preguntó ese día como lo hicieron con Víctor Díaz Caro. Había sido citado con urgencia a establecer un "vínculo" en la avenida Irarrázaval y ahí estaba caminando al lado de "José".

—¿Y cómo estamos para morimos? -preguntó de golpe José.

—Como siempre. Hasta la última si se precisa- respondió Víctor Díaz sin titubear.

—Vamos a lo concreto y a lo oficial. Hay una misión con un 99 por ciento de probabilidades de no salir con vida. Tú decides -dijo José.

—¿De qué se trata? -preguntó Víctor.

—Te lo dirá el comandante Ernesto que nos espera más adelante...

En la cuadra siguiente se encontraron con José Joaquín Valenzuela Levy y Víctor siguió caminando junto a él, mientras José actuaba como guardaespaldas. La conversación fue escueta: se lo necesitaba como conductor de un vehículo en una misión de extremo peligro, una misión que cambiaría el curso de la historia, y debía acuartelarse ese mismo día. Víctor Díaz Caro no lo dudó:

—Cuenta conmigo...

— Bien, sabíamos que esa sería tu respuesta. Te recogerán a las seis de la tarde. Aprovecha las horas que faltan y despídete de tu gente -dijo finalmente el comandante Ernesto.

Despedirse. Víctor Díaz caminó largo rato, se sentó en una plaza de Ñuñoa donde los ciruelos en flor anunciaban primavera y no supo qué hacer. Hacía dos años que vivía en la clandestinidad, escapando de la CNI luego de un frustrado ataque al Batallón de Inteligencia del Ejército, y no podía arriesgarlo todo por abrazar a su madre, a sus hermanas... y a ellos: su mujer y su hijo. "Decidí pasar lo más cerca posible de los lugares en que estaban. Cerré los ojos y me imaginé abrazando a mi hijo, aunque él no me reconociera, y soñé con mirar de nuevo los ojos de ella", escribió más tarde, recordando ese día. Sacó fuerzas de la imagen de su padre -Víctor Manuel Díaz López, subsecretario general del Partido Comunista- quien había sido detenido por la DINA en mayo de 1976. Estaba desaparecido desde entonces.

De hecho, su padre había sido clave para su decisión de incorporarse al FPMR. Así se lo dijo al fiscal militar y quedó estampado en el proceso: "A fines de 1983 se me acercó Marcelo y me preguntó si quería integrar una fuerza nueva que estaba naciendo. Sentí desconfianza, ya que mi familia ^-después de la desaparición de mi padre- era blanco perfecto para caer en alguna trampa de la DINA. Pese a eso, medité sus palabras: que debía tener confianza en esta organización, porque podría entregarme elementos más concretos para averiguar la real suerte que mi padre había vivido. Cuando volví a verlo, le dije que la

desaparición de mi padre había provocado un quiebre en mi familia y que mis hermanas seguían buscando la verdad en forma pacífica, sin resultados concretos. Yo necesitaba saber, rápidamente, qué había pasado. Quedamos de reunimos una vez por semana, ya que entonces yo estudiaba y además trabajaba cuidando casas a la sociedad El Tattersall, empresa que cuidaba las viviendas embargadas por el Banco de Chile. En la segunda reunión me dijo que la organización era el Frente Patriótico Manuel Rodríguez, que tenía por finalidad ser expresión del pueblo, el brazo armado del pueblo; que estaba conformado por patriotas de distintas corrientes políticas y era una organización militar con jerarquía; amigos, ayudistas, combatientes, jefes y comandantes. Me dijo que era muy importante la compartimentación por razones de seguridad".

Casi tres años después, Víctor Díaz caminaba por las calles de Santiago tras haber aceptado -a plena conciencia- el riesgo casi cierto de morir en las siguientes horas. Y con su aceptación quedó cerrado el grupo de combatientes del FPMR que fueron seleccionados para participar directamente en la Operación Siglo XX, completando un número de veinticinco. Dos meses antes, cada célula había recibido la orden de intensificar su entrenamiento físico. Una escogió el Parque O'Higgins como escenario, otras optaron por el cerro San Cristóbal y no faltó la que se quedó en el barrio usando un lugar denominado "Las siete canchas", en Conchalí.

Bajo la atenta supervigilancia de cada jefe, los jóvenes habían trotado varias horas por día, fueron paulatinamente mejorando en las pruebas de velocidad y saltaban

por sobre obstáculos con máxima agilidad. Nadie sabía para qué y más de alguno bromeó con el supuesto de que el FPMR preparaba un equipo para los Juegos Olímpicos.

Finalmente, cada jefe fue notificado de que se acercaba la "hora cero" para una misión de máximo peligro que "cambiará la historia del país". Y cada uno se lo comunicó a sus subordinados en sendas reuniones. "Hay muy escasas posibilidades de salir con vida. Uno por ciento y eso", dijeron en tonos que no admitían dudas. Ninguno de los elegidos echó pie atrás.

Así, entre el 27 y el 28 de agosto de 1986, todos estaban acuartelados en "casas de seguridad" tras ser recogidos en la calle por vehículos que los llevaron por rumbos desconocidos.

Cuando Víctor Díaz abrió los ojos, se encontró en una habitación donde ya había otros ocho: seis hombres y dos mujeres, todos jóvenes. Comenzaban a preparar las colchonetas para pasar la noche, cuando ingresó la comandante Tamara para darles las instrucciones: "Descansen, se les necesita tranquilos y descansados; no hagan ruidos que alerten al vecindario; no hablen entre ustedes nada mas allá de lo estrictamente necesario. Ya lo saben, seguridad ante todo. Mañana serán trasladados a otro lugar⁷¹.

Se tendieron sobre las colchonetas, repartiéndose las frazadas. Una de las muchachas comenzó a reír, nerviosamente.

— ¿De qué se tratará? Apuesto a que es un retén de pacos - dijo conteniendo la risa con ambas manos.

Los demás se relajaron con su comentario y otro dijo

que apostaba a que el objetivo era un regimiento. Volvieron a guardar silencio y finalmente se durmieron.

La comandante Tamara fue a buscar a Víctor Díaz en la mañana siguiente. Caminaron un par de cuadras y los interceptó un anciano ofreciéndoles su mercadería.

– ¡Ajos, ajos, para la buena suerte!...

– Deme tres -dijo ella y guiñando un ojo a Víctor agregó -porque la vamos a necesitar.

Llegaron hasta el vehículo donde los esperaba José al volante. Víctor se sorprendió ante el Toyota azul, poderoso y flamante, un modelo Land Cruisser que semejaba un gran jeep. Hizo un comentario acerca de que mejoraban los tiempos. Y mientras enfilaban hacia el sur-oriente de Santiago, Cecilia le pidió su opinión:

– ¿Qué te parece? ¿Crees que podrás manejarlo? -preguntó.

– ¿Tracción en las cuatro ruedas?...

– Sí, claro...

– A ver, muéstrame la dirección...

– Hidráulica -respondió José al tiempo que daba un giro a la derecha.

– ¿Qué capacidad da el velocímetro?

– 220 por hora...

– Es un monstruo. No hay problemas, responderá bien -sentenció Víctor.

Luego de pasar frente al retén policial de Las Vizcachas, José dijo riendo:

– Oye, flaca, ¿por qué no hacemos un arito y nos tomamos una bebida? Estoy seco...

– Está bien - dijo ella en tono conspirativo.

Se detuvieron al borde de la carretera, frente al local que ofrecía pan amasado, empanadas con dos aceitunas y bebidas. Dejaron que Víctor entrara primero y eligiera una de las pequeñas mesas. El se sentó, ellos quedaron de pie y cuando descubrió la broma -al ver que quienes atendían también eran "combas"- todos rieron de buena gana.

Pero no había tiempo para más bromas. Víctor fue llevado a la trastienda y de inmediato bajó al túnel. Allí se quedó unos momentos mirando los fusiles M-16 y SIG en perfecto orden: uno, dos, tres, contó hasta treinta y ocho. Y más allá los lanzacohetes, once en total. ¡La cosa iba en serio!

Sintió que la tapa del túnel se descorría y vio bajar a un muchacho por la escalera.

—Soy Milton, hermano. Nos toca poner a punto todo esto. Tenemos que limpiar y engrasar perfecto. No pueden fallar. Apenas terminemos vamos a seguir con granadas caseras. Hay que hacer bastantes - dijo de corrido Amaldo Arenas Bejas.

Usando bencina, fueron limpiando cada parte de los fusiles y armándolos de nuevo. Revisaron luego, una a una, cada bala de 5.56 milímetros para luego ponerlas en los cargadores ya limpios. Chequearon cada lanzacohete Low y cada RPG-2 al igual que los grandes proyectiles. Buscaron cualquier rastro de óxido para eliminarlo y así evitar fricciones. Cuando todo estuvo listo, avisaron a "Fabiola" y ella comenzó a pasarles los tarros de conserva para fabricar granadas.

El aire ya era irrespirable por las emanaciones de

bencina. Y empeoró cuando abrieron la primera bolsa de amongelatina. Con máximo cuidado, fueron introduciendo los pequeños tarros de salsa de tomates dentro de los tarros de duraznos, pegándolos al fondo. Luego, llenaron con amongelatina cada tarro pequeño y lo sellaron nuevamente, dejando un fino agujero para introducir el detonador. Todo el espacio que quedó entre una y otra lata se rellenó con metralla: todo tipo de esquirlas de metal, clavos y tomillos, sobre lo que se vació pegamento (Neoprén). Ahí estaban en hileras ordenadas, quince granadas listas para la acción. Y ellos tenían náuseas, dolor de cabeza y unas ganas de dormir...

Recurriendo a sus últimas fuerzas fueron metiendo todo el armamento en grandes bolsos deportivos y dieron la señal hacia arriba. Los sacaron del túnel -tras ocho horas de trabajo y de encierro- cuando ya estaban intoxicados por las emanaciones.

– Respirar profundo, tranquilos, respirar profundo...

El aire frío cordillerano los despejó un poco. La noche en el Cajón del Maipo había traído una neblina espesa que parecía protegerlos de miradas extrañas. Sorbieron lentamente un tazón de té. caliente que Fabiola les trajo. Y acababan de terminarlo, cuando un automóvil se detuvo frente a la amasandería, giró y se estacionó al borde mismo del local. Lo conducía el propio comandante Ernesto. Cargaron los bolsos con armamento en el porta-maletas y en el asiento posterior, tomaron cada uno un M-16 listo para ser usado en caso de ser descubiertos y enfilaron hacia el interior del cajón del Maipo, perdiéndose entre la densa niebla.

Víctor Díaz reconoció luego que, tras abrirse el portón de la casa de La Obra, quedó maravillado. ¡Era toda una mansión de grandes ventanales, con piscina, cancha de tenis, terrazas y jardines! Y en el estacionamiento, los vehículos grandes y nuevos completaban el cuadro...

¡Sí, la cosa iba en serio!

Rápida y silenciosamente fueron bajados los bolsos por otras manos y a ellos los ayudaron a entrar en la casa, ya que apenas se tenían en pie. Faltaban pocos minutos para que el reloj marcara el inicio del sábado 30 de agosto.

Todos los combatientes varones -o "combas" como ellos se decían- llegaron a ese acuartelamiento en pequeños grupos y ya preparados. Cabello corto, rostro bien afeitado y la indumentaria prevista por la jefatura: buzos livianos de tela oscura y brillante en unos casos y tenidas muy formales de chaqueta, camisa y corbata para otros. En suma, vestimentas que les permitieran cumplir adecuadamente su misión y que, además, garantizaran máxima seguridad en los desplazamientos por semejarse a las usadas por agentes de Inteligencia. Todos, además, llegaron con las manos preparadas para no dejar huellas digitales: las yemas de los dedos cubiertas por una fina capa de un pegamento especial ("La Gotita") que hacía las veces de guante sin impedir la manipulación de objetos con alto grado de precisión.

Y mientras en la casa resonaba la música, de modo que don Marcelino -el cuidador- creyera que todo el movimiento se debía a una fiesta, fueron reuniéndose ordenadamente en una habitación. Víctor Díaz Caro y Arnaldo Arenas Bejas, aún bajo los efectos de las fuertes

emanaciones, fueron prácticamente los últimos en sumarse al acuartelamiento.

Ahí estaban, hombres, mujeres y armas envueltos por un denso silencio que no lograba ser traspasado por la música que venía desde el living. "Se produjo un silencio muy prolongado, donde lo único que hacíamos era mirarnos entre todos. Estábamos muy tensos, creo que por la incertidumbre de no saber de qué se trataba y, por otro lado, comprender que se trataba de algo realmente grande al ver tantas armas desplegadas en el lugar", relató Víctor Díaz.

Los minutos transcurrieron con lentitud exasperante. El humo de los cigarrillos fue nublando la habitación mientras esperaban. Todos los ojos recorrían todos los rostros, uno tras otro. Hasta que escucharon los pasos en el pasillo que anunciaban el arribo de la jefatura y se pusieron de pie, en postura marcial, cuando se abrió la puerta.

—Hermanos, soy la comandante Tamara. La Dirección Nacional los eligió a ustedes para participar en esta operación que está a cargo del comandante Bernardo -dijo Cecilia al tiempo que ponía su mano sobre el hombro de José Joaquín Valenzuela Levy, quien había cambiado su seudónimo de "Ernesto" por el de "Bernardo" para los efectos de esta misión.

Una veintena de miradas se centró en el hombre joven, rubio y delgado que desde ese momento pasaba a ser "el jefe", con poder de mando total sobre sus vidas. La comandante Tamara siguió hablando:

—Deben mantener medidas de máxima seguridad mientras estemos en este cuartel. ¡Alerta máxima las vein-

ticuatro horas! Deben saber que no estamos solos. A pocos metros de la casa, ahí fuera en el jardín, vive el cuidador de esta parcela. No puede verlos ni sospechar nada. Ahora nos separaremos en grupos y todos permanecerán en la pieza que se les asigne. ¡No deben salir de ahí! Se les llevará comida y si necesitan ir al baño, deben avisar a su jefe de grupo. ¿Quedó claro?...

Las cabezas asintieron y nadie habló.

—Ahora cada jefe se hará cargo de su grupo y dará las instrucciones. ¿Algo más, comandante? - dijo finalmente mirando a José Joaquín, quien respondió con un movimiento negativo de su cabeza.

Se dio por terminada la reunión y los comandantes salieron del cuarto. Habían decidido ocultar el objetivo de la operación por algunas horas. José Joaquín quería chequear por última vez a los combatientes elegidos antes de que lo supieran. Estaba claro que los seleccionados contaban con lo principal: conciencia revolucionaria y lealtad férrea con la organización. Faltaba por comprobar, en las siguientes horas, los efectos psicológicos de estar ya en el teatro de operaciones para una misión que seguramente los llevaría a la muerte. Debían estar tan claros y decididos que cada gesto de su comportamiento -incluso dormidos- revelara una tranquilidad esencial. Ya varios de los pre-seleccionados habían sido descartados justamente por manifestar tensión extrema al dormir.

Cada grupo ingresó a la habitación que se le había designado y a los pocos minutos se repartió una cena compuesta de pollo asado con una abundante ensalada rusa. Luego, se comenzó a trabajar: los jefes repartieron las

armas para que cada uno se hiciera cargo. Así, mientras Marcelino Farfán dormía plácidamente, a pocos metros de él se fue desplegando un reguero de fusiles, balas y lanzacohetes. En las siguientes dos horas, los jefes instruyeron a sus subordinados en el manejo de los M-16.

"El jefe de mi grupo, Jorge, nos hizo armar y desarmar varias veces los M-16. Nos enseñó esa noche a hacer puntería y diversas posiciones de tiro", declaró más tarde Víctor Díaz Caro.

"Nuestro jefe de grupo era Joaquín y él distribuyó los fierros. A mí me entregó un M-16 con cuatro cargadores completos. Nos quedamos limpiando el armamento como hasta las tres de la mañana", dijo por su parte Juan Moreno Avila. '

"Nuestra jefa, la comandante Tamara, nos repartió las armas y a mí me tocó un M-16. Yo no sabía usarlo, así que me hicieron practicar en seco, haciéndole puntería a la llama de una vela en la pieza a oscuras", reveló Lenin Peralta Véliz.

Pasadas las tres de la mañana, terminó la "fiesta". Se apagó el equipo de música y las luces. Todos se tendieron sobre camas y colchonetas para dormir, con excepción de los guardias designados para el primer turno.

El sábado 30 de agosto comenzó tarde para los acuartelados. Las declaraciones coinciden en fijar alrededor de las once de la mañana el momento de despertarse, ducharse por turnos en los baños y recibir un succulento desayuno que provocó más de algún comentario semiserio: "Estamos en engorda antes de ir al matadero".

Una vez que estuvieron todos listos y desayunados,

los jefes hicieron formar a su gente en cada habitación y salieron ordenadamente al pasillo. Había llegado el momento de que supieran de qué se trataba. Ahí estaban, formados en actitud marcial, cabeza alta y vista fija al frente, cuando el comandante comenzó a hablar.

"Hermanos, ustedes forman parte de un grupo especial de combate del Frente Patriótico Manuel Rodríguez, con una misión encomendada por la Dirección Nacional. Esta misión recoge un profundo y justo sentimiento de nuestro pueblo... ¡hacer pagar con su vida a Pinochet, el tirano, estos largos trece años de crímenes, miseria y oprobio. Esta misión tiene un nombre: Operación Siglo XX. Le haremos una emboscada de aniquilamiento..."

Víctor Díaz no pudo seguir escuchando: "Sólo sentí un nudo en mi estómago y en mi garganta y los ojos se me llenaron de lágrimas. Y estoy seguro que de haber mirado hacia el resto de la formación, habría comprobado que a mis hermanos les ocurría lo mismo".

El comandante José Joaquín Valenzuela Levy terminó de hablar y la comandante Tamara accionó el equipo de sonido. Los sonos marciales del himno del FPMR inundaron el lugar. Escucharon en silencio las primeras estrofas: *Como la sombra de la memoria viva vuelve al combate frontal Manuel Rodríguez alto y duro como un rayo interminable en contra del mismo tirano inmemorial, vuelve encendiendo la guerra necesaria trae en las manos el fuego que castiga viene y va con sus milicias invisibles para señalar que un hombre nuevo crecerá...*

Cuando terminó el himno, el comandante Ernesto selló el acto:

—Ya lo saben. La misión es aniquilar al tirano y todos hemos asumido la alta probabilidad de no salir vivos. El nombre de cada uno de ustedes quedará escrito en la historia de la lucha de liberación de nuestro pueblo. Ahora, a prepararse... ¡media vuelta!

Cada escuadra volvió a su habitación e inició los preparativos. De ahí en adelante, ya revelado el objetivo de la operación, el acuartelamiento tuvo otro sentido. ¡Pinochet! No se trataba de un cuartel policial ni de un regimiento, sino del mismísimo Pinochet. Ahí entendieron todo: el largo entrenamiento, la cantidad y calidad del armamento y la costosa infraestructura. Ahí entendieron que realmente se trataba de un riesgo máximo, con casi nulas posibilidades de salir con vida... ¡Cuántas veces habían discutido con otro combatiente la posibilidad de hacerlo y siempre se concluía que era imposible, dado que se desplazaba en vehículos blindados y rodeado de una escolta armada hasta los dientes!

Ahí entendieron todo...

Cada jefe preparó a su grupo a su manera en las siguientes horas. La comandante Tamara usó lápiz y papel para hacer un croquis detallado que no dejara lugar a dudas respecto a la posición y la misión de cada combatiente a su cargo. Los jefes varones optaron por simular el escenario sobre una cama, usando cargadores haciendo las veces de vehículos y balas para ubicar la posición de cada uno de sus hombres.

Así, cada grupo definió su papel hasta el último de-

talle. El primero se identificó con el número 501 y por su misión se denominó "Grupo de Contención y Choque". Debía detener el avance de la comitiva usando como vehículos la station Peugeot y la casa rodante. Y premunidos de seis fusiles, dos lanzacohetes y varias granadas debían aniquilar la sección delantera de la comitiva presidencial, es decir, un vehículo que transportaba escoltas y los dos policías en motos.

El 502 era "Grupo de Asalto" y tenía por misión centrar el fuego en el segundo y tercer vehículos de la comitiva. Entre ellos podría venir el Mercedes Benz blindado del general Pinochet, por lo que su arsenal estaba compuesto de seis M-16 y cuatro lanzacohetes. Con este grupo actuaría el propio jefe de la Operación Siglo XX, el comandante Ernesto. Usarían el automóvil Nissan Blue Bird.

De Asalto era también el grupo 503 que debería destruir el cuarto vehículo de la comitiva, para lo cual contaba con cinco fusiles y un lanzacohetes. Estaba al mando de la comandante Tamara y se le asignó el uso del poderoso jeep Toyota Land Cruiser. Y por último estaba el 504 o Grupo de Retaguardia que debía eliminar al último de los cinco vehículos de la comitiva, así como cortar la retirada de cualquiera que pretendiera escapar de la zona de emboscada. Cuatro fusiles, una subametralladora y un lanzacohetes conformaban el armamento asignado a este grupo que debía moverse en el Chevrolet Aska.

En total, veinticinco combatientes distribuidos en cuatro grupos que repasaron sus misiones individuales una y otra vez, hasta que llegó a sus habitaciones un tardío

almuerzo.. "Nadie quería comer. Y Tamara, cariñosamente, fue obligándonos a todos. Decía que debíamos estar fue; tes y tranquilos, que la hermana que estaba en la cor na había preparado el almuerzo con mucho amor", recordó luego Víctor Díaz.

Tras un rato de descanso, c«rca de las 18.00 horas, una voz repetida -¡ya viene, ya viene!- los hizo incorporarse como accionados por un resorte. Pero sólo fue un simulacro para comprobar su estado de alerta. Esa noche, cuando ya los habitantes de La Obra dormían, los portones de la parcela se abrieron con sigilo y en tres vehículos fueron todos trasladado^ a menos de un kilómetro hacia el poniente. Ahí estaban, en una cuesta oscura y silrnciosa, conociendo el terreno donde librarían la batalla al día siguiente. Cada jefe ubicó a su gente en el lugar preestablecido, exigiendo -en medio de la oscuridad- que midieran distancias y establecieran puntos de referencia lo más claros posibles.

Cuando volvieron sigilosamente a la casa-cuartel, se les ordenó descansar entre turnos de guardia. Faltaban pocas horas ya y cada guardia, premunido de sendos fusiles, recorría distintos sectores de la casa, aguzando el oído y observando a ratos por los ventanales. A las dos de la mañana, Víctor Díaz fue despertado para asumir su turno de una hora.

—Cerca de las tres de la mañana vi una luz roja que pasó silenciosa y rápido frente a la casa. Luego, otra y otra. Conté cuatro en total. Me dije: ¡la comitiva! Pero luego pensé que no podía ser, ya que nos habían dicho que por meses se chequeó el desplazamiento de Pinochet y siempre

bajaba alrededor de las 18.00 horas en día domingo. No podía ser. Entregué la guardia y desperté a mi jefe de grupo para contárselo. Al otro día se informó al comandante Ernesto, como única novedad de guardia, lo que yo había visto...

Al mediodía del domingo, un llamado telefónico:

— Aló, aquí Camilo. Mi hermano dice que lo vio acá, saliendo de Errázuriz...

— ¿Seguro?

— Seguro...

— Ya veremos.

El comandante Ernesto colgó y llamó a su estado mayor para comunicárselo.

— ¿Qué hacemos? -preguntó la comandante Tamara.

— Seguimos igual mientras no obtengamos la confirmación -respondió el comandante Ernesto.

Esa confirmación llegó al anochecer. Los puestos de comunicación esperaron infructuosamente la aparición de la comiriva hasta que se hizo obvio que no estaba en El Melocotón. Sintonzaron luego el noticiero de Televisión Nacional y se enteraron de la muerte del ex Presidente Jorge Alessandri Rodríguez en el Hospital Militar. Quizás su agonía había provocado el intempestivo regreso de madrugada...

— ¡Mierda, se nos escapó! - dijo en grito ahogado uno de los jefes, cuando el comandante Ernesto los reunió para informarles lo sucedido.

— ¿Y ahora qué? -preguntó otro.

— Calma, mantengamos la calma - dijo Tamara con un gesto que invitaba a todos a sentarse y escuchar.

—La decisión ya está tomada: se posterga la operación para el siguiente fin de semana. La comandante Tamara se encargará de retener adecuadamente tanto este cuartel como los vehículos. No habrá problemas. El asunto es que debemos mantener reunidos a todos los hermanos y este cuartel no ofrece condiciones de seguridad para tantos días. Y no disponemos de otro lugar seguro para acuartelar a tanta gente - explicó el comandante Ernesto, interrumpiéndose para encender un cigarrillo.

Y continuó:

—Debemos mantener al grupo reunido y protegido a la vez. Creo que la mejor forma para burlar a la CNI es buscar un lugar público y una buena excusa. Algo así como un equipo de fútbol que busca un lugar tranquilo, una hostería, una residencial por ahí cerca, para concentrarse antes de un partido...

La comandante Tamara levantó la mano, pidiendo la palabra.

—De acuerdo, pero hay que buscar otro paraguas. Porque un grupo grande de hombres no puede estar una semana preparándose para un partido sin que se trate de un equipo profesional. Y eso no podemos sostenerlo sin arriesgamos a que en ese lugar haya algún fanático del fútbol que conozca todos los equipos...

—Razonable. Hay que buscar otra explicación...

Se levantó la mano de Alex.

—La tengo. Un grupo religioso en retiro espiritual...

—Más saben ustedes de fútbol que de religión -terció Tamara, sonriendo.

—Lo digo en serio. Yo puedo colaborar con la fachada

porque de hecho, y algunos de ustedes lo saben, fui postulante a seminarista. ¡Sí, seminarista y *chenstatiano* además! -insistió Alex, refiriéndose a la orden católica de Schoenstatt.

Se hizo un silencio, interrumpido por el comandante Ernesto:

– Te escuchamos, hermano...

– A nadie le extrañará un grupo numeroso de hombres, de nuestras edades, si decimos que somos seminaristas. Lo importante es que podamos mantener una actitud acorde con lo que se espera de nosotros. Simplemente debemos tener con nosotros objetos religiosos - cruces, biblias, rosarios- y que nos vean meditando, orando...

– ¿Y como?...

– Yo me encargo de eso. Puedo hacerlo -dijo Alex, con firmeza.

– De acuerdo, pero no podemos poner en riesgo este cuartel, así que mañana muy temprano enviaremos a todos a sus puntos de origen y ustedes se encargan de buscar un lugar cerca de aquí, en el mismo Cajón del Maipo. Ordenen a todos que mañana se presenten, a las 19 horas en punto y trayendo lo necesario, en el paradero de buses del Parque O'Higgins.

Riesgoso le pareció también al comandante Ernesto mantener por más tiempo la casa rodante en el estacionamiento. Automóviles y camionetas podían explicarse por la presencia de visitas de fin de semana, pero esa casa rodante de colores blanco y naranja era demasiado llamativa en una zona donde no es usual su utilización por los

turistas. Debía ser devuelta al día siguiente y asegurar que podría ser arrendada para el siguiente fin de semana. Entretanto, lo mejor era sacarla de la vista del cuidador de la parcela y de los vecinos.

Así, poco antes de las nueve de la noche, la station Peugeot que tiraba la casa rodante bajó por el serpenteado camino en dirección a Las Vizcachas buscando una zona de camping. Le habían desconectado el enchufe que proporcionaba energía al móvil trasero.

Betty Retamales estaba a punto de acostarse cuando sintió que golpeaban la puerta de su casa ubicada en el fundo El Raco, del Camino El Volcán 0121.

—Se trataba de un hombre muy alto, delgado y bien vestido. Me dijo si le podía guardar la casa rodante, ya que estaba sin luces y no podía transitar en esas condiciones. Con él iba otro joven que andaba en una camioneta con la que se retiraron del lugar. Los dos eran bien parecidos y de alta clase social. Como ese lugar está destinado a zona de camping, no me llamó la atención la solicitud. El vehículo quedó ahí por toda esa noche - recordó luego Betty Retamales en el proceso.

Con la casa rodante a buen recaudo, volvieron al "cuartel" de La Obra, donde ya cada jefe había comunicado a sus subordinados que se suspendía la acción y que nuevamente lo intentarían el próximo fin de semana. Todos presintieron como un mal signo el aplazamiento y quedaron cabizbajos por un largo momento, mientras -a 25' kilómetros en línea recta hacia el norte- Augusto Pinochet iniciaba la cena dominical con su familia...

Los curiosos seminaristas

No fue difícil la búsqueda del nuevo "cuartel" al interior del Cajón del Maipo. Durante casi dos años, la zona había sido rastreada palmo a palmo, poblado tras poblado, de modo de establecer todas las rutinas empleadas por la comitiva presidencial. Los exploradores del FPMR habían rendido decenas de informes que incluían los albergues: su capacidad, quiénes los atendían, su modo de operar, su grado de seguridad;

Así, el lunes 1^a de septiembre de 1986, alrededor de las 11.30 horas, dos hombres -que se movilizaban en una camioneta Toyota amarilla- llegaron hasta una antigua casona de San Alfonso que anunciaba en su fachada ser la Hostería Carrió.

—¿Y qué se les ofrece? -preguntó José Bernardo González, hijo del propietario, tras los saludos de rigor.

—Necesitamos alojamiento por toda la semana para unas quince personas -explicó Alex.

—Si no exigen habitaciones individuales, no hay problema...

—Sí, está bien. Lo que más nos importa es un lugar tranquilo, sin ruidos, donde podamos hacer retiro espiritual...

—¿Sacerdotes?...

—No todavía, pero para allá vamos. Somos seminaristas. De Schoenstatt...

—¡Qué bien! Si les parece, les muestro lo que podemos ofrecerles...

Mientras José Bernardo González desplegaba las bondades de tranquilidad y buen clima del lugar, recorrieron la hostería. El gran comedor del primer piso, la sala de pool, el jardín con una piscina en medio y, arriba, en el segundo piso, las habitaciones que podía ofrecerles. Limpias, cómodas y sencillas: cada una con dos carms y un lavamanos. El baño común estaba al final del pasillo.

—¿Tiene teléfono? -preguntó Alex.

—No, todavía no conseguimos uno -se disculpó José Bernardo González.

—Mejor, así nos desconectamos totalmente - comentó Alex, mientras sacaba cuentas de que el hecho obligaría a estar en contacto directo con el "cuartel" de La Obra y podría ser positivo, evitando el riesgo de usar los teléfonos de la zona que funcionaban pasando por una operadora.

—¿Y qué precio nos haría por todo el grupo?

—Mil trescientos diarios por persona...

—Caro para no estar en temporada. Bájese un poco...

—Tendría que consultarlo con mi papá, él es el dueño.

—Consúltelo, pues -dijo Alex en tono decidido.

—Salió, fue a Santiago a trabajar y no vuelve hasta mañana.

—¡Lástima! Tenemos que arreglar esto ahora, porque llegaríamos esta misma noche...

—Está bien. Mil cerrado. Menos imposible.

Cerraron el trato y varios billetes garantizaron la reserva. En Santiago, entretanto, la comandante Tamara ya tenía a César Bunster Ariztía en plena acción nuevamente. La noche anterior, muy tarde, se había reunido con él en la casa donde lo había refugiado a la espera de los acontecimientos. Había tomado la decisión de modificar el acuerdo -sacarlo fuera del país en vísperas del atentado- de manera de tenerlo a la mano en caso de emergencia. Y la emergencia se había dado.

Tamara volvía a retomar el timón en el área de infraestructura. Decidió como primera acción de esa mañana del lunes 1^a de septiembre devolver la casa rodante al Parque Industrial de La Reina y asegurar su arriendo para el siguiente fin de semana. Luego, siguiendo las instrucciones del comandante Ernesto, dispuso deshacerse del Chevrolet Aska, para lo cual Bunster fue hasta la oficina de Avis Rent a Car ubicada en el hotel Sheraton. La funcionaría Verónica López lo vio entrar acompañado de un hombre muy alto, delgado y rubio. Y se extrañó de verlo tan ajado: "Estaba como desaseado, pero me comentó que le había ido bien".

—¿Lo dejó en el estacionamiento?

—Sí, claro...

—Espéreme un segundo, por favor. Voy a verificar el cuentakilómetros y vuelvo a hacerle la cuenta.

Al atardecer de ese mismo lunes 1ª de septiembre, cerca de una de las puertas de acceso al Parque O'Higgins, "Ramiro" -jefe de esta fase de la operación- no tuvo que esperar que el reloj marcara las 19.00 horas para que el grupo estuviera reunido. Previendo que los traslados en movilización colectiva se dificultaban a partir de las seis de la tarde en la capital chilena, con cuatro millones de habitantes, todos iniciaron con antelación el viaje al segundo acuartelamiento y la mayoría optó por usar el metro, una de cuyas estaciones estaba a pocas cuadras.

Llegaron todos con lo que se les había ordenado. Vestidos con buzos deportivos, un bolso pequeño con mudas de ropa y una Biblia en la mano. La mayoría lucía cruces al cuello y no pocos llevaban, además, rosarios, crucifijos de mayor tamaño y hasta coloridos retratos del Papa Juan Pablo II en los bolsos. Nadie que los hubiera visto - y de hecho mucha gente debió verlos- habría imaginado la tensión máxima que sentían. Realmente parecían conformar un grupo de despreocupados excursionistas.

Ramiro chequeó mentalmente su lista. Ya estaban todos allí.

-Esperen un momento. Voy a arreglar el traslado - dijo en voz alta y se alejó hacia el paradero de los buses Santiago-San José de Maipo.

-¿Todo bien? ¿Ninguno tuvo problemas? -preguntó Joaquín al quedar a cargo del grupo por unos instantes.

Todo caminaba bien. No había señales de vigilancia ni de seguimiento de la CNI sobre ninguno de ellos.

--Y, tú, ¿estás listo? - preguntó Joaquín a Alex, quien

debía cumplir un papel clave de conducción para que el grupo realmente pareciera estar conformado por seminaristas durante retiro espiritual.

—Listo. No te preocupes, hermano, funcionará - respondió Alex, mostrándole varios cuadernillos de hojas blancas que llevaba en la mano.

—¿Y eso qué es?...

—Con esto vamos a armar un coro de ángeles, hermano. Espero que haya buenas voces -dijo riendo.

—¿Quieren? Ofrezco churros, están calentitos -interrumpió Jorge Mario Angulo González.

—No se aparten. En cualquier minuto nos^ vamos - ordenó Joaquín, al tiempo que sacaba del paquete un trozo de la masa tibia y crujiente, espolvoreada con azúcar flor.

Volvió Ramiro.

—¡Listo, todos al primer bus! Sentarse de a dos y hablar lo menos posible -ordenó.

Fueron subiendo al bus y pagando cada uno su boleto. Subieron otros pocos pasajeros y cuando ya enfilaban por avenida Vicuña Mackenna hacia el sur-oriente de Santiago, entre parada y parada, el bus se llenó. Luego, en el trayecto que media entre Las Vizcachas y San José de Maipo, ya subiendo la cordillera, poco a poco el bus se fue vaciando de pasajeros extraños al grupo. Tal como lo previo el chofer, una cuadra antes del terminal, sólo seguía transportando a los "seminaristas". '

Detuvo el bus, comprobó el hecho con Ramiro que iba sentado en el primer asiento y dio las instrucciones:

—¡Ya, jóvenes! Para poder llevarlos más arriba, vamos

a hacer lo siguiente. Agáchense bien, que nadie vaya a ver que llevo pasajeros al pasar por la garita. Y voy a apagar la luz interior, así parezco fuera de servicio...

Todos lo hicieron de inmediato. Y en la oscuridad, con la cabeza apoyada en las rodillas, más de alguno pensó que la situación era graciosa. Estaban acostumbrados a ocultarse durante los traslados, bajo mantas y frazadas, en el piso de los vehículos. Pero no dejaba de ser curioso que quien les ordenara ocultarse fuera un chofer -¡capas que fuera pinochetista!- deseoso de ganarse unos pesos extra sin tener que compartirlos con el dueño del bus.

El conductor les avisó que podían incorporarse una vez que se alejaron del terminal y mantuvo la luz interior apagada durante todo el trayecto. Un kilómetro antes de llegar a San Alfonso, Joaquín habló en voz alta para que todos escucharan.

—Y ésto, ¿qué es? -preguntó al chofer, apuntando hacia el largo murallón que se iniciaba a la derecha de la carretera.

—La casa del Presidente. Estamos en El Melocotón - contestó el conductor.

—Miren, éste es El Melocotón, la casa de Pinochet - informó hacia atrás Joaquín, en voz alta y con toda naturalidad.

Todos miraron y sintieron que se les aceleraba el pulso. Al pasar frente a la entrada principal, dieron un vistazo a la guardia militar iluminada por potentes focos, y percibieron otras siluetas uniformadas en el espacio aledaño.

El bus los dejó frente a la Hostería Carrió y Ramiro le pagó al conductor lo acordado. Salió a recibirlos Luis González Beltrán, el otro hijo del propietario.

—Mi hermano me dijo que ustedes llegarían esta noche. Está todo listo, esperándolos. Mi papá y mi hermano tuvieron que ir a Santiago, así que yo estoy a cargo. Pasen, por favor...

—¡Vamos! -ordenó Joaquín al grupo.

Y mientras subían la escalera que conducía a las habitaciones, Luis González buscó ampliar la información recibida de su hermano.

—Así que son religiosos...

—Seminaristas. Somos de Schoenstatt. ¿Ha oído hablar de Schoenstatt?...

—Algo. ¿Son católicos?

—Sí, claro que sí.

"Los distribuí en seis habitaciones, numeradas de la once a la dieciséis. Cinco piezas tenían dos camas y una, más grande, tenía cuatro camas. Durante todos los días que estuvieron en la hostería se comportaron realmente como un grupo religioso", recordó luego Luis González ante el fiscal militar.

Todas las piezas quedaron de inmediato marcadas por algún signo religioso. Sobre las mesas se pusieron crucifijos, imágenes de la Virgen o del Papa. Y Alex asumió la conducción del "retiro espiritual" a partir de la primera comida.

Cuando bajaron, en el comedor estaba dispuesta una larga mesa para los jóvenes seminaristas. ¡Qué bien, tenían hambre y los platos de sopa humeaban sabrosos! No bien

se sentaron, varias manos tomaron de inmediato las cucharas o los panes tibios de las cestas. El fuerte carraspeo de Alex congeló los movimientos. Se puso de pie y con voz pausada y solemne, dijo:

– Hermanos, pongámonos de pie y demos gracias al Señor...

"Todos nos miramos y no faltó el que tuvo que contener la risa, pero al ver la seriedad de Alex y comprobar que éramos observados por el hijo del dueño de la hostería, nos pusimos de pie y todos adoptamos un aire grave", recordó más tarde Víctor Díaz.

– Comenzaremos por persignarnos. En el nombre del Padre...

Todos lo miraron para imitar los movimientos sin cometer errores.

– ...del Hijo y del Espíritu Santo. Amén... dije Amén...

– Amén -repitieron todos a coro.

– Señor, te damos gracias por todos tus dones y por esta comida. Agradecemos tu protección de cada día y las fuerzas que nos das para seguir adelante en la tarea. Amén...

– Amén...

– Pueden sentarse...

La sopa de pollo y los tallarines con salsa napolitana fueron bien recibidos. Cuando les estaban sirviendo un postre de jalea, Alex dio en voz alta las últimas instrucciones del día para que el mozo escuchara:

– Hermanos, recuerden leer su Biblia antes de dormir y mañana comentaremos lo leído. Y no olviden sus ora-

ciones, rogando especialmente para que esto; días de retiro sean de beneficio para nuestros espíritus.

En los siguientes tres días, los "seminaristas" lograron actuar con tal disciplina que no llamaron la atención. El dueño de la Hostería Garrió, José González Noram- buena y sus hijos Luis y José Bernardo coincidieron en señalar que todos "actuaron como un grupo religioso, nos parecieron muy normales". Y lo mismo declaró el mozo que estuvo a cargo de atender la gran mesa, Rosendo Severino Núñez. La mayor parte del día, los vieron en grupo en el jardín. Tranquilos, consultando sus Biblias de cuando en vez, como si estuvieran profundizando su estudio. Nadie que los haya observado desde las ventanas pudo imaginar siquiera que el tema de conversación fuera otro, que los jefes estaban haciendo repasar a cada uno la tarea asignada para la emboscada. En la tarde del segundo día, pidieron prestada una guitarra y fue grato escucharlos a ratos interpretando cánticos religiosos.

Cuando estaban dentro de la hostería, a partir del atardecer, se permitían un rato de juego alrededor de la mesa de pool. En más de una ocasión, algunos recurrieron a grueso lenguaje en medio del entusiasmo y fueron rápidamente contenidos por los otros. Suponían que los seminaristas se abstenían de ese tipo de expresiones.

"A decir verdad, nos fuimos compenetrando rápidamente de nuestro papel, ya que de eso dependía el éxito de nuestra misión. Era nuestro secreto y era vital mantenerlo. Pero lo hicimos con un profundo respeto", escribió más tarde Víctor Díaz.

"Un par de horas antes de las comidas, se reclinaban en sus habitaciones y mantenían silencio. Creíamos que estaban rezando. Uno de ellos salía cada mañana y volvía al atardecer. Y otro que nos llamó la atención fue el único que se quedaba escuchando noticias en la televisión, mientras los demás subían a acostarse después de comida", recordó Luis González.,

Los tres cuarteles del Cajón del Maipo se mantenían sin novedades: en Las Vizcachas, se seguían horneando empanadas y pan amasado para atender a los clientes; en San Alfonso, el descanso estaba resultando positivo para el ánimo de los combatientes y en La Obra, todo parecía normal. La primera inquietud se vivió en la noche del martes 2 de septiembre, cuando una pareja de extraños llegó a la parcela de La Obra.

Se trataba de María Soledad Vergara Alliende, dueña de Chilean Rent a Car, el local de calle Seminario donde se había arrendado la station Peugeot. Ella había esperado con intranquilidad la devolución del vehículo el lunes por la mañana, luego de saber que el mismo César Bunster había arrendado un Nissan Blue Bird en el local de Dollar Rent a Car. Y cuando supo que había llamado por teléfono para prorrogar el contrato por una semana más, decidió que 500 dólares de garantía no eran suficientes para hacer vista gorda a una situación que le pareció extraña. Así, en la tarde del martes 2 de septiembre, decidió investigar el asunto y le pidió a su amigo Alfredo Domke Cádiz que la acompañara al Cajón del Maipo esa misma noche para comprobar el domicilio del arrendatario. Tocaron a la puerta marcada por el número 0235 del Camino El Volcán

y esperaron con impaciencia. Un hombre joven salió a atenderlos.

– Buenas noches, ¿vive aquí don César Bunster?

– Sí, claro...

– ¿Podríamos hablar con él?

– Lamentablemente él no está. ¿Quién lo busca?

– Soledad Vergara -dijo ella y, ante la cara de extrañeza de él, agregó-...le arrendé un auto, una station Peugeot azul.

– ¡Ah, sí, buen auto!...

– Así que lo probó.

– Es que soy el chofer de don César. ¿Por qué no pasa a la casa y espera a su señora? Ella debe estar por llegar -dijo él, comprendiendo que debía hacer todo lo posible para derrumbar la barrera de desconfianza que había traído a la mujer hasta ese lugar.

Junto con decirlo, abrió el portón, invitándolos a entrar. La pareja de extraños se desconcertó, al tiempo que daban una mirada a la gran casa y a los vehículos estacionados en el garaje.

– No, no se preocupe...

– No es problema. Pase no más.

– Es que tenemos que volver de inmediato. Eso sí, dígame al señor Bunster que me llame mañana temprano a la oficina. El trabaja en una embajada, ¿verdad?...

– Sí, claro, en la Embajada de Canadá. Es... es el encargado de negocios -inventó él sobre la marcha, sorprendido por la pregunta.

– Buenas noches. Y no se olvide de darle mi recado -se despidió María Soledad Vergara.

"A mí me llamó mucho la atención que el chofer nos atendiera fumando un cigarrillo y que su vestimenta no correspondiera a la que usualmente llevan los choferes, así como su físico no correspondía al de un conductor profesional. Este hombre insistió mucho en que pasáramos al interior de la propiedad para esperar a la cónyuge de Bunster, que ya estaba por llegar. Y al abrir el portón, nos mostró parte dei station wagón que yo le había arrendado, el cual estaba en la propiedad. Yo me quedé conforme al ver el vehículo, porque sospechaba que me lo estaban robando, y también quedé más tranquila al comprobar que la propiedad era de una persona con solvencia económica. Así que nos regresamos a Santiago, dejándole recado a César Bunster para que me llamara al día siguiente", declaró luego María Soledad Vergara.

—Me parece que María Soledad alcanzó a ver la parte trasera del vehículo y quedó más tranquila, pero siempre sospechaba algo raro. Yo creí que se podía tratar de delinquentes de narcóticos o algo parecido -dijo por su parte Alfredo Domke.

El hecho provocó revuelo dentro de la casa de La Obra. El comandante Ernesto recibió el informe de lo sucedido e hizo reconstruir dos veces cada detalle de la conversación:

—Malo, malo -dijo paseándose de una esquina a otra de la habitación-. Hay dos fallas evidentes. Una, ¿qué habría pasado si acceden a tu invitación y entran para esperar a la señora? Resulta que habrían visto a la comandante Tamara, en circunstancias que ella actuó como su hermana para arrendar este auto.

—Pero no entraron, así que ese peligro quedó descartado...

—De acuerdo. Pero fue un detalle que pudo echarlo todo a perder. Y el otro queda pendiente...

—¿Cuál?

—Decirle que era encargado de negocios de la embajada. Obviamente ese cargo no lo puede tener un chileno...

—¡Mierda!... dije lo primero que se me ocurrió.

—Dependemos de que no le den importancia a ese asunto. Pero ella está obviamente desconfiada y si se pone a averiguar...

Al día siguiente, miércoles 3 de septiembre, César Bunster llegó hasta el local de calle Seminario manejando la station Peugeot y con el expreso encargo de disipar todas las sospechas de la propietaria. No fue fácil. Mientras la secretaria María Cristina Crespo salía del local para pegar en el parabrisas del vehículo el autoadhesivo que acreditaba el pago de la segunda cuota del permiso de circulación, se sentó frente al escritorio de María Soledad Vergara para someterse a su interrogatorio.

—Ayer fui a verlo...

—Así supe y por eso estoy aquí.

—Mire, no quiero que se moleste, pero voy a ser bien franca con usted. Supe que había arrendado otro auto, un Nissan me parece, en otro negocio, en Dollar...

—Así es...

—¿Y?

—Ese lo usa mi señora. Lo que pasa es que llegamos hace muy poco y, aunque usted no lo crea, no hemos

tenido ni tiempo para comprar un auto. Espero que la próxima semana podamos hacer un hueco y arreglar esto...

—Pero usted comprende que yo necesito una garantía real. Le acepté 500 dólares por el fin de semana pasado, rompiendo las normas del negocio. No arrendamos autos sin que quede un cheque de garantía o se haga valer la tarjeta de crédito...

—Le encuentro toda la razón, pero qué quiere que le diga... No me puedo quedar a pie y menos viviendo donde vivo. Y con tanto trabajo he dejado postergado todo: comprar auto, tramitar rápido la cuenta corriente...

—Pero yo necesito una solución -insistió ella.

—Mire, ahora mismo voy a ir al banco y quedando lista la cuenta le traigo el cheque de garantía...

—Necesito ese cheque a más tardar el viernes próximo a las dos de la tarde. Si no lo tiene, tráigame el auto y así nos evitamos problemas.

—No se preocupe, de veras. Se lo traigo el viernes -dijo Bunster y se levantó para despedirse.

El comandante Ernesto evaluó el informe de Bunster cuidadosamente. Había logrado aplazar el problema por dos días y quizás habría sido mejor devolver la station Peugeot. Pero no era fácil encontrar en el mercado de arriendos un vehículo amplio que contara con sistema de arrastre. Y, por otro lado, debían acudir al sistema lo estrictamente necesario ya que, al parecer, existía una red de información entre los arrendadores. Así lo probaba el que Chilean Rent a Car se hubiera enterado del arriendo en Dollar Rent a Car. ¿Qué hacer? Optó por dejar todo tal

como estaba y postergar para última hora el arriendo de los dos vehículos que faltaban: la casa rodante y una camioneta "picadora".

El jueves 4 de septiembre fue un día especial para todos. Se conmemoraban dieciséis años de la última elección presidencial, que había llevado al Palacio de La Moneda al Presidente Salvador Allende, y la Izquierda había convocado a una jomada de protesta contra el régimen militar. El panorama político se había encrespado en los últimos semanas, desde que un paro convocado por la Asamblea de la Civilidad -en julio pasado- había culminado con varias víctimas, entre ellos dos jóvenes que fueron quemados por una patrulla militar. Este último hecho había rebasado los límites de la represión conocida: castigar a dos manifestantes empapándolos con bencina y prendiéndoles fuego, para luego ir a dejar sus cuerpos agónicos en las afueras de Santiago. Luego, en agosto, un dirigente estudiantil de la Universidad de Santiago -militante demócratacristiano- había aparecido muerto en una playa de la zona central y todo indicaba que había sido asesinado.

En la hostería de San Alfonso, sin disponer de noticias sobre lo que ocurría en la capital, la tensión fue en aumento. Y la jefatura optó porque liberaran energía en un partido de fútbol, usando como cancha un terreno baldío frente a la hostería. Pero sorprendentemente, al atardecer de ese jueves 4, Ramiro volvió del cuartel de La Obra con la orden de retirada inmediata.

—Pero, ¿cómo? ¿Ya se van? Si la comida ya va estar lista...

—Ordenes son órdenes. El superior dispuso que terminara el retiro y debo llevarlos al santuario esta misma noche.

—Pero si tienen pagado todo hasta mañana...

—No se preocupe por eso. No le pedimos ninguna devolución. No tiene por qué perjudicarse usted con este cambio de planes. Lo único que le voy a pedir es un servicio extra. Usted sabe, la comunidad de Schoenstatt está en el paradero catorce de Vicuña Mackenna y yo subí en el último bus. El chofer me dijo que suspendían el servicio para evitarse problemas con este asunto de la protesta...

—¿Qué necesita? -preguntó don José González.

—¿Nos podría bajar a Vicuña Mackenna? Se lo pago bien...

—Mire las cosas que pide. En días de protesta no bajamos por ningún motivo. Una pura barricada que encontremos y... ¡es demasiado riesgo!

—No creo que haya barricadas a esta hora. Es muy temprano todavía. Y podemos bajar por el otro camino, por avenida La Florida que sí es tranquila.

—Hasta por ahí no más. En días como éstos, nunca se sabe...

—Pero no tenemos cómo bajar y debemos llegar esta misma noche. ¡Haga una obra piadosa con nosotros!...

El dueño optó por llamar a su hijo José Bernardo para consultarlo sobre la factibilidad del trayecto.

—Hasta el retén de Las Vizcachas es lo único seguro. Después puede pasar cualquier cosa, sea que usemos la avenida La Florida y peor todavía Vicuña Mackenna...

– ¿Y qué podemos hacer? -insistió Ramiro.

– Yo me atrevo hasta el retén. No más...

– De acuerdo. ¿Cuánto nos cobra?

– Habrá que hacer dos viajes...

– No, uno no más. Nos apretamos y cabemos todos en su camioneta...

– Tres mil pesos -sentenció don José, cerrando el trato.

Comenzaba a anochecer cuando todos se subieron a la camioneta Chevrolet con sus bolsos. Poco después de pasar El Melocotón y la casa de descanso del general Pinochet, Alex propuso cantar. Así, los anteriores ensayos culminaron con un coro entonado y poderoso, despidiendo el descanso en esa hostería cordillerana. Quizás nunca volverían a cantar todos juntos. Era lo más seguro. Iban camino al silencioso acuartelamiento para luego entrar en batalla y seguramente morir...

Cuando la camioneta cruzaba la localidad de Las Vertientes, Joaquín -que iba en la cabina- golpeó la carrocería para hacerlos callar y preguntó en alta voz:

– ¡Ey! ¿Tienen ganas de caminar?

– ¡Sí! - contestaron todos.

– Está bien. ¿Podría detenerse por aquí no más? Vamos a seguir caminando...

José Bernardo González comenzó a frenar la camioneta, saliendo hacia la berma de la carretera para detenerse. Le pareció extraña la situación, pero estimó que no era de su incumbencia. Si querían caminar, era asunto de ellos. Cobró los tres mil pesos y dio media vuelta, volviendo a la hostería en San Alfonso.

El grupo de jóvenes comenzó la caminata, tranquila y silenciosa, hasta que pocos minutos después dos vehículos aparecieron para trasladarlos al cuartel de la Obra. Ya estaba oscuro en el Cajón del Maipo cuando subieron al Nissan Blue Bird y a la station Peugeot. Para no llamar la atención, en el trayecto fueron "desapareciendo" algunos, de manera de ingresar a la parcela con las menos "visitas" posibles. A Víctor Díaz le correspondió ^zaparse en el espacio posterior de la station y quedó tan apretado que los filos metálicos de la gata le hirieron la cabeza.

Alrededor de las 20.00 horas, los vehículos cruzaron el portón de la parcela y se estacionaron. Uno a uno, los jóvenes fueron bajando y entrando silenciosamente a la casa para dirigirse directamente a las mismas habitaciones del anterior acuartelamiento. Y mientras conformaban nuevamente los cuatro grupos para iniciar la tensa espera en estado de alerta general, a pocos kilómetros de allí uno de los jefes sufría un percance que luego tendría caras consecuencias.

Juan Carlos salió del cuartel con la excusa de ir a comprar alimentos para el grupo. Como no podía adquirirlos en los pequeños almacenes de La Obra, para no llamar la atención con la cantidad, y no podía bajar a Puente Alto o a Vicuña Mackenna, por ser noche de protesta, anunció que subiría hasta San José de Maipo. La misión ocultaba algo más simple y humano que mejorar el menú de los combatientes: ver a Isabelle. Se había despedido de la joven suiza la semana pasada, partiendo del supuesto que ambos enfrentaban riesgo cierto de morir. El

más que ella. Pero al postergarse la operación sintió la urgente necesidad de verla nuevamente, aunque fuera por pocos minutos.

Isabelle, a la espera de entrar nuevamente en acción, se alojaba en unas cabañas en San Alfonso. El encuentro fue breve y emocionalmente fuerte. Y la despedida dejó un sabor amargo que aún acompañaba a Juan Carlos cuando regresó y se internó en las calles de San José de Maipo.

El reloj marcaba las 21.20 horas cuando el Cabo 2ª Angel Valenzuela Lehnmann, carabinero de la subcomisaría San José de Maipo, ordenó la detención de la camioneta amarilla. No hubo infracción previa. Simplemente estaba asignado al control de vehículos en la esquina de Cañada Norte con Comercio, había muy poco movimiento y decidió mitigar su aburrimiento con una revisión.

Juan Carlos vio el gesto del carabinero y sintió un escalofrío. Optó por detenerse de inmediato e intentar una actuación normal.

– Buenas noches. Sus documentos...

– Buenas noches. Un momento, por favor - dijo Juan Carlos/mientras buscaba su portadocumentos en el bolsillo trasero de su pantalón.

Luego que hubo pasado al policía el permiso de conducir a nombre de José Rodrigo Saa Gerbier y el permiso de circulación de la camioneta, decidió bajarse para desplegar amabilidad y sortear el escollo.

– ¿Algún problema, oficial? - dijo al tiempo que se apoyaba despreocupadamente en el capot y recurría al

conocido subterfugio de ascenderlo de grado para "ablandarlo".

– Sí, claro. No tenía puesto el cinturón de seguridad...

– ¡Ay, no me diga que es obligatorio usarlo aquí!

– Así es...

– Pero yo creía que era obligatorio sólo en carretera.

– No, señor, está equivocado...

Se hizo un largo silencio mientras el carabinero se apoyó también en el capot para comenzar a escribir la boleta de infracción. Juan Carlos no sabía qué hacer. Estaba claro que la policía chilena, al contrario de otras en Latinoamérica, no aceptaba coimas para hacer vista gorda a las infracciones de tránsito. Este carabinero podría ser la excepción, pero no podía correr riesgos. Capaz que por intentar comprarlo, terminara preso en la comisaría. No podía recurrir a eso. ¿Qué hacer?

– Pero no es tan grave, oficial. Me comprometo a usarlo siempre de ahora en adelante. De veras, no lo sabía...

– Lo siento. Tengo que pasarle un parte - dijo el policía, mientras llenaba la boleta.

– Está bien. Es su deber. ¿Cuándo debo ir a pagarlo?

– Lo voy a dejar citado para el próximo lunes 15.

– ¿Y cuánto habrá que pagar?

– No lo sé. Eso lo determina el juez.

El policía se quedó con el permiso de conducir y pasó a Juan Carlos la boleta de infracción. "No constaté nada irregular. La fotografía del permiso de conducir coincidía con la fisonomía del conductor y el permiso de circulación

correspondía a la patente del vehículo. Solo le pasé el parte por lo del cinturón de seguridad", recordó luego el cabo Valenzuela.

El incidente motivó una reunión de emergencia esa misma noche en el cuartel de La Obra.

—Estamos mal...¡cómo fue a pasar esta estupidez!... No podemos dejar atrás ese permiso de conducir con tu fotografía. Obviamente se van a volver locos buscando todos los datos de movimientos en la zona y les va a llamar la atención que no aparezcas a pagar ese parte el lunes 15. ¡Mierda, qué mala suerte! -argumentó en voz alta el comandante Ernesto.

—No queda otra que intentar pagarlo antes. Voy a ir mañana a San José de Maipo y voy a averiguar qué puedo hacer. Trataré de recuperar el carnet...

A las once de la mañana, el cabo 2ª Hernán Olguín Contreras estaba de primer vigilante en la subcomisaría de San José de Maipo cuando vio estacionarse enfrente una camioneta amarilla. Con sólo verla recordó que era la misma que pocos días antes, el lunes 1ª de septiembre, había visto detenerse en La Obra para recoger a tres jóvenes que salieron de la Casa de Piedra. A él, que vivía en La Obra, le llamó la atención el pequeño grupo de jóvenes altos y de buena estampa que salieron caminando muy temprano y, pocos metros más allá, fueron recogidos por esta camioneta amarilla. Ahora la veía de nuevo, estacionándose frente al cuartel y conducida por el mismo hombre.

Juan Carlos se acercó a él.

—Buenos días, vengo a hacerle una consulta. Ayer me pasaron un parte y me citaron para el lunes 15. Resulta

que tengo que hacer un viaje afuera y me gustaría dejar ese asunto arreglado. ¿Cómo puedo pagarlo anticipado?

—No puede, señor. Aquí, para empezar, no podemos hacer nada. Nosotros pasamos los partes y se entregan al Juzgado de Policía Local. Allá sólo atienden los casos citados. Pero si tiene que ausentarse, encárguele a alguien que se lo vaya a pagar el día 15. No necesita ir usted mismo...

—Así que no puedo hacer nada... ¿y cómo manejo si dejo acá el parte para que me lo paguen?

—No va a poder manejar no más...

Juan Carlos se despidió cabizbajo. El destino lo había marcado: tarde o temprano, su fotografía en ese permiso de conducir a nombre de José Rodrigo Saa Gerbier llegaría a poder de los aparatos de Seguridad. Si sobrevivía y lograba escapar, significaba su segura identificación. Y si moría, ¡qué importaba! Suspiró profundo y aceleró para llegar cuanto antes a asumir su puesto como jefe de grupo en el cuartel de La Obra.

A esa misma hora del viernes 5 de septiembre, César Bunster estaba llamando al local de Service Rent a Car. Pidió hablar con el propietario.

—Habla César Bunster...

—Sí, dígame no más, ¿en qué podemos servirlo? -dijo, amable, Dante Yutronic.

—Le arrendé el fin de semana pasado una Toyota, tipo jeep...

—¡Ah, sí, la Land Cruiser!

—Esa misma. ¿La tendrá disponible este fin de semana? Mi señora me dijo que harían lo posible para que pudiéramos disponer de ella de nuevo...

—Sí, aquí está. No hay problema...

—¿Cómo lo hacemos?

—Venga a retirarla a la hora que quiera, durante el día. Y me deja la garantía...

—¿Igual ochocientos dólares?

—¡Ah! Verdad que usted opera con dólares. Déjeme cuatrocientos no más. Ya es cliente...

—Bien. ¿No hay problema en que mande a mi secretario a retirar el vehículo? Estoy con mucha pega...

—No es problema. Llenamos el formulario con los mismos datos de la- semana pasada, ¿verdad?

—Sí, así es.

Una hora después, se presentó en el local un hombre joven que se identificó como el secretario de don César Bunster. Lo atendió el empleado Agustín Castro PASTRIÁN, quien ya tenía instrucciones de recibir sólo 400 dólares como garantía "por tener cualidades de buen cliente". Le pareció un tipo poco comunicativo, que sacó cuatro billetes de cien dólares de un sobre grande y pidió un comprobante.

Cuando Castro quiso explicarle cómo funcionaba el vehículo, dijo no necesitar instrucciones porque "ya lo había manejado". Pidió, además, que le agregaran la última corrida de asientos, de manera que pudiera transportar a unas diez personas y así se hizo.

De esta manera, la poderosa station Toyota -aún registrada a nombre de la Armada de Chile—volvió al cuartel y fue preparada para participar en la batalla.

Faltaba recuperar la casa rodante, penúltima tarea de Bunster antes de emprender la retirada. El mismo viernes

5 de septiembre, por la tarde, llegó nuevamente hasta el faldeo cordillerano en la comuna de La Reina y esperó unos minutos hasta que la secretaria abrió el local después de almuerzo. Ahí estaba, esperándolo, la misma casa blanca y naranja montada sobre dos neumáticos.—Así que nos vamos de camping de nuevo...—Así es. Quedamos encantados con la experiencia y queremos irnos hacia el norte este fin de semana. ¿Le dejo mil dólares de garantía, igual que la otra vez?—Sí, está bien...

—No puedo llevarla ahora, porque no traje el auto que tiene gancho. Voy a mandar a mi secretario a buscarla mañana temprano, como a las nueve. ¿No hay problema?

—Ninguno.

Bunster firmó el contrato, le entregó los diez billetes de cien dólares y se fue.

A esa misma hora, tres de la tarde, María Soledad Vergara Alliende -la propietaria de Chilean Rent a Car- decidió que debía actuar con mayor energía y aclarar el asunto. Había dado plazo a Bunster hasta las dos de la tarde para traer el cheque de garantía y no recibía siquiera una explicación. Llamó a la parcela de La Obra, muy molesta, y pidió hablar con él.

—No está. ¿Quiere hablar con su señora? -dijo una voz femenina.

—Por favor...

—Aló, sí...

—Señora Bunster, su marido quedó de traerme un cheque de garantía hoy por el arriendo de la station Peugeot. Y todavía estoy esperando...

— ¡Ah, sí! Mire, a mi marido le fue bien en el banco, pero no le van a entregar su chequera hasta el lunes próximo. Usted sabe, la burocracia... — Señora, yo fui bien clara con su marido. O me entregaba una garantía real o me devolvía el vehículo. Así que, cuando se comunique con usted, dígame que venga a mi oficina. Eso fue lo que acordamos... — De acuerdo, le transmitiré su recado. No se preocupe... ¿Qué hacer? Lo mejor era tratar de que Bunster intentara anular la desconfianza de la mujer, yendo personalmente y pagando en efectivo la renta del vehículo. Y para evitar problemas, lo mejor era que se presentara sin la Peugeot, anulando todo riesgo de que exigieran su devolución. Así lo hizo alrededor de las seis de la tarde, justo cuando María Soledad Vergara no estaba en el local. Llegó en taxi y fue atendido por la secretaria María Cristina Crespo. Dijo que lamentaba mucho todo lo sucedido, pagó cien mil pesos en billetes y aseguró que volvería el lunes 8 de septiembre a dejar la station.

Ese viernes 5 cayó la noche en el Cajón del Maipo, con todos los actores del dramático episodio en sus puestos. El oficial a cargo de la seguridad presidencial -capitán Juan Ricardo MacLean Vergara- había conducido al general Pinochet hasta El Melocotón después de una intensa jomada. Primero lo había trasladado desde el Palacio de La Moneda hasta Calera de Tango, una localidad cercana a Santiago, y luego -tras hacer una escala en la residencia de calle Presidente Errázuriz- la comi-

tiva enfiló hasta el enclave cordillerano, arribando poco después de las cinco de la tarde. De las actividades del general Pinochet el sábado 6 de septiembre no hay constancia ni en el proceso ni en la prensa de la época. Sí se conocen algunos detalles de lo ocurrido en el cuartel del FPMR en La Obra y de los últimos ajetreos para asegurar la infraestructura del ataque. Temprano, en esa soleada mañana sabatina, Bunster bajó a Santiago para arrendar el último vehículo que se necesitaba para la operación. Ya habían chequeado, en la víspera, que en Arka Rent a Car había camionetas disponibles. Llegó acompañado por otro hombre joven hasta la calle Manuel Montt y entró al local signado con el número 1704, donde fue atendido por el empleado Fernando Chelén.

— Buenos días, necesito arrendar una camioneta...

— Tenemos. ¿Le parece una Toyota?

— ¿Cuál?

— Esa azul que está ahí afuera. ¿La ve?...

— ¿Es nueva?

— Como nueva. Es del año 83, pero no le va a fallar.

Hacemos mantenimiento a todos nuestros vehículos y funcionan perfecto. Usted comprende que nadie arrienda un auto para que lo deje botado. Haríamos un pésimo negocio...

— Está bien. La llevo. Queremos ir a Algarrobo este fin de semana y tengo mi auto en revisión -dijo Bunster.

— Hagamos el contrato mientras se la preparan. A ver... ¿su nombre?

— César Bunster Ariztía...

- ¿Dirección?
- Camino El Volcán N^a 0235, La Obra.
- ¿Fono?
- 85 01 924
- ¿Actividad?
- Funcionario de la Embajada de Canadá.
- ¿Dirección?
- Ahumada 11, séptimo piso.
- ¿Teléfono?
- 69 62 257

Fernando Chelén llenó todos los datos y lo hizo firmar el contrato. Cuando llegó el momento de depositar la garantía, volvió a funcionar la excusa de "sólo tengo dólares, acabo de llegar a Chile". Y recibió trescientos dólares en billetes. Le pidió luego que saliera a revisar la camioneta, mientras él chequeaba los datos. En el teléfono de La Obra le confirmaron que ahí residía. En la Embajada de Canadá, no le contestaron. No atendían los sábados por la mañana. Decidió que no había riesgos. Obviamente se trataba de un caballero. En su nerviosismo de última hora, Bunster dejó sus documentos sobre el escritorio. "Así que llamé nuevamente al teléfono de su casa y me contestó la misma voz de mujer de la primera vez. Le dejé recado: que viniera a buscar sus documentos", recordó luego Chelén. A esa misma hora -nueve y media de la mañana la casa rodante ya -había sido retirada del Parque Industrial - de La Reina por el "secretario" de Bunster y ya comenzaba a subir por la carretera G-25 del Cajón del Maipo, tirada por la Station Peugeot azul. Betty Retamales vio venir ambos vehículos desde la ventana de su casa, en el fondo

El Raco, y observó como se estacionaban en la zona de camping vecina. – Un joven muy educado y alto se me acercó para decirme que tenía problemas con el auto y si podía guardarlo ahí por el día. Yo dije que no tenía inconveniente y no le cobré peaje o entrada, porque no estaba ocupando el lugar de camping propiamente tal. Me lo agradeció gentilmente y se fue en una camioneta que lo esperaba afuera. Luego, como al mediodía, volvió y me preguntó si había ido el mecánico a ver el auto que habían dejado en la mañana. Yo le respondí negativamente y se retiró. Lo acompañaba una mujer joven y bonita, de cabello claro, quien no se bajó de la camioneta - declaró más tarde Betty Retamales. Todo funcionaba bien, por ahora. Dejar la casa rodante en una zona de camping era lo más seguro. Llamaría menos la atención que tenerla dentro de la parcela de La Obra, especialmente si debían pasar otro chequeo: una nueva visita del dueño, don Lorenzo García. Intentado desplegar una actitud normal de arrendatarios, la comandante Tamara lo había llamado usando la piscina como excusa. Le dijo que estaba pensando darle una mano de pintura, para así llenarla de una vez y dejarla funcionando sin tropiezos. Don Lorenzo le dijo que él llevaría los tarros de pintura para que el cuidador hiciera el trabajo. Ella trató de esquivarlo, sosteniendo que no tenía problemas en comprarla ella. Pero él insistió y anunció visita para la mañana del sábado 6. El cuartel estuvo preparado desde temprano. César Bunster, ya de regreso con la última camioneta arrendada,

se dispuso a actuar correctamente su rol de marido por última vez. Se cerraron las persianas de las cuatro habitaciones donde se agrupaban los "combas" y se ordenó a todos completo silencio mientras durara la visita del dueño.

—Llegué como a las once de la mañana, me abrió la empleada, me hizo entrar y pasé al living. En esa oportunidad me atendió el marido y me acompañó a revisar el tendido eléctrico que hay en el jardín, debido a que había un cortocircuito en la casa. En es^ momento llegó la mujer acompañada de un hombre, en un automóvil Chevette de color blanco, cuatro puertas. Luego de saludarme, ella me dijo que no deseaban pintar la piscina ese fin de semana, debido a que tendrían un asado y recibirían muchas visitas -declaró luego Lorenzo García.

Nada de lo que vio le llamó la atención. Había muchos vehículos en la zona de estacionamiento, pero imaginó que se trataba de las "visitas" que ya estaban llegando al asado. Vio también a dos hombres jóvenes jugando ping-pong en la mesa ubicada bajo la zona de la casa construida sobre pilotes e imaginó también que se trataba de visitas.

Más aún. Según consta en el proceso, esa mañana del sábado 6 de septiembre, don Lorenzo García aprovechó de hablar con su cuidador para que le diera un informe acerca de los arrendatarios: "Me manifestó que en el pueblo se decía que esta gente era extremista y que a él le extrañaba que a la casa concurrieran sólo hombres. A ello le contesté que sólo eran habladurías, porque yo tenía documentos que constataban la veracidad de lo que ellos me habían expresado. Luego me retiré del lugar'.

Cuando regresaba a Santiago, don Lorenzo García debió pasar necesariamente frente al fundo El Raco y vio la casa rodante. "Vi una station wagón Peugeot con casa rodante estacionada en un sitio de camping, ubicado al costado izquierdo del camino El Volcán, al fin de la recta a las Vizcachas, un kilómetro antes de nuestra parcela aproximadamente. Me extrañé porque en ese recinto la gente hace picnic y no es habitual ver ese tipo de vehículos en la zona". Jamás imaginó que la casa rodante tuviera relación alguna con sus arrendatarios.

Detrás de don Lorenzo García bajó Bunster para recuperar sus documentos e iniciar -ahora sí- su retirada. No lo iba a usar en su clandestina salida fuera del país, ya que disponía de un pasaporte falso preparado con antelación. Pero no por ello iba a despertar sospechas antes de que la operación se realizara, dejando abandonados su carnet de identidad y su permiso para conducir en un local donde había arrendado una camioneta. Habría sido muy extraño...

Al anoecer, el comandante Ernesto decidió que era más seguro dejar la casa rodante en la zona de camping y retirarla en la mañana siguiente. Los encargados de la operación volvieron al fundo El Raco como a las ocho de la noche.

—Llegaron dos jóvenes y levantaron el capot de la station azul. Hicieron algunos movimientos adentro, después trataron de hacerla partir y no funcionaba el motor. Vi que se pusieron molestos y discutían entre ellos. Entonces se acercaron a preguntarme si podían dejar los vehículos por la noche, que los retirarían al día siguiente,

lo más temprano posible. Yo dudé un poco y finalmente accedí, advirtiéndoles que los retiraran del lugar lo antes posible -declaró Betty Retamales.

La escena había resultado tal como se había planeado. Desconectar un cable para impedir la partida y manifestar a viva voz molestia, mucha molestia, por estar en panne. Así se habían asegurado una inocente guarida para la casa rodante por esa noche. Fueron, además, amables. La cuñada de Betty - María Soledad Olea- pidió un cigarrillo y uno de ellos, sonriente, le obsequió la cajetilla casi completa. Ninguna de las mujeres imaginó que esa cajetilla de Lucky Strike se convertiría luego en una pieza procesal, cuando los detectives la pidieron, la metieron en una bolsa plástica y la enviaron al laboratorio para pesquisar huellas digitales.

Al que no le gustó nada lo sucedido fue al marido de la joven Betty Retamales. Luis Olea llegó tarde ese sábado y regañó a su mujer por la amabilidad desplegada con desconocidos. Así que cuando los dos jóvenes aparecieron temprano la mañana siguiente, Olea interrumpió su desayuno para salir a encararlos.

— Mi intención era pararles el carro, ya que me molestaba la situación ocasionada por tantas idas a mi casa. Cuando salí, el tipo más alto estaba levantando el capot del station wagón Peugeot y le hice algunas preguntas relacionadas con el vehículo, las que no me fueron respondidas. Lo noté un tanto nervioso. En un principio creí que su nerviosismo era producto de que no podía echar a caminar el vehículo, pero simuló que conectaba algunos cables y casi de inmediato lo echó a andar, sin

contestar mis preguntas. Hizo funcionar el motor y se desplazó a la salida de la casa. Yo le pregunté, caminando a su lado, por qué se le echaba a perder el motor con tanta facilidad, tratándose de un vehículo casi nuevo, y me contestó que la casa rodante era mucho peso para el motor del station wagón. La otra pregunta que le hice fue hacia dónde se dirigía en ese momento y me contestó que hacia Santiago. Dijo que en cualquier bencinera iba a dejar botado el vehículo, ya que le causaba muchos problemas-aseguró Luis Olea.

Los vio salir y se sintió aliviado. No volverían. Pero antes de entrar a la casa dio una nueva ojeada hacia el camino y dio un respingo de sorpresa. Habían salido en dirección a Santiago y ahora venían de nuevo, subiendo por la carretera. Los observó pasar, a gran velocidad, y pensó que si volvían daría aviso a la policía. ¡Qué se creían, que porque eran educados y ricachones podían permitirse mirar a su mujer! El sabor amargo de los celos se le quedó por largo rato, al punto que luego tomó un bus para ir a San José de Maipo y se fue todo el camino observando a lado y lado, buscando en qué lugar estaría estacionada la casa rodante. No la vio por ningún lado. ¡Qué extraño!

A pocos kilómetros de allí, frente al autódromo de Las Vizcachas, el local de venta de empanadas y pan amasado no abrió esa soleada mañana de domingo en septiembre. Con tanto turista subiendo por el camino, el hecho le pareció muy extraño a don Ernesto González Contreras y buscó una explicación. Recorrió las instalaciones por fuera, acercó el oído a la habitación de madera

buscando algún ruido y finalmente tocó a la puerta, sin recibir respuesta. ¡Qué raro! —Le pregunté a mi yerno, Luis Bustos, si sabía algo. Y ahí me contó que todos se habían ido muy temprano, sin decir la fecha en que regresarían, y que al despedirse le pidieron que les cuidara el negocio mientras ellos estaban ausentes -declaró el dueño del terreno donde se levantaba la amasandería. Ya todo estaba listo. Cada grupo había repasado cuidadosamente las tareas asignadas y las armas estaban listas, guardadas en los bolsos deportivos. El ánimo de los "combas" había sido chequeado una y otra vez. Incluso los jefes habían revisado a sus subordinados mientras dormían, cerciorándose que lograban relajarse y dormir profundamente. No se había aceptado una sola gota de alcohol para beber. Sólo gaseosas para acompañar los platos abundantes. Y entre uno y otro repaso de tareas, juegos de cartas y tumos para bajar de a dos a la mesa de ping-pong fueron las únicas entretenciones. La semana de aplazamiento no había pasado en vano. El comandante Ernesto había modificado algunos puntos del plan para asegurar el objetivo en su conjunto. Para empezar, había decidido que la comandante Tamara no participaba en la emboscada. Ella había intentado protestar -y tenía derecho a hacerlo por ser una mujer apreciada por todos y por ostentar el rango de comandante- pero finalmente aceptó con tristeza la decisión. Se la necesitaba viva para que dirigiera la operación de retirada de todos los que lograran salir con vida de la emboscada. Calcularon que el factor sorpresa les daba una

ventaja que podría aumentar las posibilidades de escapar una vez logrado el objetivo. Y en tal caso, debía haber un cerebro experto que amparara a los sobrevivientes y los ayudara a escapar de la represión que sin duda se desataría en las horas siguientes.

Sin Cecilia Magni en la acción misma, el comandante Ernesto decidió disfrazar de mujer a uno de los varones. Porque "Fabiola" no podía ser usada en el Grupo de Contención, ya que significaría desperdiciar a una experta tiradora, quizás la mejor de todos. Se la necesitaba en los Grupos de Asalto, apuntando a los blancos. Por tanto, optó por vestir y maquillar como mujer a Héctor Matrana, un joven de finos rasgos que no necesitó de gran trabajo para quedar bien caracterizado.

Así, Tamara y Fabiola se esmeraron con el maquillaje de Héctor desde muy temprano ese domingo 7 y lo vistieron con ropas femeninas, agregando los rellenos necesarios y culminando la tarea con la postura de la peluca. Fabiola, en cambio, recogió su pelo en una boina azul, lo que sumado a la amplitud de su buzo deportivo le dio el aspecto de un muchacho más en el grupo.

El comandante Ernesto decidió, además, no correr ningún riesgo en materia de comunicaciones. En un principio se había decidido que el paso de la comitiva sería avisado mediante un llamado telefónico. Se había descartado el uso de radios, porque el sector presentaba muchas interferencias y las pruebas podrían ser detectadas por los servicios de seguridad. El más común de los medios de comunicación -el teléfono- pareció lo más seguro. Pero no podían faltar a la cita mortal por una falla técnica o

humana en un único llamado. Se agregó, entonces, otro puesto de vigilancia en la carretera.

Igual, la investigación posterior creyó que el FPMR había usado un equipo de radio que fue hallado en la casa de La Obra. Y un informe técnico emitido por la CN1 estableció que el equipo de radio Cobra, modelo 142 GTL, tenía cuarenta canales, fonía en HF, amplitud modulada y banda lateral única. Tenía posibilidades de comunicación con el área sur y sur-oeste de Santiago a través de equipos móviles en un radio de tres kilómetros, que eran recibidos por una antena cúbica direccional de quince metros de altura. El rango de frecuencia no hacía posible que fuera usado para escuchar o para interferir las comunicaciones de la comitiva presidencial. Hasta ahí el informe de la CNI. Pero el hecho es que la gran antena y el radio pertenecían a don Lorenzo García, quien las había usado cuando comandaba su flota de camiones sin moverse de su casa.

Uno de esos puestos telefónicos estaba a cargo de la hermosa Isabelle Mayoraz. ¡Quién mejor que la joven suiza para hacer el papel de inocente turista y hospedarse por ahí cerca, al paso de la comitiva, y avisar por teléfono! Se escogió una hostería, se midió una y otra vez el tiempo que tomaba la comitiva presidencial entre ese punto y la zona determinada para la emboscada... y todo quedó a punto.

CAPÍTULO VII

Columnas en marcha

Sin una nube en su cielo amaneció ese domingo 7 de septiembre el Cajón del Maipo. La primavera se anunciaba con fuerza, tras un invierno lluvioso y frío que todavía jalonaba con nieve las más altas cumbres. Marcelino Farfán tenía el día libre y se dio el gusto de quedarse en cama hasta más tarde y vestirse con calma. Salió de su casa de ladrillos blancos al promediar la mañana y se extrañó al ver estacionados tantos vehículos en el patio lateral de la casa y todos con sus motores apuntando hacia la salida. ¡Qué raro...y de nuevo estaba la casa rodante!

Recorrió los jardines de la parcela y no encontró a un alma. Las persianas de madera cubrían las ventanas. Seguramente -pensó- tuvieron fiesta hasta tarde con sus invitados y todavía duermen. Creyó escuchar el sonido de una radio dentro de la casa, pero se encogió de hombros y no prestó mayor atención, jamás imaginó que si hubiera golpeado la puerta habría interrumpido una ceremonia secreta.

En perfecta formación militar, casi una treintena de

combatientes escuchaba el himno del Frente. El comandante Ernesto había decidido que no repetiría su arenga del pasado fin de semana. No tendría ya el mismo efecto. Decidió usar otro recurso para que sus subordinados alcanzaran el clima psicológico necesario y estuvieran prestos para entrar en combate en cualquier momento.

Cuando el último son del himno se apagó, la comandante Tamara avanzó unos pasos y cambió el cassette. Se escuchó la voz del Presidente Salvador Allende, en su postrer discurso del 11 de septiembre de 1973.

Lo escucharon con signos evidentes de emoción. Hacia el final, los ojos brillaban por las lágrimas contenidas:

"Trabajadores de mi patria: tengo fe en Chile y su destino. Superarán otros hombres este momento gris y amargo donde la traición pretende imponerse. Sigán ustedes sabiendo que, mucho más temprano que tarde, de nuevo se abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre para construir una sociedad mejor.

"¡Viva Chile! ¡Viva el pueblo! ¡Vivan los trabajadores! Estas son mis últimas palabras. Tengo la certeza de que mi sacrificio no será en vano. Tengo la certeza de que, por lo menos, será una lección moral que castigará la felonía, la cobardía y la traición".

La voz se apagó y todos quedaron en silencio por algunos segundos. No era necesario agregar ni una sola palabra. Al comandante Ernesto le bastó mirar los rostros para saber que el mensaje había llegado: castigarían "la felonía, la cobardía y la traición" iniciada hace trece años, en un septiembre como ése. Y su sacrificio -porque la

muerte era segura- no sería en vano, como no lo había sido el del Presidente Allende. Estaban convencidos de estar en lo cierto.

El estado de alerta roja máxima se decretó a partir de ese momento. Retornados los grupos a cada habitación, ya no hubo juegos ni chistes para amenizar el acuartelamiento. Silencio, un espeso silencio que cada uno fue llenando con lo suyo: las imágenes de los seres amados, la convicción mesiánica de haber sido elegidos para una tarea superior que "cambiaría el curso de la, historia".

Tras cerciorarse de que el cuidador se había ido de la casa, se preparó el "blindaje" de la station Peugeot. Sacaron la cubierta de mármol de la mesa del living-comedor, de 120 por 90 centímetros, y la instalaron por el costado derecho del vehículo, apretada entre los asientos y las puertas cerradas. Así quedaba cubierto y protegido el lado del vehículo que haría frente a la caravana presidencial. Luego sacaron la parrilla de la Toyota Land Cruisser, despejando el techo para la baliza.

Casi no probaron bocado del almuerzo. No podían. Mirando hacia los bolsos donde se adivinaba las siluetas de los M-16 y los lanzacohetes, fueron pasando los minutos con lentitud exasperante.

Juan Moreno Avila consiguió que la "cocinera" le hiciera llegar una Coca-Cola grande y helada. La tomó, sorbo a sorbo, de la misma botella. ¡Mierda... se me salió el pegamento de un dedo! Cogió una punta del cubrecama y limpió la botella. La orden era tajante: ni una sola huella digital en la casa.

En La Obra, la soleada tarde dominical invitaba a la

siesta de los lugareños, con excepción de los que atendían negocios para los turistas. Entre medio de tantos automóviles que iban y venían, cargados de paseantes, nadie puso atención a los vehículos de Seguridad que a esa hora ya chequeaban minuciosamente "el eje de traslado" del general Pinochet.

El capitán de Ejército Héctor Luis Gaete Paredes tenía 32 años y ostentaba el cargo de Comandante de la Agrupación de Seguridad Adelantada, organismo especial de la CNI para proteger a Pinochet. "Nuestra labor consiste en hacer un chequeo o limpieza del eje de traslado del Presidente. Luego ponemos un vehículo adelantado a la comitiva presidencial, uno cerrando atrás y uno explosivista. El chequeo consiste en verificar que la vía esté expedita y revisar los postes, las bermas y puentes en el sentido de que no haya vehículos sospechosos, en cuyo caso se revisan, o paquetes de explosivos que puedan atentar contra la comitiva. Posteriormente, al acompañar la comitiva, verificamos que no se intercepte la ruta con barricadas o vehículos en panne o vehículos que nos parezcan especialmente sospechosos", aseguró el capitán Gaete.

¿Qué pasó esa tarde, cómo es que no vieron nada sospechoso a lo largo de la ruta? La respuesta es simple: la Operación Siglo XX estaba diseñada de manera que todos los elementos estuvieran ocultos hasta los minutos previos a la emboscada. No vieron nada, porque no había nada que ver...

El capitán Gaete fue enfático al respecto: "Antes de las cinco de la tarde, hice el recorrido de limpieza desde Santiago hasta El Melocotón. Posteriormente, lo hicieron

otros dos equipos bajo mi mando. Yo manejaba un automóvil Volvo 360 GLS, color azul, y me acompañaba el sargento Poblete. El vehículo que debía cerrar era un Volvo 360 GL color blanco, conducido por el sargento Canales y acompañado por el sargento Tolosa. Además, iba un automóvil de explosivistas marca Nissan Stanza color beige, de cuatro puertas, tripulado por cuatro explosivistas, cuyos nombres desconozco. El día de los hechos, subí hasta El Melocotón, pero no entré a la casa presidencial. Desde afuera, en el auto, informé por radio al capitán Mac-Lean que ya estaba chequeada la ruta y, hasta ese momento, sin novedad. Me fui, después de la comunicación radial, hasta donde estaba el teniente Tavra en un radiopatrulla de carabineros que debía encabezar la columna, frente a la casa de los comandos. Conversé un rato con él, de cosas ajenas al servicio, en espera de la salida de la columna".

El sargento Domingo Poblete Carilao -también de la CNI- ratificó plenamente la versión de su jefe: no vieron nada sospechoso, pese a que el rastreo que hicieron a bordo del Volvo azul fue en extremo cuidadoso. Y una vez que se reportaron al oficial a cargo de la seguridad del general Pinochet, el capitán Juan Mac-Lean Vergara, éste -agregó- "nos comunicó que nos quedáramos en el aire, porque estaba próxima a salir la comitiva. Nosotros seguimos patrullando, pasamos frente a la casa de Su Excelencia, nos dimos la vuelta y nos detuvimos dondó se encontraba un radiopatrulla de Carabineros, un Opala gris, en el cual iba mi teniente Tavra".

Y si los agentes del Volvo azul nada vieron, lo mismo

sucedió con los del Volvo blanco. El sargento de la Fuerza Aérea Juan Octavio Canales Jorquera aseguró que "hicimos dos o tres veces el recorrido entre El Melocotón y la rotonda Departamental, sin encontrar novedades". Y el sargento de Carabineros Leopoldo Tolosa Sepúlveda reiteró que "hicimos un examen visual normal" y no se vio nada extraordinario.

Los cuatro expertos en explosivos de la CNI iban en el Nissan Stanza beige. A cargo de esta Unidad Anti-explosivos estaba el agente Víctor Enrique Valenzuela Montecinos (Ticni N² B-0694), quien explicó su tarea diciendo que "cada vez que Su Excelencia sale de El Melocotón debemos prestar apoyo técnico, revisando puentes, caminos, alcantarillas, postes y todo aquello que resulte sospechoso". Iba al mando de tres cabos de Ejército adscritos a la CNI: Eduardo Pontigo Araya, Pedro Calderón Santibáñez y Joel Ortega Vargas, todos los cuales coincidieron en señalar que "nada extraordinario" había en la ruta en las horas previas al atentado.

Al subir hacia la casa presidencial, el Nissan de los explosivistas se detuvo en el puente El Manzano. Se trataba de un puente provisorio, tipo mecano, construido por los militares para reemplazar al original que había sido arrasado por la crecida del río Maipo en junio pasado. "Le preguntamos a los militares que custodiaban ese puente si habían visto algo extraño. Ante su negativa, igual revisamos el puente y luego seguimos en dirección a El Melocotón".

Cuando bajaron, rastreando de nuevo el camino, volvieron a detenerse en ese puente. "Mi capitán Gaete me

ordenó que le diera instrucciones al clase que estaba a cargo de ese puente, de manera que estuviera atento a la pasada de la comitiva. Lo hice y seguimos bajando, sin encontrar nada sospechoso. Finalmente, nos detuvimos en el paso superior cerca del Fundo El Raco, para esperar el paso de la comitiva", recordó el agente Víctor Valenzuela.

Jamás imaginó el capitán Gaete que al dar esa orden iba a provocar un problema con secuelas. No calculó lo que iba a significar "estar atento" para los militares del Regimiento de Ingenieros N° 2 de Puente Alto, ya que era la primera vez que el cabo Sergio Collado Ibacache y los cuatro soldados a su cargo tenían la misión de vigilar ese puente.

—Pasó un vehículo del cual se bajó una persona que, exhibiéndome una credencial, me ordenó que debía tener expedita la vía entre las 18.30 y las 19.00 horas porque iba a pasar la columna presidencial- declaró luego el cabo Collado.

Así, cuando supieron que "mi general" iba a pasar por allí, decidieron ser centinelas ejemplares y se sobreactuaron. Como el puente resistía un peso máximo de doce toneladas, sólo estaban permitiendo el paso de un vehículo a la vez. Y justo a la hora en que los turistas iniciaban masivamente la bajada tras el paseo dominical, el cabo Collado ordenó detener el paso poco antes de las 18.30 horas. En pocos minutos, la larga fila de automóviles llegó a tener unos dos kilómetros de largo, pero la orden estaba cumplida: puente abierto al paso de la comitiva presidencial.

Entretanto, en la casa de El Melocotón, el capitán

Mac-Lean preparaba el retomo a la capital. Conocía bien su trabajo, ya que le faltaba poco para cumplir cuatro años de labor continuada en la Agrupación de Seguridad presidencial. Creía ya poder recorrer hasta con los ojos cerrados el sinuoso camino del Cajón del Maipo de tanto que lo había subido y bajado con la comitiva.

— Poco antes de las 18.00 horas recibimos por vía radial la confirmación de que la Seguridad Adelantada, de la CNI, estaba en sus puestos sin novedad. Y como a las 18.05 horas el Presidente solicitó los vehículos para volver a Santiago - recordó luego el capitán Mac-Lean.

Los automóviles se pusieron en marcha y Mac-Lean decidió cual ocuparía el general Pinochet. Ahí estaban los dos Mercedes Benz de color gris. Poderosos modelos 500 SEL, con sus vidrios oscuros y completamente blindados. Se veían iguales, brillantes, impecables. Las normas de seguridad ordenaban que la comitiva siempre llevara los dos Mercedes, de modo de matar dos pájaros de un tiro: que Su Excelencia dispusiera de otro en caso de fallar uno y, lo más importante, que un posible ataque encontrara como primera dificultad la imposibilidad de saber cuál ocupaba realmente. Mac-Lean optó por el mejor: el Mercedes nuevo que se había sumado a la flota presidencial dos días antes. Así, el poderoso vehículo patente HY-2771 se adelantó hasta ponerse frente a la puerta y su chofer, el cabo segundo de Ejército Oscar Carvajal Nuñez, dejó el motor en marcha mientras se bajaba con presteza para abrir las puertas. Un minuto después, la gran puerta de la casa se abrió y la guardia militar se cuadró ante la aparición del general Pinochet.

Tras dar una última mirada al extenso parque verde y florido que un equipo de jardineros uniformados cuidaba con esmero, el general Pinochet subió al automóvil ocupando el asiento trasero derecho. A su lado se arrellanó el pequeño Rodrigo García Pinochet, su nieto de sólo nueve años. Y el asiento del copiloto fue ocupado por el Edecán Naval, capitán de fragata Pedro Arrieta Gurruchaga.

Se escucharon órdenes en voz alta, la guardia de la entrada abrió el gran portón y dos soldados se apostaron en medio de la carretera G-25 para detener el tránsito y dejar vía libre a la comitiva. La guardia rindió honores al paso de los vehículos, sin siquiera saber en cuál de todos iba el Presidente.

—La comitiva partió incompleta. Primero iba el vehículo de Seguridad N^o 1, luego el Mercedes presidencial seguido por el Mercedes de alternativa y cerraba el vehículo de Seguridad N^o 2. Avanzamos un corto trecho y, al pasar por el sector de La Calchona, se integraron los vehículos de Carabineros -declaró el capitán Mac-Lean.

En ese momento, la columna -ya a gran velocidad- quedó completa y en el siguiente orden:

1. Dos policías uniformados y armados, en sendas motos con sirenas y balizas funcionando, que abrían paso ordenando a los automovilistas que se detuvieran en las bermas con gestos perentorios. Se trataba de los cabos José Carrasco y Carlos Sepúlveda.
2. Un automóvil Opala gris con cuatro carabineros uniformados y armados. El teniente Yordan Tavra Checura comandaba ese vehículo que conducía el sargento Luis

- Córdova. En los asientos posteriores iban los carabineros Pablo Silva y Miguel Del Río.
3. El Mercedes Benz blindado que transportaba al general Pinochet, junto a su nieto y su edecán.
 4. Un automóvil Ford LTD de color gris -vehículo de Seguridad N^a 1- ocupado por cuatro militares en tenida de civil. Lo comandaba el capitán Juan Mac-Lean y era conducido por el cabo Cardenio Hernández. Atrás viajaban los cabos Gerardo Rebolledo Cisterna y José Ramón Barrera.
 5. El Mercedes Benz blindado de alternativa, también de color gris, conducido por el sargento Waldo Castillo. A su lado iba el sargento Francisco Carpió, también del Ejército. En el asiento posterior, un sólo ocupante: el doctor Domingo Videla, médico de tumor del general Pinochet.
 6. Otro automóvil Ford LTD gris, vehículo de Seguridad N^o 2, denominado también "escolta uniformada". Ahí iban cuatro militares en tenida de combate mimetizada. Esos comandos "manchados" -como se los llama en jerga militar- eran el cabo Juan Fernández Lobos (conductor) y los cabos Miguel Guerrero, Roberto Pinilla y Roberto Rosales.

Así estaba conformada la columna gris que ese atardecer del 7 de septiembre de 1986 inició el descenso, a gran velocidad, por la curvilínea carretera cordillerana. A los cinco automóviles y dos motos, hay que agregar los tres vehículos de la CNI que conformaban la "Seguridad Adelantada". Los expertos en explosivos, a bordo del Nissan beige, estaban estacionados varios kilómetros adelante,

frente al fundo El Raco, esperando el paso de la caravana para sumarse. El capitán Gaete, comandando el Volvo azul, se desplazaba a unos mil metros adelante, chequeando por última vez que el camino estuviera despejado de todo peligro. Iba en constante comunicación radial con el capitán Mac-Lean. Y por la retaguardia, el Volvo blanco de la CNI comandado por el sargento de carabineros Leopoldo Tolosa, de característico cabello blanco.

En total, ocho automóviles y dos motos. Veintisiete hombres armados, de los cuales veintitrés -si eliminamos al general Pinochet, a su Edecán y los dos motoristas- portaban dos o tres armas cada uno y eran combatientes expertos. Obviamente se elimina de este recuento al médico y al nieto del general Pinochet.

Todo parecía normal. Ninguno presintió siquiera el peligro que los acechaba algunos kilómetros más abajo, un peligro que se convertiría -en pocos minutos más- en muerte despiadada y sangrienta para cinco de ellos.

—¡Seguridad Uno, aquí adelantada! -dijo el capitán Gaete por el micrófono de su transmisor.

—Adelantada, aquí Seguridad Uno, cambio -contestó el capitán Mac-Lean.

—Hago pregunta: ¿necesita que uno de los míos se agregue? Tengo allá atrás un Volvo blanco...

—Entendido. Ordene que nos siga, manteniendo distancia de unos trescientos metros. Repito: trescientos metros. Cambio...

El capitán Mac-Lean tomó la decisión siguiendo el patrón de conducta normal. Convenía tener cerca, por detrás y por delante, a los vehículos de la CNI para el caso

de que surgiera una emergencia. Pero no tan cerca como para alargar la comitiva y entabrar un veloz desplazamiento por entre los numerosos vehículos que a esa hora recorrían la carretera G-25.

San José de Maipo a la vista. La caravana ingresó al pueblo, ya alertado de su venida por los motoristas de avanzada con sus sirenas ululando. Los lugareños no alzaron la vista: ya estaban resignados al bullicio de ida y vuelta en los fines de semana. Los turistas capitalinos, en cambio, siguieron con la mirada su paso y se quedaron explicando a los niños por qué el general Pinochet requería de ese despliegue de seguridad.

Lo que nadie supo es que ahí mismo, en la esquina de Cañada Norte con Comercio, una fina mano blanca levantó el teléfono al tiempo que escuchaba -por la ventana abierta del segundo piso de la Hostería "Inesita"- el ulular de las sirenas a lo lejos, cruzando ya la plaza principal del pueblo.

— Operadora, por favor, déme el 85 01 924...

— Un momento, por favor.

Isabelle sintió que los segundos parecían siglos. Ya las motos de los policías pasaban frente a su ventana.

— ¿ Es el 85 01 924 ?

— Sí, señorita -contestó el comandante Ernesto.

— Tiene un llamado desde San José de Maipo. Hablen, por favor...

— ¿Hermano?

— Sí...

— ¡Ahí va; ¡Suerte!...

Antes de colgar, Isabelle levantó un poco el auricular

para que el comandante Ernesto escuchara las sirenas de los vehículos. Puso el fono en su lugar, entró a su habitación y dijo a su amiga: "nos vamos". En ese mismo momento, la operadora de la Compañía de Teléfonos escribía la boleta que certificaba la hora y duración de la llamada. Eran las 18 horas y 21 minutos...

La llamada de Isabelle puso en acción a los milicianos con sólo accionar la campanilla en medio del silencio profundo que inundaba la casona de La Obra. Todos se pusieron de pie en sus habitaciones y los encargados izaron los bolsos con armamento.

—¡Vamos! -gritó el comandante Ernesto.

Las puertas se abrieron al mismo tiempo y todos salieron rápidamente al pasillo en el orden preestablecido. Los conductores de los vehículos iban adelante y en tres segundos ya estaban al volante y accionaban los motores que esa tarde -ya en cuatro ocasiones- habían sido prendidos de modo de mantenerlos a punto.

El gran portón blanco de la parcela se abrió y los encargados de la salida hicieron señas ordenando la partida de la camioneta Toyota azul, de doble cabina, con el "Grupo de Retaguardia". Lo comandaba el jefe Mauricio Arenas Bejas, quien al momento de partir buscó con la mirada a su hermano Amaldo entre los jóvenes que subían a los otros vehículos. ¡Suerte, ojalá alguno de los dos sobreviviera para que el golpe no fuera tan duro para nuestra madre viuda!, pensó a modo de despedida.

Se miró el cronómetro. ¡Ya! La señal con el brazo marcó la salida del primer "Grupo de Asalto" a bordo de la Toyota Land Cruiser, conducida por Víctor Díaz. A su

lado iba el comandante Ernesto, quien se despidió de los "porteros" levantando la mano empuñada. Nuevamente el cronómetro y ¡ya!: salió el segundo "Grupo de Asalto" en el Nissan Blue Bird, conducido por Héctor Figueroa.

Los segundos pasaban al compás del ritmo cardíaco. Cincuenta y ocho, cincuenta y nueve... Se dio la señal y comenzó a cruzar el portón la station Peugeot tirando la casa rodante.

—¡Cuidado! -gritó Héctor Maturana, caracterizado como mujer y sentado junto al conductor.

El nerviosismo de Arnaldo Arenas Bejas se trasuntó en la estrecha maniobra de viraje para tomar la pista de tránsito ascendente y la casa rodante se estrelló contra la hoja abierta del portón.

Debió retroceder un poco, siguiendo las instrucciones de los encargados y volvió a salir -esta vez correctamente- hacia el oriente, siguiendo a los tres vehículos anteriores.

Los "porteros", luego, hicieron lo suyo. Uno corrió a cerrar la puerta de la casa, mientras el otro encendía el motor de la Toyota amarilla.

—Sigo pensando que habría sido mejor quemar la casa, compadre -dijo uno.

—Ya se discutió eso. Tranquilo. No dejamos una sola huella. Y el incendio podría cagar la retirada. Tranquilo...

Cerraron el portón blanco clausurando el cuartel. Y tomaron la pista descendente en dirección al poniente, hacia Santiago.

Esos tres minutos fueron observados con abierta curiosidad por un habitante de La Obra que estaba tranquilamente sentado en la plaza de enfrente, esperando el

regreso de su mujer desde la capital. Héctor Jaime Codo-cedo -quien no había estado ajeno a las murmuraciones que rodeaban a los habitantes de la Casa de Piedra- no despegó su mirada del portón desde que lo vio abrirse poco después de las 18.20 horas.

"Vi salir de la casa del señor García una camioneta azul oscura, doble cabina, que se dirigió hacia San José de Maipo. Salió a una velocidad más bien lenta. Luego salió un jeep grande y un auto, tomando la misma dirección. Unos segundos después s[^]lió un auto oscuro que arras-traba una casa rodante. Salió despacio, también hacia San José de Maipo, pero al parecer el conductor no era muy experimentado porque pasó a llevar el portón con la casa rodante, rayándola en su costado izquierdo. Luego, dos minutos después, vi salir una camioneta amarilla, que iba muy lentamente e incluso debió esperar en la berma que pasara una hilera de automóviles. Esta camioneta tomó dirección hacia Santiago", recordó luego.

¡Qué extraño, tantos hombres en la casa! No tenían pinta de maricones, pero nunca se sabe... ¿Y si realmente fueran extremistas?

Don Héctor cambió de postura, incómodo por la dura superficie del banco, y olvidó el asunto para seguir hojeando su periódico.

La zona de emboscada se había elegido cuidadosa-mente. Al oriente del poblado de La Obra, en la cima de la Cuesta de las Achupallas, en un sector conocido como "El Mirador" justamente por la óptima visual sobre el río, los cerros y la carretera que se interna hacia la cordillera. Desde ahí verían avanzar la comitiva que, necesariamente,

disminuiría de velocidad en la subida de la cuesta. Era el mejor lugar -en toda la zona- para el ataque por sorpresa. El Grupo 501 -de contención y choque- le cerraría el paso y actuaría sobre los primeros vehículos. Los grupos 502 y 503 -de asalto- esperarían apostados en el cerro para aniquilar los vehículos del centro. Y el Grupo 504 -de retaguardia- cortaría la posible retirada, disparando sobre el último automóvil.

Cada grupo fue tomando colocación en los lugares previamente determinados. La Toyota azul de doble cabina, confundida entre los vehículos de los turistas, pasó por la zona de "El Mirador" y siguió. Bajó la cuesta y continuó su marcha unos 300 metros al poniente, doblando por un pasaje de tierra. Dio media vuelta y se quedó estacionada ahí, unos cuarenta metros al interior del pasaje, aguardando el paso del séquito presidencial para actuar por la retaguardia.

Entretanto, la station Peugeot y la casa rodante ya estaban estacionadas en la berma, pocos metros antes de la zona de "El Mirador". Al volante, Amaldo Arenas Be- jas simuló estar discutiendo con su mujer frente a un mapa desplegado en el panel de instrumentos. Unos metros más adelante, el Nissan Blue Bird y la Toyota Land Cruisser ya habían girado en "U", dejando su cargamento de combatientes al pie del cerro. Luego los conductores sacaron los vehículos de la zona de emboscada, para estacionarse unos 60 metros al poniente y estar listos para la retirada.

Todos esos movimientos fueron vistos por muchos lugareños y no pocos adivinaron, con pavor, de qué se

trataba. Fue el caso de Flor Riveros, hija del dueño de la hostería "España" de La Obra. Salió de su casa con su marido y llevando en brazos a su hijita de nueve meses, en dirección al poniente, hacia las Vertientes. Cuando iba pasando frente al restaurante "Andino" sintió que la sangre se le congelaba.

—Se detuvo un vehículo y se bajaron cuatro hombres y una mujer, todos jóvenes, que vestían parka corta de color azul, blue jeans y zapatillas. Llevaban bolsos largos de tela azul de parka y caminaron hacia el camino de la línea férrea. En los bolsos se notaba la forma de culatas de armas largas. Nos asustamos mucho porque sabíamos que la comitiva del Presidente ya estaba por pasar. Así que nos fuimos corriendo hacia la casa -declaró.

Otros, en cambio, observaron los preparativos con curiosidad y no advirtieron el peligro inminente. Fue el caso de Hernán Vergara Azocar, quien esperaba el inicio de un servicio religioso en el Templo Evangélico Pentecostal Naciente. Sentado en la escalera de madera que servía de acceso a la modesta iglesia, don Hernán estaba conversando con la hermana Hortensia cuando los vio:

—Alrededor de las 18.30 horas vi detenerse un vehículo en forma de jeep, de color azul con rayas grises, y empezaron a bajar unos muchachos que vestían tenida deportiva y portaban unas mochilas alargadas. Yo pensé que se trataba de instrumentos musicales, ya que hay una iglesia que se llama Los Revolucionarios de Jesucristo que viajan por donde hay público y lo hacen con instrumentos musicales. En un comienzo los confundí con estos evangélicos. Debo haber contado unos 18 muchachos que comen-

zaron a caminar hacia el oriente, acercándose a nuestro templo. De repente, iniciaron el ascenso al cerró hasta el terraplén de la antigua línea férrea. Por ahí siguieron caminando hacia el oriente. No seguí mirando porque no me interesaban -declaró don Hernán.

La comitiva, entretanto, ya había cruzado el puente El Manzano. Los ocupantes de casi cuatrocientos vehículos respiraron aliviados al verla pasar como un celaje. ¡Al fin podrían continuar su camino!

El edecán naval, comandante Arrieta, tomó el micrófono:

–Seguridad Uno, atento...

–Aquí Seguridad Uno, cambio -contestó el capitán Mac-Lean.

–¿Qué pasa con el puente? Pregunta: ¿vio a los soldados?

Sí, el capitán Mac-Lean los había visto: "A la entrada del puente vimos a un conscripto en una actitud de excesiva agresividad hacia el público, atendida la función que cumplía. Estaba con el fusil terciado alto y las piernas abiertas, en actitud de combate", declaró luego.

–¿Qué pasa con el puente? Había demasiados vehículos esperando -insistió el edecán Arrieta, quien luego declaró que la situación le pareció "mala imagen" para el general Pinochet.

–No lo sé. Podemos averiguar por teléfono después -contestó Mac-Lean.

–Negativo. Hay que arreglarlo ahora. Envíe vehículo al puente. Desplace al CNI posterior -ordenó Arrieta.

–Orden recibida. Fuera...

El capitán Mac-Lean comenzó de inmediato a tratar de comunicarse con el Volvo blanco conducido por el sargento Tolosa. Lo intentó dos veces, sin resultado. Tuvo un instante de confusión...

– Aquí, Adelantada, cambio -surgió potente la voz del capitán Gaete por el radio.

– Aquí Seguridad Uno, cambio...

– CNI posterior está en frecuencia dos. Cambio...

– Recibido, gracias. Fuera...,

Mac-Lean cambió a frecuencia dos y ordenó al sargento Tolosa dar media vuelta y averiguar en el puente mecano qué estaba pasando. Así, una orden previa del propio capitán Gaete y el excesivo celo de los soldados para quedar bien ante su Comandante en Jefe restó un vehículo y dos hombres fuertemente armados a la comitiva.

– Seguridad Uno, aquí erre-pe...

– Adelante -contestó Mac-Lean, reconociendo la voz del teniente Tavra.

– Tiene comunicación de mi comandante Arrieta en frecuencia cuatro. Cambio...

– Entendido, gracias, fuera...

Movió la perilla a frecuencia cuatro y alcanzó a escuchar el final de la frase.

– ... averigüe por qué los soldados estaban en esa actitud. Cambio.

– Entendido. Fuera.

"Yo consideré que eso estaba implícito en la orden que había impartido al vehículo de la CNI, así que no volví a comunicarme", declaró Mac-Lean después.

La caravana gris siguió adelante, veloz y ruidosa. El incidente del puente había anulado automáticamente una orden dada por el capitán Gaete, segundos antes, al Volvo blanco del sargento Tolosa. Este había reportado que una camioneta blanca lo seguía, prendiendo y apagando sus luces. "Yo di la orden de interceptarla, pero en ese momento llegó la orden del edecán y no pudo cumplirse", declaró el capitán de la CNI más tarde.

Un poco más adelante, fumando un cigarrillo en actitud despreocupada, Mauricio Arenas Bejas observó cómo un jeep policial se estacionaba unos cien metros hacia el oriente. Dos carabineros con chalecos reflectantes se instalaron en medio del cruce, en un bandejón triangular que dividía las pistas, apurando el tránsito.

¡Lástima por ellos, quién los mandó a meterse donde no debían!, pensó. Vio pasar el Volvo azul de los agentes de seguridad, con su inconfundible antena. Miró el reloj: 18 horas y 36 minutos. ¿A cuánta distancia vendría atrás la comitiva? Dio profundas bocanadas a su Viceroy -pensó que podrían ser las últimas de su vida- y lo lanzó al centro de la carretera, cuando ya tenía a la vista las motos de los policías de escolta. Se volvió, comenzó a caminar por la polvorienta callejuela al tiempo que daba con la mano la señal de partida. La camioneta Toyota -estacionada una media cuadra dentro del callejón- comenzó a avanzar lentamente y él saltó sobre el pick-up donde lo esperaba Juan Moreno con las armas prestas. El "Grupo de Retaguardia" ya estaba en acción.

Pasó la comitiva y pocos metros hacia el oriente, en el cruce de la carretera G-25 con el nuevo camino a San Juan

de Pirque, el cabo Carlos Quevedo tomó el micrófono del panel de instrumentos del jeep policial:

— ¡Atención, central, atención! Aquí Jota 4-7-3. Cambio...

— Aquí central. Adelante Jota 4-7-3...

— Pasó la comitiva hacia Santiago. Repito. Pasó la comitiva hacia Santiago ... •

— Entendido. Cambio...

El cabo Quevedo se disponía a informar de su siguiente movimiento, cuando escuchó el sonido de los primeros disparos y explosiones, proveniente de unos 300 metros hacia el oriente, en la parte alta de la Cuesta Las Achupallas. Casi al mismo tiempo, vio caer al suelo al cabo Ricardo Lara que estaba al centro de la calzada.

— ¡Central, central, atacan la comitiva, atacan la comitiva! -gritó en el micrófono.

— Repita, repita...

— ¡Que atacan la comitiva!

— ¿Qué dice, jota?

— ¡Fuego graneado sobre la comitiva! Armas pesadas, armas automáticas. También a nosotros... tengo un herido.

El cabo Quevedo no pudo transmitir ni escuchar más. El micrófono quedó colgando por la ventanilla del jeep, mientras él se lanzaba al suelo tratando de guarecerse de las balas que silbaban a su alrededor. Se arrastró hacia atrás del jeep y allí encontró ya al carabinero Juan Castillo, agazapado con la metralleta UZI entre las piernas. En su confusión, ni siquiera habían visto pasar a la Toyota azul del "Grupo de Retaguardia" y menos a los ocupantes del

pick-up que hirieron al cabo Lara con un disparo de fusil, inmovilizando con una mezcla de terror y sorpresa a los otros tres policías.

En la Central de Comunicaciones de Carabineros ya funcionaba la alerta máxima. El aviso del cabo Quevedo quedó registrado a las 18 horas y 37 minutos, dando paso a comunicados abiertos de emergencia que fueron escuchados por todos los vehículos y recintos policiales del área metropolitana en cuestión de segundos.

¡Atacaban a la comitiva, atacaban al general Pinochet! El estupor y el desconcierto recorrieron con un sólo y largo escalofrío a los uniformados...

La batalla de "El Mirador"

El comandante Ernesto había planificado su batalla con minucioso cuidado. Si bien la distancia entre los motoristas y la caravana de vehículos era variable -entre 30 y 160 metros, según decenas de chequeos previos- todo indicaba que lo mejor era interponer el obstáculo una vez que las motos de policías hubieran pasado. De ponerlo delante, se arriesgaba toda la operación: podría haber suficiente distancia como para que la caravana alcanzara a reaccionar y quedara fuera del radio de tiro.

De hecho, ese día, al acercarse a la cuesta Las Achupallas, el teniente Tavra ordenó por radio a uno de los motoristas que se adelantara. "Mi teniente Tavra le ordenó adelantar, para que observara el panorama desde arriba y viera si venían vehículos en sentido contrario. Cuando llegó a 'El Mirador', el cabo Carrasco dijo que todo estaba controlado y sin novedad", recordó luego el cabo Miguel del Río.

Teniendo el objetivo a la vista, Amaldo Arenas encendió el motor de la station Peugeot y comenzó len-

tamente a avanzar, como si quisiera ingresar a la pista. Pasó la primera moto BMW, luego la segunda...

Unos metros más adelante, Héctor Figueroa apuntó con su M-16 y puso al primer motorista en su mira. "Nunca olvidaré ese momento. Yo lo veía con toda claridad y, de repente, me di cuenta de que me había visto. Sentí sus ojos clavados en mí y vi su gesto de horror. Yo no podía dispararle, sino hasta cuando se ordenara el inicio del ataque. Fueron unos pocos segundos que se me hicieron eternos. El policía, manteniendo el pánico en su gesto, hundió a fondo el acelerador y se llegó a levantar la rueda delantera de su moto. Así, apoyado sólo en su rueda trasera, pasó de largo a gran velocidad. No le disparé".

Así salvó la vida el cabo de Carabineros José Carrasco Espinoza.

El segundo motorista pasó, alcanzando a esquivar lo que en ese momento creyó una mala maniobra de un inocente excursionista con su casa rodante.

—¡Cuidado, jefe! -alcanzó a gritarle por la radio al teniente Tavra, quien comandaba el Opala policial que encabezaba la columna y reaccionó de inmediato con un toque de alerta de su sirena.

Ese segundo motorista quedó en la mira de Víctor Díaz Caro. La boca oscura del M-16 lo siguió en su rápido desplazamiento y en ese momento comenzaron a disparar los grupos de asalto. Iba a apretar el gatillo, cuando los vio: "Delante mío, en el terraplén, obstruyéndome la visual, había un auto Simca amarillo y a su lado varios niños que hacían pipí. Les grité que salieran porque no podía herirlos, volví a apuntar al motorista y disparé. No di

en el blanco y vi que el carabinero, con moto y todo, entró a un restaurante. No podía creerlo. Nos preguntamos con Figueroa qué había sido del motorista. Y en eso nos dispararon desde el frente. Vi moverse una cortina en la ventana del local y disparamos hacia allá".

Esos tiros hacia el modesto resturante "Andino" -que no hirieron a nadie- bastaron para inmovilizar a todos los parroquianos, incluido el motorista Carlos Sepúlveda Anabalón, quien había botado su moto en la puerta y había entrado corriendo.

¿Qué había pasado, entretanto, en "El Mirador"? La batalla comenzó al mismo tiempo que Arrialdo Arenas cruzó sorpresivamente la station Peugeot y la casa rodante en la carretera, una vez que hubo pasado el segundo motorista. El primer disparo, hecho por el propio comandante Ernesto, dio inicio al ataque.

— En ese momento, pensé en Salvador Allende. Lo sentía ese día de otro septiembre en medio del humo. Lo veía con su casco y el fusil bajo el brazo. Yo tenía el fusil también en mi mano, trece años después -escribió José Joaquín Valenzuela Levy más tarde(*)).

Lanzó el primer tiro y todo se convirtió en una confusión de frenazos y chirridos, explosiones y tableteo de los M-16, en medio del ulular de las sirenas.

El sargento Córdova -conductor del primer vehículo, el Opala policial- hundió el freno a fondo, tomando el volante con fuerza y deteniéndose a poco más de cuatro y

* Manuel cabalga de nuevo, *página 141, bajo el subtítulo: "1986. Septiembre 7. Domingo"*.

medio metros de la casa rodante. A su lado, el teniente Tavra se apoyó instintivamente en el panel de instrumentos para mantener el equilibrio. Miró a través del parabrisas, sin comprender aún lo que estaba sucediendo, y lo vio:

"A unos 20 metros de distancia, vi a un hombre de pie y en posición de combate, parado sobre un montículo, disparando. Estaba con una blusa de mimetismo café".

— ¡Emboscada, emboscada! -gritaron casi al unísono el capitán Mac-Lean y el cabo Barrera, en el interior del Ford de Seguridad Uno que iba en el tercer lugar en la columna.

El capitán Mac-Lean tomó el micrófono, con desesperación, y gritó:

— ¡Atrás, atrás!

Ese grito gutural fue escuchado en los transmisores de los otros cuatro automóviles.

— ¡Atrás, atrás!...

No pudo poner marcha atrás el conductor del primer vehículo. Balas que cruzaron el Opala policial cercenaron la arteria femoral izquierda del sargento Córdova, quien cayó inconsciente sobre el volante.

A su lado, el teniente Yordán Tavra miró instintivamente hacia atrás al escuchar la voz por el radio y vio que el Mercedes Benz que lo seguía -el que transportaba a Pi- nochet- estaba ya retrocediendo.

Levantó su ametralladora UZI y descargó los 32 tiros en dirección al montículo donde había visto al guerrillero. Se agachó a tomar un nuevo cargador y no pudo introducirlo en la UZI. Desesperado, tomó la escopeta Spas-12

que llevaba a su lado, sacó el seguro y comenzó a disparar hacia el cerro, al tiempo que gritaba a sus hombres:

— ¡Salgan, salgan!...

La escopeta se le atascó. Galillo de nuevo y nada. Una lluvia de balas caía como granizos sobre el auto y alrededor explotaban las bombas. Escuchaba, atrás suyo, al cabo Del Río que disparaba tiro a tiro por la ventanilla trasera derecha. Tomó su pistola Taurus y volvió a disparar en dirección al cerro. — ¡Aaah!...

El quejido del cabo Del Río impidió su acción por breves segundos. Una bala le abrió el cuero cabelludo sobre la oreja izquierda, lo lanzó atrás en el asiento y rápidamente volvió a levantar su UZI para seguir disparando.

— ¡Salgan, salgan! -repitió el teniente Tavra a sus hombres.

Sólo Del Río podía escucharlo. El sargento Córdova seguía inconsciente sobre el volante y la sangre empapaba sus pantalones. Y en el asiento trasero izquierdo, el cabo Pablo Silva apoyaba su cabeza en el respaldo, con la mirada fija e inexpresiva, mientras un hilo de sangre salía por su nariz. Tres balas habían penetrado su cuerpo, una de ellas en la cabeza. Estaba agónico.

No se podía escapar de la trampa mortal del Opala por el lado derecho, hacia el cerro donde estaban los atacantes. El teniente Tavra, en su desesperación, abrió la puerta del conductor y empujó el cuerpo del sargento Córdova. "Cayó fuera del auto. Quedó arrodillado fuera del auto, pero con el volante aún en sus manos", recordó luego Tavra.

Empujó completamente al desfallecido conductor fuera del vehículo y salió agazapado por la puerta delantera izquierda. Lo siguió, por la misma salida, el cabo Del Río portando la metralleta ensangrentada del cabo Silva. Ambos intentaron alejarse reptando por el suelo, "en punta y codo". En ese momento, un cohete LOW rozó el techo del Opala con gran estruendo, abriendo un surco profundo en las latas y lanzando esquirlas metálicas. Se apagó la sirena que seguía ululando, al tiempo que dos balas dieron en el cuerpo del joven teniente Tavra. Y fue tan intenso el dolor provocado por la que cruzó su región genital, que ni siquiera percibió la herida en el hombro.

Comenzó a gritar de dolor, tendido boca abajo en el suelo. "Vi que mi teniente Tavra estaba herido en un hombro y se lamentaba mucho. Y en ese momento me pidió, a gritos, que lo matara. Yo no le hice caso y traté de cubrirlo con mi cuerpo. En ese momento, como él estaba boca abajo, dio una mirada hacia la casa rodante y me pidió mi pistola. Se la pasé y él comenzó a disparar casi a ras del suelo, gritando que veía a alguien debajo de la casa rodante. Ahí se nos agotó la munición y nos quedamos tendidos en el suelo. Nos hicimos los muertos", declaró luego el cabo Miguel del Río a fojas 1065.

— ¡Atrás, atrás!...

La orden inicial del capitán Mac-Lean fue obedecida de inmediato por su chofer, el cabo Cardenio Hernández. Puso marcha atrás con presteza y el Ford LTD gris inició la retirada, al tiempo que Mac-Lean por la ventanilla delantera derecha y el cabo José Barrera por la trasera derecha

sacaban sendas ametralladoras UZI y comenzaban a disparar contra el cerro.

Alcanzaron a retroceder unos pocos metros, cuando un fuerte choque por delante obligó al cabo Hernández a sacar el pie del acelerador. Era el Mercedez Benz que transportaba al general Pinochet tratando de abrirse paso, marcha atrás, desesperadamente.

— ¡Dale paso, dale paso! -gritó Mac-Lean.

El cabo Hernández retrocedió un poco y aceleró en primera, pasando a la pista contraria para dejar expedita la vía de escape al automóvil presidencial. La maniobra fue fatal. Cuando el Ford volvía a iniciar el retroceso, un cohete LOW dio de lleno en el costado posterior izquierdo y lo detuvo para siempre.

Los vidrios estallaron al unísono y las esquirlas volaron por doquier. El capitán Mac-Lean, instintivamente encogido en el asiento delantero, sintió que un rayo de dolor cruzó su espalda. ¡Había que salir rápido! Abrió su puerta y se lanzó al suelo, cruzando con rapidez la carretera, para guarecerse junto al cerro. Miró hacia el Ford, para ver qué había ocurrido con sus hombres. Sólo percibió una silueta inmóvil en el asiento trasero, mientras las llamas comenzaban a consumir el vehículo.

El conductor había alcanzado a salir al mismo tiempo que Mac-Lean. Pero no alcanzó a avanzar más que un par de pasos el cabo Cardenio Hernández cuando una bala certera cruzó su pecho y lo mató instantáneamente. ¡Maldito el momento en que dejó de lado el reglamentario chaleco antibalas para conducir con comodidad!

El cabo José Barrera, por su parte, era un milagro de sobrevivencia a la explosión del LOW, ya que también estaba en el asiento trasero: "Sentí la explosión en mi cabeza. Sentí una fuerte presión y un calor intenso como si la cabeza me estallara. Grité fuerte y me toqué

Miró sus manos. Estaban ensangrentadas. ¡Escapar, escapar! fue su único pensamiento. Abrió la puerta del lado derecho, sin prever siquiera que era el flanco peligroso. Al salir, una mirada de reojo: "Sólo vi al cabo Rebolledo, inmóvil, a mi lado". Corrió agachado por detrás del auto y vio su salvación en el pequeño muro de piedra que bordeaba la carretera hacia el río. La saltó y se puso en posición de tiro intentado ubicar a los atacantes por los fogonazos que salían del faldeo. La explosión de una granada cercana lo lanzó de espaldas y algunas esquirlas se hundieron en su rodilla izquierda. "Intenté seguir contestando el fuego, pero mis fuerzas no me daban para hacerlo".

Ahí estaba Seguridad Uno incendiándose, con sus hombres fuera de combate. Seguridad Dos, entretanto, había frenado al final de la columna con su cargamento de "manchados", los escoltas escogidos y cuidadosamente entrenados para proteger al general Pinochet de todo tipo de ataques. Durante más de una década, con sus trajes de mimetismo y sus armas asomando por las ventanillas, habían puesto el carácter bélico a la comitiva presidencial en sus desplazamientos por calles y avenidas de la ciudad. Eran los elegidos con rigurosidad extrema por la Agrupación de Seguridad Presidencial, sin permitirles siquiera envejecer en el cargo. Debían ser jóvenes,

fuertes y fieros en los simulacros de combate. Ahora había llegado para los cuatro "manchados" que ocupaban el Ford de Seguridad Dos el momento del combate de verdad...

Tras el sorpresivo frenazo y escuchando la voz de MacLean por el radio -¡atrás, atrás! -los cuatro saltaron de sus asientos como accionados por un resorte portando sendos fusiles Galil con cincuenta tiros en el cargador y otros 35 en el cargador de repuesto que llevaban en el bolsillo de su chaleco. Colgando al cinto de cada uno, tres granadas y una pistola Beretta con cargador de quince tiros.

Corrieron hacia adelante y en diagonal, pegándose al cerro para dificultar el ángulo de tiro de los atacantes. Al tiempo que disparaban, trataban de avanzar para llegar a su objetivo: proteger el Mercedes Benz presidencial.

— Todo ocurrió tan rápido que es difícil reproducirlo con exactitud. Cuando íbamos avanzando, vi de reojo que pasaba el automóvil presidencial marcha atrás. Un poco después vi pasar el Mercedes de alternativa, pero de punta hacia San José de Maipo. Cuando pasó el auto de mi general Pinochet, Guerrero y yo disparamos hacia el cerro y hacia atrás para cubrir su retirada. No utilizamos granadas porque estábamos en el cerro y nos caerían a nosotros mismos -declaró el cabo Roberto Pinilla.

Y mientras los "manchados" cabos Pinilla y Guerrero estaban ahí, pegados al cerro, protegiéndose como podían, sus otros dos compañeros corrían disímiles suertes. El cabo Juan Fernández Lobos optó por lanzarse al barranco, sintiéndose ciego por las esquirlas en el rostro y sordo por

la sangre que manaba de sus oídos. Al cabo Roberto Rosales - de sólo 24 años- le explotó demasiado cerca un poderoso cohete LOW y quedó despedazado...

Pinilla y Guerrero intentaban disparar hacia los atacantes, cuando se les sumó el capitán Mac-Lean. Sólo quedaban ellos tres en acción. Un cohete LOW dio de lleno en el portamaletas del vacío Ford de los "manchados". Seguridad Dos comenzó a incendiarse.

—Los tres éramos los únicos a la vista, no se veían más funcionarios. Al llegar mi capitán Mac-Lean se instaló al medio, entre Guerrero y yo. Mi capitán disparó dos tiros con su revólver Cobra y quedó sin munición -agregó Pinilla.

Mac-Lean pidió a Pinilla su revólver Beretta. Se lo estaba pasando cuando el cabo Guerrero recibió la bala que cruzó su pecho y lo hizo caer ya muerto.

—¡Atrás, atrás! -volvió a gritar el capitán Mac-Lean, dirigiéndose al único subordinado que estaba en pie e ileso.

Pinilla se sintió perdido. No había cómo ni con quién enfrentar el ataque.

—¡Crucemos, crucemos! -gritó al capitán Mac-Lean, pensando que no había otro recurso de escape que no fuera el precipicio, mientras seguía escuchando los disparos y viendo cómo caían unas bombas amarillas, porque amarilla era la etiqueta de los tarros de duraznos en conserva.

Cruzó rápido, agazapado, y rodó por el barranco. La caída se detuvo, 40 metros abajo, en una saliente. Ya no llevaba su fusil, el que había quedado enredado más

arriba en un matorral. Unos segundos después, llegó a su lado -rodando- el capitán Mac-Lean.

— ¿Y qué pasó con mi general? -preguntó el cabo Pinilla.

— No lo sé, no lo sé -contestó Mac-Lean entre quejidos.

La última imagen que guardaba Mac-Lean del Mercedes Benz presidencial era retrocediendo entre la lluvia de balas y explosiones. ¿Qué había pasado con él? Sí, su grito de "¡atrás, atrás!" había provocado la inmediata reacción del cabo Oscar Carvajal, conductor del poderoso vehículo blindado;

El general Augusto Pinochet aseguró -en declaración hecha por oficio- que "mi primera intención fue bajarme para hacer frente al ataque, pero el conductor detuvo violentamente el vehículo y comenzó a retroceder a bastante velocidad, obedeciendo las órdenes que le estaba dando el Edecán, por lo que opté por proteger con mi cuerpo a mi nieto, ya que observé una gran cantidad de impactos en el vidrio de su lado y estaban saltando astillas hacia el interior del automóvil".

Así, la primera intención del Comandante en Jefe - bajarse y combatir- se vio anulada por su edecán, quien tomó la conducción en la emergencia. En esta versión de los hechos, el general Pinochet se habría tendido en el asiento posterior, cubriendo el cuerpo de su nieto Rodrigo.

¿Y qué dijo su chofer, el cabo Carvajal, a fojas 1048 del proceso?

"Inicié la marcha atrás a gran velocidad, guiándome sólo por los vidrios retrovisores exteriores porque el Mercedes tenía corrida la cortina en el vidrio trasero. Pero al

pasar al lado de un vehículo de seguridad, saltó sangre a uno de los espejos, lo que me impidió ver por el costado izquierdo".

Carvajal vaciló en medio del veloz retroceso. Y el pequeño Rodrigo, de sólo nueve años, acudió providencialmente en su auxilio: "Recuperé visibilidad por el vidrio trasero ya que Rodrigo corrió las cortinas, al percatarse de que el espejo de mi lado estaba manchado con sangre".

Bajo una lluvia de balas y explosivos que rebotaban en el blindaje del Mercedes provocando un ruido ensordecedor, el cabo Carvajal siguió retrocediendo -con la ayuda del comandante Arrieta y del pequeño Rodrigo- mostrando el fruto de su entrenamiento: sangre fría y máxima pericia para escapar entre los obstáculos de la carretera y entre cerro y barranco.

Doscientos metros de retroceso en cuarenta segundos calculó el Comandante Arrieta para esa desesperada maniobra de retroceso, durante la cual chocaron un par de veces y se vieron remecidos por un contundente impacto en una puerta trasera. "El conductor me informó que nos disparaban desde atrás. Miré por el espejo retrovisor de mi costado y vi una camioneta oscura de doble cabina que intentaba cerrarnos el paso".

Los M-16 apuntaron sobre el Mercedes Benz. Ya no quedaban cohetes antiblindaje. ¿Vendría Pinochet allí dentro? Los vidrios polarizados impedían saberlo. ¡A disparar!

El cabo Carvajal rogó para que los vidrios blindados respondieran bien y aceleró con fuerza, pasando por el

estrecho espacio que quedaba entre la camioneta y el cerro. Juan Moreno Avila debió subir al faldeo de un salto, para no ser atropellado, y ni siquiera alcanzó a adoptar posición de tiro para disparar contra la delantera del Mercedes que ya lo había sobrepasado, cuando un grito lo alertó: venía raudo el otro Mercedes gris.

Cuarto en el orden de la columna, ese Mercedes quedó en la pista izquierda y apuntando en 45 grados hacia el río con el frenazo chirriante que dio comienzo al ataque. En el asiento del copiloto, el sargento Francisco Carpió abrió instintivamente la puerta: "De inmediato pensé en una emboscada, ya que estamos entrenados para esa circunstancia. Mi primera reacción fue abrir la puerta del Mercedes de alternativa para acudir al auto de Su Excelencia, porque ésa es nuestra principal y única misión".

Una lluvia de balas dio contra su puerta. No podía disparar con su ametralladora UZI a través de la ventana: los vidrios blindados no pueden bajarse. Optó instantáneamente por dejar la puerta semi-abierta y apuntar, apoyando su arma en el borde superior, contra el hombre que -de pie y en posición de francotirador- disparaba desde el cerro. "El pensaba seguramente que Su Excelencia iba en ese Mercedes, ya que justamente ese fin de semana se había cambiado a uno más moderno".

Segundos después, "al ver que el vehículo de mi general escapaba retrocediendo de la zona de muerte", el conductor del Mercedes de alternativa -sargento Waldo Castillo- puso marcha atrás y aceleró, haciendo una brusca curva en "U" que lo dejó de inmediato en postura de escapar de frente.

En medio de la balacera que granizaba sobre el blindaje y los explosivos que estallaban por doquier, el sargento Castillo aceleró hasta que la aguja marcó sobre los 100 kilómetros por hora y escapó, llevando al doctor Domingo Videla en el asiento posterior, al tiempo que un LOW daba en el techo del Opala y comenzaban a incendiarse los Ford de Seguridad.

La batalla había terminado. ¿Cinco, seis, siete minutos? Nadie lo supo con exactitud, pero a todos los uniformados que sobrevivieron les pareció una infernal eternidad.

—Los momentos vividos me parecieron eternos y creí vivir un verdadero infierno del que no iba a salir con vida. Todavía no tne repongo de la impresión recibida -declaró el cabo Carlos Quevedo, quien vivió el ataque desde el jeep policial que estaba fuera de la zona de emboscada, una semana después de los hechos.

Para los lugareños de La Obra y para los turistas que estaban cerca de la zona de emboscada, esos pocos minutos fueron una pesadilla imborrable. Los feligreses del Templo Pentecostal corrieron junto al altar y se arrodillaron, abrazados. "Era como estar en una guerra. Todos sentimos pánico y repetíamos una y otra vez: oremos, oremos. Yo pensaba que era un castigo de Dios", relató Fernando Morales.

En las casas cercanas, las mujeres empujaron a los niños a las piezas del fondo, tendiéndose con ellos en el suelo en búsqueda de protección y creyendo -por el ruido- que todo podría estallar de un momento a otro. Una pareja que venía en una ranchera, pasando por "El

Mirador", y que alcanzó a cruzar justo antes de que se atravesara la casa rodante, creyó no salir viva. "Esos momentos más parecían una guerra que otra cosa. Escuchábamos bombazos y disparos por todos lados. Sólo atiné a bajarme del vehículo, sacar a mi novia por el lado derecho y correr hacia una zanja, tendiéndonos ahí con la cabeza metida entre los brazos. Y nos pusimos a rezar, ya que pensé que todo terminaba ahí", recordó el agricultor Carlos Castro Quinteros.

¿Cuatro, seis, ocho minutos? Nadie lo supo. Ni los milicianos del FPMR ni los escoltas presidenciales. Sólo el combatiente Héctor Figueroa había apretado su cronómetro al tiempo que el comandante Ernesto había lanzado el primer disparo, pero olvidó detenerlo cuando sonaron los tres pitazos que ordenaron la inmediata retirada.

El Escape

Muertos parecían los cabos de Carabineros Ricardo Lara y Alberto Muñoz ahí tendidos en el cruce de la Carretera G-25 con el camino a San Juan de Pirque. Así los vieron los ocupantes de los Mercedes Benz en su retirada.

Lo cierto es que sólo el cabo Lara estaba herido y Muñoz optó por simular para escapar del peligro: "Seguí en esa posición, tendido, por mucho rato, haciéndome el muerto, ya que temía que la camioneta regresara. Y mientras estaba en esa posición, vi regresar dos autos de la comitiva", declaró.

—¡Nos sigue un auto, comandante! -dijo el cabo Carvajal al comandante Arrieta, mientras apretaba a fondo el acelerador del Mercedes Benz presidencial, luego de haber hecho el brusco viraje en "U" que le permitía ahora escapar de frente, internándose nuevamente en la cordillera.

El edecán naval volvió la cabeza y, a través del vidrio trasero, buscó el peligro de un nuevo ataque. La carretera era toda confusión, con una larga hilera de vehículos de-

tenidos y muchos de ellos haciendo maniobras para tomar la variante a San Juan de Pirque. Entre medio, lo vio:

– Parece que es el de alternativa -informó el edecán, todavía pálido y con el corazón queriéndosele salir del pecho.

– Más vale cerciorarse. Intente comunicarse -dijo el cabo Carvajal, quien en la emergencia se saltaba jerarquías y rangos, sabiendo que en sus manos estaba salvar la vida del general Pinochet, aún tendido en el asiento trasero.

– ¡Atención, aquí vip, aquí vip! ¡Conteste alt, conteste alt! Cambio...

– ¡Aquí alt! Los seguimos. Cambio...

– ¿Son ustedes los que vienen atrás? -preguntó el comandante Arrieta aún dudoso.

– Positivo, comandante. Logramos salir y vamos en retaguardia -se escuchó la voz jadeante del sargento Carpió.

– Entendido. ¿Tienen bajas o heridos? Cambio...

– Negativo, negativo. ¿Qué pasa con mi general? ¿Necesita al médico? Cambio...

El edecán naval miró hacia atrás y preguntó: "Mi general, ¿se siente bien?". La respuesta de Pinochet fue lacónica: "Bien, bien".

– Negativo. Mantenga canal abierto -ordenó el marino.

El cabo Carvajal debió hacer una frenada brusca al tomar una curva cerrada. La carretera estrecha y sinuosa, sin sirenas ni escoltas que abrieran el paso, no permitía esos ciento treinta kilómetros por hora sin peligro de estrellarse contra algún obstáculo y quizás terminar al fondo del río.

Había que bajar la velocidad. Y ese bus adelante, ¡maldito bus que no deja pasar! Los Mercedes parecían bramar casi pegados a la gran carrocería, asomándose con señales de luces y toques de bocina para exigir pasada. La pista contraria, atestada de vehículos, impedía adelantar. Cuando el conductor finalmente desvió el bus hacia la berma, aceleraron como queriendo recuperar segundos perdidos.

Arriba del bus había un pasajero que se pegó a la ventanilla para observar qué pasaba. El sargento de Carabineros Víctor Ramírez, quien iba a integrarse a su servicio en la Subcomisaría de San José de Maipo, identificó de inmediato los vehículos como los presidenciales: "Vi que llevaban los vidrios astillados, pero no le di importancia porque creí que se trataba de un apedreamiento a la comitiva".

– Comandante...

La voz del cabo Oscar Carvajal delataba la presión a la que estaba sometido. Pero su pulso no temblaba. Estaba firme, sujetando el volante.

– Comandante, que pasen adelante...

– ¿Qué?...

– Que nos adelante el de alternativa, que nos asegure la retirada.

El edecán naval tomó el micrófono y dio la orden.

– ¿Dónde se metieron los CNI? -se preguntó en voz alta al ver que se acercaba el puente El Manzano, recordando que el Volvo blanco de Seguridad Adelantada había sido devuelto para averiguar la razón del "taco" de automóviles y la agresiva postura de los soldados. No habían visto el vehículo de los agentes -comandados por

el sargento Tolosa- en todo el trayecto de retirada. ¡Qué raro!

—¿Tenemos contacto con Seguridad Adelantada? - preguntó el edecán al conductor.

—Negativo, sólo con alt...

Todo estaba bajo sospecha, todo representaba peligro. Salvo los ocupantes de los dos Mercedes, ¡todos podían estar involucrados en este ataque a su Excelencia!

—¡Atención, vip, atención! Cambio...

—¡Aquí, vip! Cambio...

—Cuidado con el puente, puede estar minado. Cambio...

—¿Y qué hacemos? -preguntó el edecán.

—No pasarlo, riesgo muy alto -sentenció el sargento Carpió.

—No hay alternativa. Pasemos a toda velocidad.

—Usted ordena, comandante. Voy a detenerme para recoger refuerzos. Hay que aumentar poder de fuego por lo que venga más adelante. Cruzo yo primero y espere. Cambio...

—Entendido. Fuera...

Los soldados del Regimiento de Ingenieros N^o 2 de Puente Alto escucharon un toque de sirena y vieron venir los dos Mercedes Benz grises a alta velocidad y haciendo señales con sus luces. El primero frenó bruscamente en la entrada del puente mekano, dando un respingo.

Se abrió la puerta delantera y el sargento Carpió ordenó con voz perentoria a los soldados José Neira y Erick Llave:

—¡Rápido, arriba, es una emergencia!

Los jóvenes conscriptos se paralizaron por un instante, mirando hacia su jefe -el cabo Coballo- que estaba en la otra punta del puente. Era un civil armado con una metralleta y con una mano ensangrentada el que les estaba dando la orden...

El sargento Carpió abrió la puerta trasera y repitió:

– ¡Rápido, es una orden!

En un par de brincos, portando sendos fusiles automáticos, se vieron sentados junto a un civil pálido y trémulo: el doctor Domingo Videla. El vehículo aceleró de golpe y cruzó el puente. Frenó de nuevo:

– ¡Baja y avisa! -ordenó Carpió al soldado que estaba junto a la puerta.

– Tú sigues -agregó dirigiéndose a Neira, al tiempo que el Mercedes aceleraba nuevamente.

Paralizado por la sorpresa, el cabo Collado vio pasar los autos que se llevaban a uno de sus centinelas. "Noté que los vidrios oscuros de los dos vehículos estaban llenos de trizaduras y pensé que podían ser impactos de balas".

– Deja la bala pasada. Y atento, ¡muy atento! Hubo un atentado contra el Presidente -explicó el sargento Carpió al asustado conscripto Neira, que aún no comprendía qué estaba pasando.

– A su orden -respondió Neira, sin saber cómo terminar la frase porque no sabía qué grado tenía Carpió, vestido de civil.

– Llegó la hora, cabrito. Hay que jugarse el todo por el todo en favor de mi general Pinochet. ¿Está claro?...

– A su orden.

Carpió se volvió y retomó el micrófono:

— ¡Aquí, alt! Seguridad reforzada, un soldado. Cambio...

— ¡Aquí, vip! Entendido. Intente comunicarse con Meló.
Yo no consigo. Fuera.

"Había bastante interferencia, lo que dificultaba las comunicaciones", recordó el soldado Neira al declarar.

La maniobra de escape tenía como obvia meta la casa presidencial de El Melocotón. Pero, ¿sería segura o los esperaba allí otra emboscada? Lo único cierto es que habían escapado milagrosamente de un atentado que obviamente tenía al general Pinochet como objetivo. Y al no lograrlo allá, en la cuesta de La Obra, podían intentarlo de nuevo ahora mismo. ¿Quiénes serían los atacantes? La pregunta latía en el cerebro de todos y nadie se atrevía a hacerla siquiera en voz alta. Alta capacidad de fuego, organización perfecta... ¿el mismo Ejército, la CNI, otra rama de las Fuerzas Armadas, la CIA?... No, no... ¿y por qué no? Había que desconfiar de todo y de todos. Si no lograban comunicación con la casa de El Melocotón, ¿qué hacer, cómo saber qué sucedía allá?

— ¡Aquí, alt! Comandante, entremos al Safe. Ahí es seguro -dijo la voz del sargento Carpió por el radio, refiriéndose a la Escuela de Servicio Militar Auxiliar Femenino ubicada cerca de Guayacán.

El edecán naval miró al asiento posterior y cruzó la mirada con el general Pinochet, quien ya se había incorporado y permanecía silencioso. Una leve negativa de su cabeza fue suficiente.

— Negativo. Seguimos -respondió el comandante Arrieta.

"Durante todo el trayecto, permanentemente, llamamos por radio solicitando ayuda a la Unidad de Emergencia con la que cuenta Su Excelencia. Pero esa Unidad -que es permanente, de 24 horas, y está a cargo del capitán de Ejército-Pedro Olid- no, respondió. A mí me llamó mucho la atención ese hecho, ya que es totalmente irregular. Al final la única comunicación que obtuve fue con el oficial de Seguridad de la Primera Dama, a quien le dije lo que había sucedido. El hecho es que los vehículos en que íbamos debieron ser recibidos por esa Unidad de Emergencia, que está ubicada a unos tres kilómetros antes de llegar a la residencia presidencial. Y no fue así", declaró el sargento Carpió a fojas 979. Ya había anochecido cuando llegaron a la casa de El Melocotón. No se veía nada anormal. Se abrieron los portones y los Mercedes cruzaron la guardia a toda velocidad para frenar frente al acceso principal. El sargento Carpió y el edecán Arrieta se bajaron con presteza y abrieron las puertas traseras. El edecán estiró las manos para ayudar a salir al general Pinochet y ahí le viola mano izquierda ensangrentada. El niño estaba ileso. — Doctor, aquí, venga a ver al Presidente -dijo en voz alta el marino, dirigiéndose al doctor Videla que bajaba del otro Mercedes."Lo examiné y constaté que tenía erosiones superficiales por astillas de vidrios en su mano izquierda, en el dorso de la mano y la cara palmar, además tenía erosiones en la pierna izquierda por astillas de vidrio, ambas lesiones de carácter leve", recordó el médico. El general Pinochet estaba a salvo y allá lejos -a 27,4

kilómetros hacia el oriente- habían quedado sus escoltas atrapados, entre cerro y precipicio, en un ataque devastador por sorpresa.

El comandante Ernesto, de pie en el terraplén de la línea férrea, dejó de disparar y aguzó el oído y la vista, observando el panorama allá abajo entre el humo que salía de los vehículos que se quemaban. No había disparos en contra. ¡Qué extraño! Había visto que algunos escoltas saltaban la pequeña pirca para hundirse en el precipicio y veía un par de cuerpos tendidos en la carretera. También había observado, con impotencia, el escape de los dos Mercedes bajo el fuego granizado de sus hombres. Un cohete había rebotado en el suelo, sin estallar, junto a un Mercedes. Otro había cortado de cuajo *un* poste y otro había golpeado en el techo de un auto partiéndolo como con abrelatas. Y estaba seguro de haber visto rebotar uno en la carrocería gris y brillante de un Mercedes.

"Se habían derrumbado los cobras, los manchados, los cintas negras, los boinas de todos los colores. Nos habíamos enfrentado de igual a igual. Nosotros, combatientes del pueblo, y ellos,-profesionales de la guerra. Y ahí estaba el resultado: los acostumbrados a torturar a chilenos desarmados, los buenos para apretar el gatillo siempre y cuando no hubiera armas al frente, habían preferido el precipicio a combatir", escribió Víctor Díaz (*).

(*) *El Rodriguista*, 1987, separata titulada "Operación Patria Nueva".

tonces, tocar los dos pitazos previstos para el "remate": bajar a la carretera y vencer la última resistencia, asegurándose que el general Pinochet estuviera muerto.

Tocó tres pitazos fuertes. Esperó que se acallaran los últimos disparos de sus milicianos y repitió los tres pitazos, gritando fuerte: "¡Vamos! ¡Retirada!".

Tras un par de segundos de silencio, que reafirmaron la comprobación de que todo había terminado, la veintena de jóvenes se descolgó del cerro corriendo hacia el oriente, hacia los vehículos de retirada, gritando:

—¡Victoria, victoria!

—¡Revolución, revolución!

—¡Vamos, compañeros!

Unos 130 metros al poniente, en medio de la carretera, Mauricio Arenas Bejas -jefe del Grupo de Retaguardia- escuchó los tres pitazos y miró a sus hombres. Estaban todos ilesos. Decidió, sobre la marcha, modificar el plan de retirada. No podía escapar por el camino a San Juan de Pirque, tras haber atacado a los policías del cruce. ¡Para qué arriesgar el pellejo de sus hombres en otra balacera inútil con los carabineros que podrían estar esperando! Echó a andar la Toyota azul y aceleró entre los autos de los escoltas que seguían incendiándose. ¡Mierda, cómo pasar la casa rodante! Uno de sus hombres saltó del pick-up y corrió hacia la station Peugeot. La echó a andar y maniobró para dejar la pasada, mientras otro disparaba los últimos tiros de su cargador para cubrir el escape.

La Toyota llegó así a la cima de la cuesta cuando ya se preparaban a partir los otros vehículos: el Nissan Blue

Bird beige y la Toyota Land Cruisser azul. Sobre ambos, ya estaban colocadas las balizas portátiles. El último en subirse fue el jefe, el comandante Ernesto, en el mismo momento que comprobó -en rápido conteo- que todos sus "combas" estaban allí.

Muchos ojos, en el poblado de La Obra, se abrieron al no escuchar más disparos ni detonaciones. Los que estaban tendidos en veredas y acequias, los que se habían acurrucado tras árboles o bancos de piedra. Con cautela máxima, asomaron un ojo o los dos, para ver qué pasaba. Y ahí los vieron, ahí supieron que estaban en lo cierto. ¡Sí, los mismos vehículos que habían observado por días entrar y salir de la Casa de Piedra, cruzaban ahora como un celaje en medio del caserío, cargados con jóvenes que enarbolaban sus armas!

¡Ya lo decía yo, eran extremistas!

La retirada se había planificado con cuidado, pese a que todos estaban convencidos de que no sería necesaria, de que morirían en el mismo lugar de la emboscada. No imaginaron jamás que todos, sin excepción, juntos, enfrentarían la última y peligrosa etapa: el escape. Y menos pudieron imaginar que recibirían la involuntaria ayuda de un miembro de la escolta presidencial.

El cabo de Carabineros José Manuel Carrasco -motorista de "punta de lanza"- había acelerado su moto, saliendo rápido de la zona de emboscada escasos segundos antes de que comenzara la balacera. No supo qué hacer. Iba armado con una pistola Taurus PT-92 cargada con quince tiros, además de dos cargadores llenos de repuesto. Cuarenta y cinco tiros en total "Dentro de nuestras

funciones no está contemplada la de ser combatientes. Sólo en caso de extrema necesidad debemos cooperar, porque no podemos ser realmente útiles con el armamento que llevamos", declaró luego en el proceso.

Todo indica que el cabo Carrasco debió detenerse unos metros más allá, fuera del alcance del tiroteo, para decidir qué hacía. Bombas, cohetes y el tableteo de armas automáticas resonaban como un infierno y él estaba allí, jadeante, sobre su BMW.

—En un primer instante, pensé que podría tratarse de un simulacro de los "manchados", pero cuando las balas llegaron cerca de mí comprendí que se trataba realmente de un atentado -recordó.

Un atentado de verdad... ¿qué hacer?

—Primero traté de comunicarme con la columna y no recibí contestación ni de mi compañero Sepúlveda, el otro motorista, ni del auto del teniente Tavra. Luego intenté contactarme con Cenco, la Central de Comunicaciones de Carabineros. Tampoco me resultó...

El cabo Carrasco palpó su Taurus colgada al cinto. De nada serviría para la feroz batalla que resonaba en sus oídos. Decidió, entonces, que alguien debería pedir ayuda. Sí, lo mejor sería correr hasta el retén de Las Vizcachas y solicitar refuerzos. Aceleró su moto y se alejó...

Las desesperadas cavilaciones del cabo Carrasco debieron tomarle entre dos y tres minutos. Quizás más. Porque de todos los relatos de testigos el más certero parece ser el de Héctor Véliz, el "Tenca Mocha". Estaba tomando unas maltas con sus amigos en el restaurante "La Cabaña", ubicado a pocos metros de la Casa de Piedra,

cuando vio salir por el portón blanco -uno tras otro- los cuatro vehículos que partieron raudos hacia el oriente. ¿Adonde irían, a esta hora, los extremistas? Se paró de la mesa y salió a la puerta, para observar cómo se perdía el último vehículo en la curva. Allí se quedó cruzando un par de comentarios con otros parroquianos que venían llegando. "No pasaron cinco minutos cuando empezó la balacera. Me agaché, medio cubierto por la puerta, tratando de ver de dónde provenía ese alboroto de explosiones y balas. Tres minutos después, pasó una moto de la escolta presidencial en dirección a Las Vizcachas, con la baliza encendida y a muy alta velocidad. Tres minutos después, pasó de vuelta la camioneta azul a unos 120 kilómetros por hora y en el pick-up iban dos hombres en cuclillas que portaban armas largas. Después pasó el automóvil beige que llevaba una baliza encendida sobre el techo y finalmente pasó el vehículo grande, tipo jeep, también con baliza y con la puerta trasera abierta, donde iba un hombre parado y apuntando un arma larga hacia adelante".

Dejaron atrás el caserío de La Obra y echaron a andar las sirenas. Ciento veinte, ciento treinta, ciento cuarenta... El Nissan Blue Bird adelantó a la camioneta Toyota, para asegurar la retirada. La clave del éxito "estaba en actuar como si realmente fuéramos agentes de Seguridad, exigiendo con prepotencia que nos abrieran el paso y mostrando por las ventanas las puntas de los fusiles. Los habíamos visto actuar decenas y decenas de veces a lo largo de tantos años. Y sabíamos que todos, civiles y uniformados, reaccionaban como autómatas y

resignadamente ante su paso", recordó uno de los atacantes.

Pista izquierda, pista derecha... como recorriendo una pista de slalom, en medio de los vehículos que les iban abriendo paso, y levantando una polvareda con las ruedas que resbalaban en las bermas sin pavimento.

Ninguno de ellos sabía que un vehículo de la CNI, el de los explosivistas, estaba adelante. Porque el Nissan Stanza café de "Seguridad Adelantada" de la CNI se había estacionado frente al fundo El Raco para esperar el paso de la comitiva y seguirla en su trayecto por las calles de la capital. Dentro, los cabos de Ejército Joel Ortega y Eduardo Pontigo, además de los agentes Víctor Valenzuela y Pedro Calderón. Debemos suponer que el agente Valenzuela, jefe del grupo, ordenó detenerse y todos se quedaron dentro del vehículo, atentos a la aparición de la columna. Escucharon de pronto explosiones lejanas, disparos de armas automáticas. ¿Cuánto tardaron en reaccionar? No se sabe. Todos coincidieron en declarar que el cabo Ortega gritó "¡la comitiva!"; que el cabo Pontigo hizo partir el auto, giró en "U" y aceleró; que iban escuchando los disparos cada vez más cercanos por las ventanas abiertas; que el trayecto fue lento porque había muchos vehículos en la carretera y el de ellos no llevaba ni sirena ni baliza para abrirse paso. Pero lo increíble está en otra aseveración en la que todos coincidieron: durante ese breve trayecto, "no nos cruzamos con ningún motorista policial y con ningún vehículo que llevara baliza o sirena".

Los cuatro funcionarios de la CNI debieron cruzarse

necesariamente con el motorista de la escolta y con los tres vehículos del FPMR. No hay un sólo camino en ese trecho que no sea la carretera G-25. Más aún, cuando vieron los tres vehículos encolumnados y los rostros de sus ocupantes asomando por las ventanillas con las puntas de sus armas, debieron saber de qué se trataba. Porque sabían a ciencia cierta cuáles eran los móviles y los agentes que la CNI había destinado esa tarde para "Seguridad Adelantada".

El hecho es que prefirieron no ver -quizás atemorizados ante la superioridad numérica- y los "combas" del FPMR ni siquiera supieron que se habían cruzado con cuatro agentes de la CNI premunidos de fuerte armamento.

Continuaron la veloz huida, mientras al volante de dos de los vehículos -el Nissan y la gran station Toyota- Víctor Díaz y Héctor Figueroa preparaban a sus compañeros para lo que debía venir. Porque estaba claro que el primer motorista había escapado de la zona de emboscada para dar aviso al primer puesto policial y, por tanto, debían estar esperándolos en Las Vizcachas con una barrera de armas prestar a disparar. La muerte, nuevamente, esperaba más adelante...

Un kilómetro antes del cuartel policial, en un predio militar frente al Club de Tiro, la dominical tarde de primavera había sido aprovechada por el comandante del Regimiento de Ingenieros, coronel Gonzalo del Real, y otros tres oficiales para gozar de un bien surtido asado campestre junto a sus familias.

Vieron venir, veloz y sonora, la moto del escolta presidencial y el capitán Rafael Guerra tomó la iniciativa:

— ¡Carola, niños, va a pasar el Presidente! -exclamó dirigiéndose a su mujer y sus tres hijos que jugaban más allá.

Escucharon venir a la comitiva, las sirenas se acercaban con rapidez. Tocios -adultos y niños- miraron hacia la carretera, distante no más de cincuenta metros. Y vieron los tres vehículos con sus balizas rojas y azules encendidas sobre los techos. Tres hombres armados con fusiles iban de pie en el pick-up de la camioneta Toyota. "Pasaron a gran velocidad y como pensamos que era la comitiva presidencial, todos hicimos un gesto de brindis", declaró luego el capitán Guerra a fojas 1113.

Ahí estaban, cuatro oficiales de Ejército de pie y con sus vasos de vino en alto saludando el paso del general Pinochet y sus escoltas. Los "combas" los miraron por un instante y uno de ellos levantó su M-16 al tiempo que respondía el saludo con un grito:

— ¡Viva Chile, mierda!

Los cuatro oficiales se miraron, sorprendidos. ¿Qué había dicho? No era propio de un escolta presidencial decir algo así. ¡Qué raro!

En los segundos de silencio que siguieron, escucharon allá lejos -hacia el oriente- el inconfundible sonido de disparos.

— ¿Escucha, mi coronel? Son disparos. Algo raro está pasando, vamos -dijo el capitán Guerra, al tiempo que buscaba las llaves de su auto.

— No era la comitiva. ¡Esos autos no eran de la comitiva! - gritó otro oficial.

Corrieron a un automóvil y, tras indicar a sus familias

que esperasen allí, salieron a la carretera G-25 rumbo al oriente, guiándose por el sonido de los disparos. ¿Quién disparaba contra quién? Ellos no sabían, en ese momento, que todos los combatientes del FPMR habían pasado frente a sus narices y que al llegar a "El Mirador" se encontrarían con el dramático resultado de la emboscada y con algunos sobrevivientes disparando como autómatas hacia un cerro que no ofrecía respuesta.

Todos los testigos que estaban ubicados en ese tramo - los tres kilómetros que hay entre el Fundo El Raco y el cuartel policial de Las Vizcachas- vieron pasar primero al motorista de escolta y luego a los tres vehículos, separados la moto de los segundos por una distancia de entre 250 a 700 metros según los distintos testimonios.

Lo cierto es que la distancia que los separaba era suficientemente grande como para que ningún miliciano del FPMR lo haya visto ir delante, así como el cabo Carrasco reafirmó una y otra vez que nunca los vio venir detrás. Y, por otro lado, esa distancia era lo suficientemente pequeña como para que los testigos ratificaran, por el paso de la moto, su creencia de que los vehículos con baliza y sirena conformaban la comitiva presidencial.

Retén policial a la vista. Barrera cruzada en la carretera, sacos de arena formando trincheras, automóviles detenidos en larga fila, carabineros con casco y armados con metralletas en medio de la calle. ¡Mierda, ahora venía la segunda batalla! Los aceleradores se hundieron a fondo, los M-16 se prepararon asomándose más por las ventanillas, varias manos se agitaron en el clásico gesto de los agentes de Seguridad para exigir pase libre. Los carabi-

ñeros corrieron, dando voces que los milicianos no escuchaban por el roncar de los motores y el ulular de las sirenas. Y en un dos por tres, se abrieron las barreras y se movieron algunos automóviles...

¡Pase libre! Centenares de ojos los vieron pasar, cruzar el puente, y tomar ruidosamente la curva hacia Santiago, internándose por avenida La Florida.

—No podía creerlo. Estábamos listos para abrimos paso a disparos y, en lugar de eso, se abrieron las barreras y nos saludaron. Nunca entendí qué pasó, porque claramente vi al carabinero de la moto, al mismo que yo había ténido en la mira de mi fusil. Estaba ahí en el retén, con el casco puesto y al lado de su moto. El no pudo confundirse, porque sabía que vehículos como los nuestros no formaban parte de la comitiva. ¡Fue increíble! -recordó luego Héctor Figueroa.

¿Qué había pasado en el retén Las Vizcachas que pueda explicar el hecho indesmentible de que los carabineros abrieron paso a los milicianos del FPMR en su escapada? Para averiguarlo hay que retroceder unos minutos.

A cargo del retén, esa tarde, estaba el sargento Francisco Vallejos. Pero fue el suboficial de guardia, cabo Ramón Vera, quien -exactamente a las 18 horas y 37 minutos- escuchó por el radio la comunicación del cabo Quevedo, desde ese jeep policial ubicado en el cruce de la carretera G-25 con el camino a San Juan de Pirque.

—¡Atención, central, atención! Aquí Jota 4-7-3. Cambio. ...

—Aquí central. Adelante Jota 4-7-3...

–Pasó la comitiva hacia Santiago. Repito. Pasó la comitiva hacia Santiago ...

–Entendido. Cambio...

El cabo Vera miró su reloj, para calcular el tiempo que se tomaría en llegar la comitiva hasta Las Vizcachas, para así tener la carretera despejada.

–¡Central, central, atacan la comitiva, atacan la comitiva!

–Repita, repita...

–¡Que atacan la comitiva!

–¿Qué dice, jota?

–¡Fuego graneado sobre la comitiva! Armas pesadas, armas automáticas. También a nosotros... tengo un herido.

El cabo Vera no podía creer lo que escuchaba. Se levantó, pálido, y con presteza tomó dos fusiles SIG y una ametralladora UZI. Salió corriendo del cuartel, al tiempo que gritaba:

–¡Atacaron a la comitiva, atacaron a la comitiva!

¿Qué? El sargento Vallejos, en pocos segundos, dispuso a sus cuatro subordinados en distintos puntos frente al cuartel, armados con todo el arsenal disponible, y ordenó que se cruzaran dos barreras para detener a todos los vehículos que bajaban para poder chequearlos. Dejó al cabo Vera junto al teléfono y el radio, por si llegaban instrucciones de la central. En eso estaban, en medio de la nerviosa alerta, sin saber exactamente qué hacer y qué estaba pasando realmente al interior del Cajón del Maipo, cuando apareció un Volvo azul de vidrios polarizados viniendo desde Santiago y se bajó un civil.

Era el Volvo de "Seguridad Adelantada" de la CNI, comandado por el capitán Héctor Luis Gaete, quien iba acompañado por el sargento Domingo Poblete. Habían estado estacionados largo rato en avenida La Florida, esperando infructuosamente el paso de la comitiva. Por el radio abierto, habían escuchado antes unos gritos ininteligibles (el "¡atrás, atrás!" del capitán Mac-Lean). "Escuché algo muy breve en la radio, que no entendí pues fue muy corto", aseguró el capitán Gaete.

"Escuchamos gritos, voces fuertes, pero nada entendible. Supusimos que se trataba de un reto que le estaban haciendo a algún miembro de la escolta. Además, es común que en esa zona no funcionen bien los aparatos radiales. Como no volvimos a escuchar gritos o sonidos, dimos por superado el incidente", declaró el sargento Poblete.

Ahí estaban, esperando con impaciencia. ¿Por qué demoraba tanto?

—Quizás se fueron por el camino a Puente Alto -dijo el sargento Poblete.

—Capaz... -refunfuñó el capitán Gaete.

"A nuestra Agrupación de Seguridad Adelantada no le corresponde como misión la seguridad total en los desplazamientos de mi general Pinochet y eso había significado que en varias oportunidades la comitiva tomó rutas distintas a las cubiertas por nosotros, sin que se nos avisara. Por eso pensamos que quizás la columna hubiera' tomado por el Puente Nuevo hacia Pirque o, en las Vizcachas, se hubiera desviado hacia Puente Alto", declaró luego el capitán Gaete.

Vieron pasar, a toda velocidad, a dos motoristas con balizas y sirenas encendidas. Luego, un vehículo policial. Todos parecían volar hacia Las Vizcachas. ¿Habrá habido un accidente?

—Volvamos mejor. Veamos qué pasa -ordenó el capitán Gaete.

Dieron una vuelta en "U" y el Volvo azul aceleró rehaciendo el camino. Aquí la cosa se complica. El capitán Gaete le aseguró al fiscal militar que no se había detenido en el retén y que sólo al llegar a La Obra supo lo que había pasado: "Al pasar por el retén, no vimos nada especial, pues había funcionarios armados con chalecos reflectantes de tránsito, como es costumbre". El sargento Poblete, en cambio, declaró que "nos dirigimos al retén Las Vizcachas, en donde un carabinero nos informó del atentado a la comitiva".

La versión del sargento Poblete, obviamente, es la verdadera ya que coincide con la de los carabineros del retén Las Vizcachas. Rehagamos la escena:

—¡Seguridad presidencial! -dijo el capitán Gaete, tras bajarse del Volvo, dirigiéndose al carabinero de mayor rango.

—¿Qué pasó con el atentado? -preguntó el sargento Vallejos, atragantándose con las palabras.

—¿Qué atentado?...

—¿Cómo? El atentado a la comitiva del Presidente...

El capitán Gaete no escuchó más y entró corriendo al cuartel, donde sólo estaba el cabo Ramón Vera junto al radio y el teléfono. "De pronto ingresó al cuerpo de guardia un civil que dijo ser de la guardia presidencial. Yo

no le exigí que se identificara, porque vi que afuera habló primero con el sargento Vallejos y, además, andaba armado con armamento automático corto y estaba muy nervioso. Me pidió el teléfono y, para hablar, dejó sobre la mesa central su armamento. Al hablar por teléfono, pidió refuerzos y cooperación para atender heridos. También dijo que había muertos. Luego salió, gritó a los funcionarios que dieran preferencia a los vehículos que transportaran heridos, tomó su auto y se fue muy rápido, subiendo por el Cajón del Maipo"

Ahí tenemos al oficial de la CNI, que por su cuenta y riesgo se había adelantado más de lo que aconsejaban las medidas de seguridad, tratando de cubrir su falla. Había hablado, en el teléfono, de muertos y heridos que no le constaban. Y se fue dejando atrás de sí una orden que permitiría la fuga de los atacantes. Más aún. A poco de iniciar su acelerada carrera en búsqueda de la siniestrada comitiva/debió cruzarse primero con la moto del escolta Carrasco y luego con los tres vehículos del FPMR que bajaban premunidos de sirenas y balizas. En su desconcierto, debió incluso correrse hacia la berma para dejarles páse libre. Y en algún instante, quizás al verlos pasar a su lado, debió comprender que no se trataba de vehículos ni de hombres pertenecientes a la escolta. El sabía perfectamente qué autos y qué funcionarios estaban asignados esa tarde para acompañar al general Pinochet. ¿Qué hacer? Optó por asegurarle al fiscal militar que no vio vehículos con sirenas y balizas en todo ese trayecto, que mientras hacía ese recorrido nada sabía aún del atentado. Su subordinado debió cubrirle las espaldas, pero se le escapó la

frase que delató su pasada por el retén donde fueron informados del hecho.

Así, con esa orden emanada de un civil armado y no identificado, los carabineros de Las Vizcachas temían al fin una misión clara en medio de la emergencia: dar preferencia a los vehículos que transportaran heridos. Escucharon una sirena y vieron venir a toda velocidad a un carabinero de la escolta presidencial. No había duda: era de la escolta porque llevaba baliza en la parte trasera derecha de la BMW. El motorista frenó, se estacionó junto a un furgón policial y allí se quedó por unos instantes, sin siquiera bajarse de la moto, trémulo y silencioso.

Se escuchó el sonido de las sirenas. Aparecieron los vehículos con las balizas encendidas, gente armada y pidiendo pase libre con los brazos que asomaban de las ventanillas. Con presteza, los carabineros abrieron las barreras. "Me imaginé que ahí se llevaban a los heridos", declaró el cabo Luis Manuel Pérez. "Escuché las sirenas y vi las balizas encendidas en esos vehículos. Pasaron detrás de mí a gran velocidad y yo pensé que se trataba de los heridos que había señalado el funcionario de Seguridad", dijo el sargento Francisco Vallejos. "Todo ocurrió muy rápido. Esperábamos ver a la comitiva presidencial y esto nos confundió a todos", dijo el cabo Arturo Poblete.

Salvo el cabo Vera que estaba dentro del cuartel, los otros cinco funcionarios policiales del retén y el motorista de escolta observaron el rápido paso de los tres vehículos. De eso no hay duda. Lo curioso es que los carabineros del retén, al darse cuenta después que habían permitido el libre pase de los guerrilleros, les pareció insuficiente

explicar su confusión con lo ya dicho y optaron por incriminar al motorista de escolta, el cabo de Carabineros José Manuel Carrasco.

Así, en sus declaraciones ante el fiscal, todos coincidieron en una versión: el motorista "venía adelante de los tres vehículos y pidió, con la mano, pase libre para ellos; después de pasar el retén, el motorista frenó, hizo un viraje en "U" y se devolvió para estacionarse en el retén". Esa versión no es verosímil y no sólo porque el incriminado la niegue, sino porque los mismos guerrilleros aseguran que nunca tuvieron al motorista al alcance de la vista durante el trayecto y Héctor Figueroa claramente lo vio, ya estacionado, al pasar por el retén.

Por su parte, el motorista dijo haberlos visto pasar. Pero ni siquiera imaginó que se trataba de los extremistas. Actuaban como agentes de Seguridad y punto. Obviamente el cabo Carrasco estaba sometido, en ese momento, a una gigantesca presión y no podía pensar con claridad.

Los siguió con la mirada, perdiéndose en la curva de la carretera hacia Santiago. Allá iban los tres vehículos que transportaban a los veinticinco "combas" con sus cabelleras revueltas por el viento que entraba por las ventanillas abiertas.

¡Increíble! Estaban todos sanos y salvos, huyendo...

—¡Mierda, estoy herido! -dijo por primera vez Mauricio Arenas Bejas a los ocupantes de la camioneta dé doble cabina.

Lo miraron con sorpresa, ya que no había emitido ni un quejido que lo delatara. Se tocó la pierna derecha y todos miraron comprobando que el pantalón estaba ensangrentado.

– ¿Podrás caminar?

– Sí, tranquilos. Yo me arreglo -contestó Mauricio, sabiendo que la orden era tajante: un herido grave no podía retrasar ni un sólo movimiento de los otros.

– Cámbiate, hermano -dijo Juan Ordenes Narvaez, al tiempo que le pasaba un pantalón de buzo.

Motos policiales, vehículos de la CNI, radiopatrullas... Todos haciendo sonar sirenas y con balizas encendidas parecían volar por avenida La Florida hacia el Cajón del Maipo. Arriba, surcando el cielo, un helicóptero. *

– Miren, cómo los tenemos... ¡locos!

– Imagínense la cara que van a poner cuando descubran cómo escapamos...

– No hablen tanto y apúremonos mejor. Que ésta no se cuenta dos veces...

El único policía que reconoció haberse cruzado con ellos, confundiéndolos con agentes de seguridad, fue el joven teniente Raúl Aravena Espinoza, de la Subprefectura de Fuerzas Especiales. Iba en un bus policial, a cargo del Grupo 23, cuando escuchó que el radio solicitaba ayuda a todas las unidades cercanas. Ordenó al conductor doblar por avenida La Florida y se fueron velozmente hacia el sur. "Nos cruzamos con tres vehículos que venían en sentido contrario, haciendo sonar sus sirenas, por lo que presumí que eran elementos de seguridad que trasladaban heridos".

En el paradero 24 de la avenida La Florida, por la calle San Jorge que se interna hacia el poniente, viraron haciendo chirriar frenos y neumáticos en la violenta y rápida maniobra. Los dos empleados de la bomba benci-

nera -ya inquietos por tanto movimiento policial- observaron con sorpresa el viraje, especialmente del último vehículo. Porque la Toyota Land Cruisser dobló antes de tiempo, se metió en la estación de bencina y tomó la calle lateral tras cruzar un acequión de un metro de ancho.

"La doble tracción y la alta velocidad permitió que cruzáramos. Se reventó un neumático con el golpe y debí seguir conduciendo en tres ruedas. Recuerdo que después de pasar esa zanja, el comandante Ernesto me miró y me sonrió. Fue la primera y única sonrisa que le vi esa tarde", recordó Víctor Díaz.

Se apagaron las sirenas, sacaron las balizas del techo con los vehículos en pleno movimiento, cerraron las ventanillas y lanzaron los M-16 al piso. En algún punto entre las quince cuadras que separan la avenida La Florida de la avenida Vicuña Mackenna, los tres vehículos se separaron para enfrentar el último tramo de la retirada. En el Nissan beige, un diálogo que quedó registrado en el proceso.

— Lo matamos...

— Sí, lo matamos...

— ¿Y vieron cómo se tiraban los escoltas por el precipicio?

— ¡Eso fue increíble, hermano!

— ¿Y no se habrá lanzado el tirano junto con sus escoltas al precipicio?

En calle Mejillones Larín, a la altura del paradero 23 de Vicuña Mackenna, se detuvo el Nissan Blue Bird y se estacionó junto a la vereda, frente a cualquier casa. Ya Héctor Maturana había recuperado su fisonomía: se había

sacado el maquillaje con pañuelos de papel, así como la peluca, los rellenos y la vestimenta femenina. Los cinco ocupantes se bajaron con aire despreocupado, cerraron las puertas y se separaron, caminando en distintas direcciones. Dentro dejaron cuatro fusiles M-16, un fusil SIG, una subametralladora She y un lanzacohetes con su proyectil, además de varios cargadores llenos de cartuchos.

A la misma altura, en calle San José de La Estrella, se estacionó la camioneta Toyota Hi Lux, doble cabina. Descendieron y se separaron con un silencioso gesto de despedida. Mauricio Arenas cojeaba un poco y sólo un rictus en su entrecejo delataba el dolor que le producía cada movimiento. Dentro de la camioneta quedaron cuatro fusiles M-16 y una subametralladora She, además de los cargadores con 185 cartuchos en total.

En calle María Elena, a la altura del paradero 25 de Vicuña Mackenna, se estacionó el poderoso jeep Toyota conducido por Víctor Díaz. Dentro quedan once fusiles M-16 y dieciséis cargadores con 148 cartuchos calibre 5.56 milímetros.

¿Cómo huyeron y adonde? "Primero tomé una micro y me bajé en el paradero cinco de Vicuña Mackenna. Decidí bajarme como medida de seguridad, para comprobar si me estaban siguiendo. Caminé unas seis cuadras y tomé otra micro, la Recoleta Lira-Patria Nueva, donde escuché por la radio que daban informaciones sobre el atentado contra Pinochet. La gente estaba silenciosa, no hacía comentarios. Esa micro me dejó a tres cuadras de mi casa", declaró Jorge Angulo.

"Yo tomé una micro en dirección a Plaza Italia, me

bajé y tomé el metro hasta la estación Pajaritos. Ahí me esperaba una mujer, a la que yo debía identificar por señas visuales: llevar en la mano dos cassettes y un disco. Casi junto conmigo apareció Fabiola, quien llevaba la misma ropa que usó en el ataque y estaba muy enterrada. Salimos de la estación los tres y nos esperaba un furgón blanco que nos llevó a una casa de seguridad donde estuvimos escondidos dos semanas", declaró Amaldo Arenas Bejas.

—Caminamos con Daniel un buen trecho y luego tomamos una liebre Pedro de Valdivia. Al pasar por la rotonda Departamental, vimos que había militares haciendo control vehicular. Nos bajamos, pasamos caminando frente a los militares y seguimos a pie otro trecho. Después tomamos una micro Recoleta-Lira hasta el centro. Ahí nos separamos, yo tomé otra Recoleta-Lira y me bajé cerca de mi casa, en La Pincoya. Pasé antes por el bar de la esquina y me tomé un combinado, para que me vieran los vecinos y para que mi mujer no sospechara nada. ¡ uej;o llegué a la casa, como a las nueve y media de la mx! -e Jugué un rato con mis hijas, pero me sentía mareado porque nunca tomo trago. En ese momento prendieron la televisión y estaban dando noticias del atentado. Le dije a mi mujer: "esto es tongo, no puede ser, tienen que ser ellos mismos". Luego me duché y me acosté, porque estaba agotado -declaró Juan Moreno Avila.

"Tomé un bus hasta Plaza Italia y de ahí otro que ¡ne llevó por Providencia hasta la esquina de Carlos Antúnez. Ese era el punto médico, al que todos sabíamos que había que acudir en caso de tener alguna herida. Yo debía re-

conocer al punto médico porque tenía que ser alguien con la revista *Errilla* en la mano. Lo vi, me acerqué y dije: Operación Siglo XX. El me miró, me tomó del brazo y me llevó caminando hasta la Hostería Providencia. Me dejó sentado en el restaurante y se fue a buscar el vehículo. En eso llegó una mujer, se sentó a mi lado, me preguntó dónde y qué tipo de herida tenía. Luego nos levantamos y a pocos metros estaba el punto médico con el auto en marcha. Me llevaron a un lugar, me vendaron los ojos y me operaron esa misma noche", declaró Mauricio Arenas Bejas.

Esa "clínica" del FPMR funcionaba en el corazón de la comuna de Las Condes, en calle Piacenza 1218, tras la fachada de una casa más en el acomodado barrio que congrega a las clases altas de Chile.

El "punto" médico que recogió a Mauricio en Providencia fue el doctor Manuel Ubilla Espinoza y la mujer que lo acompañó era la enfermera Patricia Herrero Mediavila. En la operación, que extrajo las esquirlas a la altura de la tibia, participó el cirujano Pedro Marín Hernández y el doctor Alejandro Aravena Núñez, secundados por personal inexperto que no logró ser identificado, con excepción de la "auxiliar" Gina Cerda Yeomans.

Rescate y venganza

El ulular de las sirenas y el inconfundible sonar de los helicópteros fueron surcando el aire del sector sur-oriente de la capital chilena, la que rápidamente se enteró del atentado por la radio o la televisión, sumiéndose en un silencio sepulcral donde el temor y la inseguridad fue denominador común por unas horas. En "El Mirador" estaba la "zona de muerte", como la denominaron los propios sobrevivientes. El capitán Rafael Guerra -del Regimiento de Ingenieros de Puente Alto- fue de los primeros en llegar para la tarea de rescate, casi al mismo tiempo que uno de los vehículos de "Seguridad Adelantada" de la CNI. —Fuimos las primeras personas en llegar al lugar de los hechos. Había una gran confusión. Vi muertos en el suelo y empezamos a interrogar a dos o tres personas que habían quedado vivas y que no estaban heridas. Pero estaban muy nerviosos, incluso uno de ellos estaba llorando. Ellos nos ratificaron que se había realizado un atentado contra Su Excelencia y que los Mercedes Benz presiden-

cíales se habían devuelto hacia El Melocotón. En ese instante comenzó un tiroteo que -según creo- tuvo su origen en la inflamación de las municiones que estaban en el interior de uno de los vehículos que se estaba quemando. Recogí un fusil que estaba junto a un comando muerto, un Galil creo, y empezamos a disparar. Yo organicé a los que estaban vivos y ordené disparar hacia el cerro -declaró el capitán Guerra a fojas 1113.

—Al verificar que aún se escuchaban disparos, organicé mi equipo y comenzamos a disparar al cerro, bariendo, a fin de anular la acción de algún extremista, si es que quedaba alguno- aseguró el capitán Héctor Gaete (CN1) al fiscal militar, explicando qué había hecho tras bajarse de su Volvo azul de "Seguridad Adelantada".

—Nadie atinaba a hacer nada. Mi capitán Gaete puso el altavoz del Volvo y ordenó: "Evacuar a los heridos en cualquier medio, que las casas enciendan sus luces". Después de vaciar nuestras armas disparando hacia el cerro, dispuso el capitán Gaete que subiéramos a ver qué había -dijo el sargento Domingo Poblete (CNI).

Tras esa intensa balacera obviamente sin respuesta, el comandante Del Real y el capitán Guerra -aún creyendo que podría haber algún francotirador en las cercanías- fueron recorriendo la zona entre los tres vehículos de la escolta, buscando heridos.

—Dentro del primer auto había un carabinero de uniforme, agonizando. Lo bajé del auto, lo recosté en la berma y murió en ese momento -recordó el capitán Guerra refiriéndose a los últimos instantes de vida del cabo Pablo Silva Pizarro.

En el segundo vehículo, el Ford de "Seguridad Uno", el humo y las llamas no impedían ver que en el asiento posterior había un cuerpo descabezado, el del cabo de Ejército Gerardo Rebolledo Cisternas. El comandante Gonzalo Del Real pidió ayuda para intentar rescatarlo, hasta que lo convencieron de que se trataba de una acción peligrosa e inútil.

Entre los autos, caídos sobre el pavimento, dos cadáveres: el del cabo Cardenio Hernández Cubillos, con ropa de civil, y el del cabo Miguel Guerrero Guzmán con su tenida de mimetismo. Diez metros atrás del tercer auto, el "Seguridad Dos" de los comandos, el capitán Guerra se quedó petrificado ante lo que veía en el suelo: "Una pierna cortada a la altura de la rodilla, con bota militar y calcetín verde oliva". Era parte del cuerpo del cabo de Ejército Roberto Rosales Martínez, quien cayó despezado por el LOW que explotó a su lado. Ahí estaban los cinco escoltas muertos y los tres vehículos cruzados por las balas y los cohetes. La confusión fue creciendo en tanto llegaban policías, militares y agentes de Seguridad. Cada grupo obedecía órdenes de distintas jefaturas y no había q[uién] coordinara acciones en la emergencia. Unos levantaban armas y explosivos, mientras otros gritaban que era peligroso, que había bombas sin estallar y que debían ser desactivadas. Otros pedían por radio helicópteros para trasladar heridos y algunas voces exigían la presencia de bomberos para apagar los autos humeantes.

—El comandante Del Real pidió por radio la presencia de bomberos y me ordenó comunicarme con el regimiento de Ingenieros de Puente Alto para que enviaran

ayuda y así comenzar a rastrear la zona, ya que presumíamos que los autores del atentado podrían aún encontrarse en el sector. Personalmente le ordené al conductor de una ambulancia que recogiera tres cadáveres y los llevara al Hospital Militar o el de Carabineros. Le exigí que me repitiera la orden tres veces para comprobar que no se equivocaría -dijo el capitán Guerra.

Un helicóptero sobrevoló el lugar, iluminando todo con su potente foco por unos segundos. Creyeron que bajaría, pero se alejó con la misma celeridad con que había llegado. Llegó al lugar el station Nissan de los "explosivistas" de la CNI, disminuyendo la velocidad para pasar entre los vehículos siniestrados. Buscaban con desesperación los Mercedes presidenciales. ¿Dónde está, dónde está mi general Pinochet? Bajaron la cuesta Las Achupallas a toda velocidad y se detuvieron con un brusco frenazo en el cruce, donde vieron el jeep policial y carabineros heridos. ¿Qué pasó, saben algo de Su Excelencia? Sí, claro, los Mercedes volvieron a El Melocotón. En ese momento, apareció el Volvo blanco de la CNI, viniendo desde El Melocotón.

—¡Quedó la embarrada! -gritaron los explosivistas a los agentes del Volvo.

El sargento Leopoldo Tolosa no podía creerlo. Nunca quedó claro en el proceso qué hicieron los agentes CNI del Volvo blanco luego que el capitán Mac-Lean les ordenó devolverse para chequear qué estaba ocurriendo en el puente El Manzano. Porque no hay desvíos ni caminos de alternativa que pudieran explicar el hecho de que no hubieran visto a los Mercedes presidenciales en su tan

veloz como desesperada retirada. Y ahí estaban, muy retrasados, llegando al cruce y enterándose recién de lo ocurrido. "Nos encontramos con el vehículo del personal de explosivistas en el cruce, estaba al costado derecho. A través de la ventanilla me gritaron que había quedado la embarrada. En ese momento pude apreciar que al finalizar la cuesta, había una fogata grande", declaró el sargento Tolosa, conocido como "el zorro plateado" por su cabellera blanca.

El sargento Tolosa trató de comunicarse por radio con el jefe de "Seguridad Adelantada" -el capitán Gaete- pero no obtuvo respuesta. Así, en medio de su turbación, se le ocurrió enviar al sargento Juan Canales al retén policial de Las Vizcachas para hablar por teléfono al cuartel central de la CNI y pedir ayuda. El sargento Canales partió en el Volvo blanco, cruzó la zona de emboscada y recorrió velozmente los cinco kilómetros para llegar al retén.

"Consulté con un funcionario de Carabineros si habían visto pasar el vehículo presidencial y el Volvo azul de mi capitán Gaete. Dicho funcionario me aseguró que Su Excelencia había pasado hacia Santiago sin novedad, que la columna se componía de tres vehículos y que pasaron frente al retén con balizas y sirenas. No supo decirme qué tipo de vehículos eran y cuántas personas iban en ellos", declaró el sargento Canales a fojas 367.

Quedó desconcertado con ese informe. ¿Dónde estaba realmente el general Pinochet? ¿En Santiago o en El Melocotón? Volvió a la cuesta, encontró allí al capitán

Gaete y le informó lo que había averiguado. Su jefe le ordenó ir de inmediato a El Melocotón para cerciorarse. Recogió al sargento Tolosa en el cruce y aceleraron rumbo a la casa presidencial.

—Al Llegar a El Melocotón, me contacté con el Edecán al que informé lo que había visto en el lugar del suceso. Me dijo que Su Excelencia se encontraba bien. El general Pinochet estaba junto al Edecán y fue éste último quien me ordenó regresar al lugar del hecho a buscar la lista de los muertos y de los heridos. Así lo hice -declaró el sargento Tolosa.

Este agente de la CNI fue el primero que vio al general Pinochet tras el atentado, aparte de los que viajaban en los Mercedes y los que estaban en la casa presidencial. Y lo vio así, silencioso. Su edecán naval respondía por su estado de salud y daba órdenes para averiguar qué había sucedido con los escoltas.

Entretanto, en la zona de emboscada, entre las ráfagas que cada grupo iba lanzando contra el cerro, la "batalla" imaginaria se prolongó por unos veinte minutos después que los atacantes habían hecho abandono del lugar. Es posible -calculando los tiempos- que se siguieran escuchando disparos cuando ya los "combas" iban en diferentes microbuses hacia distintos puntos de la capital.

Abajo, casi al fondo del precipicio, el capitán Juan MacLean y los cabos Roberto Pinilla y Juan Fernández Lobos no podían ver lo que pasaba y sólo escuchaban las intermitentes balaceras. Una vez que se terminó definitivamente el tiroteo, comenzaron a gritar para pedir ayuda.

Pero nadie los escuchó, en medio de sirenas policiales, de ambulancias y de bomberos.

Fue el teniente Raúl Aravena, de la Subprefectura de Fuerzas Especiales, quien decidió en un momento dado bajar por una quebrada unos cuatro metros: "Escuché ruido como si alguien hablara, grité y me contestó un comando que pertenecía a la comitiva, identificándose como el cabo Pinilla, quien en un comienzo se resistió a que lo auxiliáramos, exigiendo la concurrencia de personal de Ejército. Luego de hacerle presente que éramos Carabineros que habíamos concurrido en apoyo de ellos, me señaló que abajo había un lesionado".

El rescate fue difícil. Algunos carabineros lograron llegar hasta ellos tras muchos resbalones e incluso rodar varios tramos. Un detective quedó lesionado por una piedra que se desprendió y lo golpeó en la cabeza. Finalmente, el jefe de la escolta presidencial fue subido en una camilla, izada por sogas, y partió en helicóptero al hospital.

A esa misma hora, la transmisión de Televisión Nacional fue interrumpida por un reiterado aviso:

"Cítase al Club Deportivo Papillón de Colina en su sede. Atención: cítase al Club Deportivo Papillón de Colina en su sede".

¿Un club deportivo de barrio citando a reunión a través de Televisión Nacional, donde cada segundo de publicidad valía cientos de miles de pesos? Quienes, lo escucharon, se encogieron de hombros, extrañados. Pero no ocurrió lo mismo con los integrantes de la Unidad Antiterrorista COBRA, dependiente de la Escuela de Pa-

racaidistas y Fuerzas Especiales del Ejército. "Esta era nuestra clave", reconoció en el proceso el sargento Manuel Antonio Durán, un "cobra" que de inmediato interrumpió su descanso dominical para dirigirse a su unidad. Así, tras equiparse, el Escuadrón COBRA asumió, como primera tarea, la defensa del general Pinochet en su refugio de El Melocotón cuando ya se había decretado el toque de queda en Santiago y el Estado de Sitio en todo Chile.

Siete horas después de ocurrido el atentado, cuando ya la ciudad parecía dormir y en medio de la queda, unos ruidos en el patio despertaron a los moradores de una casa en la comuna de Cerro Navia.

—Felipe, ¡despierta!... escucho ruidos afuera -dijo Alicia Lira, sacudiendo suavemente a su marido.

—No, no puede ser -balbuceó él, medio dormido.

Ella se incorporó, levantó cuidadosamente la cortina del ventanal y vio claramente a un grupo de hombres.

—Felipe, Felipe, ¡un allanamiento!...

El saltó de la cama y comenzaba a ponerse los pantalones cuando los hombres irrumpieron en la casa. Eran seis vestidos iguales: con blue-jeans, parka verde y gorros pasamontañas también verdes. Uno llevaba una pistola en la mano.

—Venimos a buscar al Mao -dijo el que parecía tener el mando.

Felipe Rivera Gajardo -técnico electricista- sintió que su suerte estaba echada. "Mao" era el apodo con que lo conocían sus compañeros de célula cuando había militado en las Juventudes Comunistas, hasta poco después del

golpe militar, y así debía estar registrado en los archivos de Inteligencia. Había suspendido toda actividad política desde hacía muchos años, pero el hallazgo de los arsenales en Carrizal Bajo lo inquietó en extremo, ya que entre los detenidos estaba su cuñado, Diego Lira.

— ¿A quién?...

— A Mao, venimos del partido.

— ¿Del partido? Mire, hace ya mucho tiempo que no tengo ninguna participación en política. Más bien creo que ustedes son agentes de Seguridad y que me van a secuestrar...

Alicia miró a su marido, con la camisa entreabierta y los pantalones a medio abrochar. Los miraba de frente al hablarles y su tono era pausado, más bien resignado. ¿Qué se podía hacer para impedirlo?

Los hombres se abalanzaron sobre Felipe y lo sacaron a la fuerza hasta la calle, empujándolo al asiento posterior de un automóvil pintado como taxi, tras el cual estaba estacionado un Nissan Stanza celeste. Ambos vehículos se perdieron en la noche, cuando ya eran las dos de la madrugada del 8 de septiembre. Alicia Lira anotó la patente del supuesto taxi, pero la placa JR-306 resultó ser de las antiguas que se otorgaban por comunas, previas al establecimiento de la placa nacional única.

El cadáver de Felipe Rivera fue encontrado poco después que se levantó la queda, en las cercanías de su casa. Tenía el rostro deformado por los golpes y seis balazos habían cruzado su pecho.

Y si a las dos de la madrugada la muerte visitó la casa de la familia Rivera Lira, a las tres y media -aún en pleno

toque de queda- llegó al domicilio del profesor Gastón Vidaurrázaga Manríquez, en la comuna de San Bernardo, al sur de la capital. La familia dormía profundamente, ya que el fin de semana lo habían pasado fuera -celebrando el cumpleaños de la hija pequeña- y llegaron al atardecer del domingo, acostándose de inmediato y sin enterarse del atentado al general Pinochet.

Hachazos en la puerta los pusieron bruscamente de pie, al tiempo que voces de hombres gritaban el apellido del dueño de casa. Gastón -un antiguo militante del MIR- entendió de inmediato de qué se trataba. Cubierto sólo por una polera y calzoncillos, tomó a su mujer y su hija para escapar por el patio trasero que estaba conectado a una modesta vivienda y con salida a la calle posterior. Gritos, confusión. Gastón dejó a su mujer y a la niña junto a la puerta de la vivienda que no se abrió para darles refugio. Corrió a la calle y se escuchó una ráfaga de metrallata. Vecinos dijeron haber visto cuando su cuerpo inerte fue subido a un furgón blanco, el que de inmediato aceleró seguido por un Nissan Stanza de color claro. Los testigos coincidieron en que los sujetos vestían parkas verdes y botas de tipo militar. Uno de ellos se destacaba por su altura y corpulencia.

El cuerpo de Gastón Vidaurrázaga -acribillado por 20 balazos- fue hallado por la policía a las siete de la mañana en el kilómetro 16 de la Carretera Panamericana Sur. Su madre, la jueza Yolanda Manríquez, lo reconoció en la morgue.

Dos, tres y media, cuatro y media de la madrugada. Tocaron a la puerta del departamento del periodista José

Carrasco, en el barrio Bellavista. Redactor de la revista *Análisis* y consejero del Colegio de Periodistas, había recibido reiteradas amenazas de muerte en las semanas anteriores. La prudencia aconsejó unos días en Buenos Aires, pero había regresado el 5 de septiembre. Los fuertes golpes se repitieron y Carrasco -tras indicarle a su mujer que llamara telefónicamente a un colega vecino- gritó desde el pasillo:

– Sí, ¿quién es?

– ¡Policía!

– ¿Traen orden de detención?

– Sí, se la mostramos cuando abra la puerta...

– Un momento. Me voy a vestir...

Corrió al dormitorio y, mientras se ponía los pantalones, musitó una frases al-teléfono que sostenía su mujer. La puerta se abrió con estrépito y tres hombres armados irrumpieron en el dormitorio.

– Me estoy vistiendo -alcanzó a decir Carrasco mientras trataba de alcanzar sus zapatos.

– Así no más, que no vas a necesitar ropa -contestó con brusquedad uno de los hombres.

‘Lo llevaron a viva fuerza escaleras abajo. Detrás corría el hijastro del periodista, de sólo quince años.

– ¿Adonde lo llevan, adonde lo llevan? -gritaba el adolescente, marcado obviamente por su tragedia: su padre fue secuestrado por la DINA en 1976 y nunca más apareció.

– ¡Llama a Investigaciones y quédate tranquilo! -le contestó uno de los sujetos.

El periodista Hernán Cardemil también bajó corrien-

do las escaleras y alcanzó a ver a su colega cuando era introducido en un furgón blanco. Detrás había un Nissan Stanza celeste. Uno de los hombres -muy alto- dijo en voz fuerte una frase como "así que el periodista". Dentro del furgón, estaba también el nochero del edificio, Claudio Canales, quien fue bruscamente bajado dos cuadras más allá.

¿Adonde lo llevaron? Una mujer que vivía frente al Cementerio "Parque del Recuerdo" aseguró a periodistas haber escuchado un fuerte frenazo, tras lo cual miró por la ventana y vio dos vehículos. De uno de ellos, fue sacado un hombre con el torso desnudo y los brazos en alto, mientras su camisa levantada le cubría la cabeza. Lo pusieron contra la pared y le dispararon. El cadáver del periodista José Carrasco Tapia tenía trece balazos en la cabeza.

Todo indica que los dos vehículos debieron pasar frente a un cuartel policial y al Regimiento Buin, donde esa noche se cruzaron barreras en las calles. Pero en la investigación judicial todas las guardias coincidieron en no haberlos visto.

Uno, dos, tres...

El cuarto asesinato se perpetró en la noche siguiente. A las dos y media de la mañana del 9 de septiembre, ruidos en el jardín despertaron a la familia Muskatblit en su parcela de Pirque.

—¡Abraham, despierta! Hay alguien afuera...

De un salto, el publicista se puso de pie y corrió al baño de su habitación, abriendo la ventana. Su mujer lo escuchó hablar, se acercó a otra ventana y vio que se

trataba de dos militares uniformados y armados con metralletas.

—González, estamos buscando a González -dijo uno de los uniformados.

—No, está equivocado. Aquí no vive ningún González...

—Y usted, ¿quién es?

—Abraham Muskatblit Edelstein -dijo él, pronunciando lentamente sus complicados apellidos.

—A ver, muéstreme su carnet...

Abraham dio el primer paso para ir a su dormitorio y la voz lo detuvo:

—¡Alto, no se mueva!

—¿Y cómo voy a buscar mi carnet?

—Que se lo traigan... y no prenda luces.

María Elena salió al pasillo, buscando la chaqueta que había quedado en el living, donde debía estar el carnet en la billetera. Escuchó en ese momento los gritos desesperados de su hijo Pavel:

—¡Papá, mamá! ¡Hay gente en la casa, están robando!...

Corrió al dormitorio de los niños y allí había tres hombres uniformados y armados. Uno de ellos -muy alto, que parecía ser el jefe- le ordenó:

—¡Contra la pared y manos arriba! ¡No se mueva ni mire!

Contra la misma pared, fueron puestos los niños y el mismo Abraham, todos con las manos en alto.

—¿Dónde está el carnet? -gritó el jefe.

—En el living, dentro de la chaqueta...

Escucharon cómo se abría la puerta delantera, murmullo de conversaciones afuera, motores en marcha.

– Póngase sus pantalones -ordenaron a Abraham.

Lo sacaron de la habitación. Unos segundos después, la voz del jefe se escuchó ya saliendo de la casa:

– ¡Lo llevamos a Las Vizcachas para comprobar...!

Ella no entendió el resto de la frase. Escuchó que la puerta se cerraba, los niños comenzaron a llorar y corrió a mirar afuera: "Se fueron en dos autos, un furgón blanco y un auto grande, como un Nissan o Toyota. No pude ver las patentes, porque no tenían".

El cadáver del publicista Muskatblit -cruzado por veinte balazos- apareció en las afueras de Santiago.

Uno, dos, tres, cuatro...

Una voz masculina llamó a varias agencias noticiosas y reivindicó los crímenes para el "Comando Once de Septiembre", día en que el general Pinochet encabezó el golpe militar de 1973.

– Murieron cinco escoltas. Uno por uno. Mataremos a cinco -dijo la voz en el teléfono.

Una percepción de peligro inminente tuvieron los militantes y dirigentes de la Izquierda chilena, quienes -a esa altura- ya estaban tomando toda clase de medidas de seguridad, partiendo por no dormir en sus casas.

A las dos de la madrugada del 13 de septiembre, el abogado Luis Toro -de la Vicaría de la Solidaridad- se despertó con el llanto de una de sus pequeñas hijas y se levantó para calmarla. Escuchó el ruido de un motor en marcha frente a su casa, miró por la ventana y vio a varios sujetos de civil saltando la reja del antejardín. Lo recorrió

un escalofrío y supo que había llegado la hora de poner a prueba la elemental medida de seguridad que había pactado con su vecino, luego de recibir una amenaza telefónica. Mientras su mujer buscaba el número del Secretario Ejecutivo de la Vicaría, prendió luces, abrió una ventana del segundo piso y comenzó a gritar.

Mientras los hombres, allá abajo, forcejeaban contra la puerta de la cocina, la familia vecina también prendió las luces y gritó por las ventanas:

— ¡Policía, policía!

— ¡Llaman a la policía que están robando!

— ¡Qué pasa, allá voy con mi revólver!

Los hombres corrieron al auto y se alejaron rápidamente. El abogado Toro había salvado la vida.

No hubo un quinto civil opositor que fuera asesinado en los días siguientes. Las investigaciones judiciales de los cuatro crímenes, cometidos en horas de toque de queda y bajo Estado de Sitio, no lograron dar con los autores hasta ahora. La falla no fue del ministro en Visita Aquiles Rojas, quien intentó ser acucioso: no pudo obtener información alguna de los organismos públicos que estaban obligados a proporcionarla. Pese a sus reiterados pedidos, por ejemplo, no logró que el Ministerio de Defensa entregara la nómina de personas y vehículos con salvoconducto para transitar en toque de queda.

Nueve dramáticos funerales -el de los cinco escoltas y el de los cuatro opositores- enlutaron esa semana de septiembre a los chilenos, cuando se cumplían trece años de dictadura militar.

CAPÍTULO XI

La investigación

El cuidador Marcelino Farfán volvió a la parcela de La Obra al atardecer de ese domingo 7 de septiembre, ingresando por la entrada independiente que da directamente a su casa de ladrillos blancos. Comenzó a preparar la comida de los perros, cuando escuchó los disparos y explosiones.

"Me asomé a la calle, comprobando que los cables eléctricos del alumbrado público se balanceaban, lo que me atemorizó mucho. Me metí dentro de mi casa y seguí preparando la comida de los perros", recordó este hombre de hablar y andar cansino y de piel curtida por el sol cordillerano.

Una vez que terminó la balacera -la del enfrentamiento real y la del imaginario- don Marcelino no pudo más con su curiosidad y decidió que ya podía salir para averiguar qué había pasado: "No alcancé a poner un pie afuera, cuando me vi apuntado por las armas de los militares".

—¡Así que escondiendo terroristas! -le gritó uno, agregando fuertes insultos.

De ahí en adelante, entre golpes y culatazos, don Marcelino apenas pudo balbucear que no sabía de qué estaban hablando. Y en el suelo, entre las piernas verde oliva que lo cercaban, vio cómo corrían hacia la casa patronal muchos carabineros, militares y hasta civiles con brazaletes. El "cuartel" de La Obra fue descubierto de inmediato, por la denuncia de lugareños que habían visto entrar y salir de ahí la station Peugeot con la casa rodante.

La casa, los jardines y hasta el huerto de almendros fueron allanados una y otra vez, desordenadamente. Cuando los peritos dactilares de la Brigada de Homicidios se constituyeron a la mañana siguiente, se encontraron con un enjambre de huellas digitales sobre los muebles, perillas de puertas, ventanales y todas las superficies lisas. Pese a ello, las tomaron todas para luego iniciar una difícil y lenta tarea de descarte, incluso las que había en las ampolletas de las lámparas.

Don Marcelino dio el nombre de su patrón a todos los que, entre golpe y golpe, se lo preguntaron. Un equipo de Carabineros consultó en un archivo nacional donde don Lorenzo García registraba como residencia la avenida Apoquindo 9085. Fueron de inmediato al lugar y se encontraron con el terreno aledaño a la Iglesia de Los Dominicos, donde estaba instalado un "pueblito" de venta de artesanías. Nadie conocía al señor García. A esa misma hora, otro equipo de agentes de la CNI ya lo había localizado. Largo fue el interrogatorio a que se sometió a don Lorenzo y su mujer, para luego -en pleno toque de queda- ser trasladados a la casa del corredor de propiedades Eduardo Fuenzalida. Así, esa misma noche se confeccionaron los

primeros retratos hablados de César Bunster Ariztía y de "Adriana Acuña" (la comandante Tamara).

Pero si Carabineros no tuvo suerte en la rápida ubicación de los propietarios del "cuartel" de La Obra, sí la tuvo respecto de los vehículos usados en la Operación Siglo XX. Dos de ellos fueron hallados en un lapso de diez minutos, prácticamente cuando recién habían sido abandonados en las calles vecinas a la avenida Vicuña Mackenna. El furgón Z-269 de la 36^e Comisaría de La Florida, a cargo del sargento Elias Quintana, realizaba un lento y cuidadoso patrullaje a las siete de la tarde, cuando ya la Central de Comunicaciones había dado la alarma general por el atentado y cuando aún se escuchaban disparos en La Obra de los uniformados que "barrían" el cerro. Se detuvieron junto a la camioneta azul de doble cabina -la Toyota Hi Lux- y bajo una frazada descubrieron el armamento en el pick-up. Llamaron de inmediato al equipo policial especial "OS-4" y rodearon el lugar para que ningún curioso fuera a entorpecer el peritaje de huellas. Cuando llegaron los expertos, el sargento Quintana decidió continuar el patrullaje y un llamado de la central lo movilizó a una calle cercana. Ahí estaba la Toyota Land Cruiser y con sólo mirar por las ventanas comprobaron que dentro había armamento. Otro llamado al "OS-4" y extremo cuidado para que nadie tocara el vehículo. Los expertos se desconcertaron al encontrar el permiso de circulación en la guantera. ¿Qué significaba que ese vehículo perteneciera a la Armada de Chile?

Veinte minutos más tarde, la patrullera B-132 de Investigaciones -a cargo del detective Miguel Galleguillos-

encontró el Nissan Blue Bird beige con las puertas abiertas y, en su interior, fusiles, cargadores, una baliza roja y la ropa que Héctor Maturana usó para caracterizarse como mujer: una blusa morada, un pañuelo de cuello, un sostén y botas.

El informe que esa misma noche hizo Carabineros estampó la imposibilidad de verificar la identidad de los propietarios de todos los vehículos -incluidos la station Peugeot y la casa rodante que quedaron abandonados en la zona de la emboscada- "por no funcionar el kardex computarizado en horas de la noche". Sólo al día siguiente comenzarían los intensos y largos interrogatorios a todas las personas que participaron en las operaciones de arriando de vehículos.

Esa misma noche del atentado, la CNI movilizó a todos sus agentes disponibles en Santiago para allanar las viviendas entre el poblado de La Obra y Las Vizcachas. Cientos y cientos de personas fueron interrogadas. Así llegaron hasta la casa de don Ernesto González, frente al Autódromo. Los agentes vestidos de civil no se identificaron, recorrieron la vieja casona amarilla y se fueron. No entraron a la vecina amasandería, que estaba cerrada. Don Ernesto se asustó con la agresiva visita de los "civiles desconocidos" y decidió dar aviso inmediato a Carabineros.

Fue de esta manera como llegó hasta el lugar, esa misma noche, el subteniente de Carabineros Luis Eduardo Faggione, de la 20² Comisaría de Puente Alto. Escuchó a don Ernesto, le hizo varias preguntas y le pareció extraña la historia de sus arrendatarios que justamente ese fin de semana no habían abierto su venta de pan y empanadas.

Decidió dar un vistazo al local y, sobre un mesón, encontró una factura a nombre de "José Rodrigo Saa Gerbier". No vio nada extraño en el lugar, pero se echó la factura al bolsillo "porque me llamó la atención ese nombre, creí que lo había visto en alguna parte".

Al día siguiente, el subteniente Faggione comentó el hecho con el teniente Roberto Campusano. ¡Estaba seguro de haber visto ese nombre en algún documento de la misma comisaría! El teniente decidió que la vía más rápida era preguntar al resto del personal. Y fue el cabo Hernán Olgún -con buena memoria- quien dio la clave. ¡Sí, claro, un tipo con ese nombre había venido a la comisaría el viernes anterior a averiguar cómo podía pagar un parte por anticipado, el mismo tipo que él había visto conduciendo una camioneta amarilla en La Obra y que había llevado a unos jóvenes que salieron de la Casa de Piedra!

Se pusieron, entre todos, a revisar las copias de las boletas de infracciones de tránsito. Y ahí apareció la cursada por el cabo Valenzuela a "José Rodrigo Saa Gerbier" por conducir sin llevar puesto su cinturón de seguridad. De inmediato el subcomisario David Valenzuela pidió al Juzgado de Policía Local una copia de la licencia retenida y la adjuntó en su informe. La fotografía de "Juan Carlos" quedó incorporada al proceso antes que la del propio César Bunster, pero obviamente su nombre real no era "José Rodrigo Saa Gerbier". Luego se comprobó, en el proceso, que el verdadero Saa Gerbier nada tuvo que ver con el atentado y que había perdido sus documentos de identificación poco antes.

No está clara la razón por la que -establecido el nex

entre "Saa Gerbier" y la Casa de Piedra- no se realizó de inmediato un segundo allanamiento a la amasandería de Las Vizcachas. Sólo el miércoles 10 de septiembre, los policías de San José de Maipo llegaron al local y, junto a unas cajas de bebidas, el teniente Campusano vio un embudo, quiso tomarlo y descubrió que estaba unido a una manguera plástica que se hundía en la tierra. ¿Y eso qué era? Así llegaron al túnel de casi dieciocho metros de largo que, en los días siguientes, fue revisado y analizado por expertos de la Unidad Beta del Grupo de Operaciones Policiales Especiales (GOPE).

El primer detenido que declaró en la causa 1919-86, que instruía el fiscal militar ad-hoc Joaquín Erlbaum, fue un obrero de la Empresa Metropolitana de Obras Sanitarias (EMOS). Genaro Torres llegó al Hospital del Trabajador a las diez de la noche, con una herida a bala en su pierna izquierda. Antes de ser intervenido quirúrgicamente, explicó al médico que estaba trabajando a pocos metros del lugar del atentado y que había estado observando la balacera cuando un tiro se incrustó bajo su rodilla. El carabinero de turno en el hospital sospechó que podría tratarse de uno de los atacantes y así Genaro Torres quedó detenido en una sala del tercer piso.

Hasta allí llegó el fiscal para interrogarlo y el inocente Torres debió responder hasta por su pasado político o qué hacía en los días de protesta: "Jamás he pertenecido a algún partido político, pero sí soy simpatizante del Partido Socialista, pero no asisto a ninguna reunión política. Y nunca he participado en jornadas de protesta, en esos días me quedo en mi casa".

El fiscal Erlbaum decretó su incomunicación mientras llegaban otros informes, entre otros el que le envió el brigadier de Ejército Iván González, Jefe de Unidad de Seguridad de EMOS. Este oficial confirmó que Torres trabajaba esa tarde en La Obra en labores de captación de agua y entregó una copia de la ficha que la CNI había remitido cuando fue contratado, certificando un simple "sin antecedentes". Genaro Torres recuperó su libertad cinco días después.

El segundo detenido fue también un caso singular: en las operaciones "rastrillo" que cubrieron toda la zona, cayó un joven artesano que tenía una pequeña plantación de marihuana en su patio trasero.

El tercer sospechoso fue producto de una delación. Pocos momentos después del atentado, el fruticultor Hugo Vicencio -habitante de La Obra- se acercó a los uniformados para contarles que había visto a dos de los atacantes disparar desde el portón de su casa y luego huir en una camioneta azul. Había tenido la intención de ayudar, pero vio un auto quemándose, calculó el peligro porque no había escuchado aún la explosión del estanque de gasolina y creyó, además, que podía ser confundido como un extremista. Hecho este relato previo, Vicencio fue al grano. Contó que en La Obra vivía la familia Vilches y que uno de los hijos "había recibido instrucción paramilitar en Cuba y Hungría". Agregó que un pariente de los Vilches -denominado "El Alicate" y de filiación comunista- dijo a su empleada, dos o tres días antes del atentado: "Señora Celia, pocos días le quedan a su Presidente".

La declaración de la empleada doméstica Celia

Sepúlveda Castillo, de 69 años, resultó realmente decidora.

—El sábado 6, como a las 19.00 hrs, iba atravesando la calle frente a la carnicería Campusano, cuando escuché la voz de "El Alicate" -quien conoce mi ferviente adhesión a Su Excelencia el general don Augusto Pinochet- y me gritó: "Hasta hoy le queda a Pinocho, mañana cae". Yo me volví con rabia y quise pegarle, pero me tuve que tragar sus palabras debido a mi estado físico precario. Este sujeto me lo dijo muy en serio, ya que yo nunca hablo con él y nada le he hecho como para que me insulte con lo que yo más estimo y aprecio que es a mi Presidente señor Pinochet.

A doña Celia no se le había pasado aún el disgusto cuando, al otro día, escuchó explosiones y disparos que provenían del Mirador. Dijo al fiscal que, en ese momento, estaba en el río con una pareja amiga: "Nos asustamos tanto que sólo atinamos a protegernos bajo un camión tolva y allí nos quedamos hasta el día siguiente".

Cuando "El Alicate" fue traído frente al fiscal, quedó claro de qué se trataba. César Ríos -ese era su nombre- negó haber cruzado palabra con doña Celia y explicó que ella le guardaba rencor desde hace años: "Me pidió una vez que le ubicara un terreno para construirse una casa y yo le dije que fuera a la Municipalidad a hacer el trámite".

Otra denuncia fue la que hizo Benjamín Villar, quien trabajaba en una parcela de El Peñón. Todos los días llevaba leche a su patrón que vivía en Las Vizcachas y "siempre vi una camioneta Toyota amarilla en la amasandería, la misma que vi estacionada en una casa de la

Población Colonia El Peral, en Puente Alto, después del atentado". De inmediato fue allanada la casa sospechosa, pese a que el dueño aseguró que allí se estacionaba -de vez en cuando- una Chevrolet amarilla de su hijo, quien vivía en Pirque. Los uniformados fueron a Pirque y allanaron la casa de Juan Alberto Aguilar en su ausencia. En unas cajas del garage, encontraron un cassette con canciones de protesta... y un discurso de Miguel Henríquez, el asesinado líder máximo del MIR. El resultado fue una persecución sin tregua, hasta que Aguilar debió acudir a la Vicaría de la Solidaridad pidiendo amparo. Nada tenía que ver con el atentado, pero probarlo fue tarea difícil.

Y así como la misma noche del atentado el "Poder Legislativo" de la época -compuesto por los cuatro jefes máximos de las Fuerzas Armadas y Carabineros- decretó el Estado de Sitio, al día siguiente se presentó a la justicia militar el requerimiento "contra todos los que resulten criminalmente responsables, como autores, cómplices o encubridores". El ministro del Interior, Ricardo García, sostuvo -en el escrito- que el atentado demostraba "un concierto previo de sofisticada planificación" que no era sino "la culminación de una continua y reiterada prédica y práctica de conductas terroristas" por parte de la oposición. Una oposición -agregó el ministro- que insistía en convocar a jornadas de "movilización codal" o de "desobediencia civil" y en difamar al general Pinochet "para desprestigiarlo frente al país".

Esa fue la explicación para haber detenido, en la misma noche del 7 al 8 de septiembre, a unas doscientas

personas de las cuales medio centenar eran dirigentes políticos y sindicales. Fue el primer paso.

El segundo se hizo presente a través del oficio reservado N° 211.811 de la CNI, firmado por su director, el general Humberto Gordon Rubio. Ahí se sostuvo que un grupo de dirigentes políticos opositores se había previamente concertado "para convencer a la ciudadanía que la eliminación del Jefe de Estado traería como consecuencia inmediata el retorno a la democracia". Y pidió que fueran citados a declarar Ricardo Lagos Escobar, Germán Correa Díaz y Rafael Maroto, ya Retenidos en el cuartel central de Investigaciones. El fiscal Erlbaum obedeció de inmediato.

Don Ricardo Lagos -luego ministro de Educación en el primer gabinete del Presidente Patricio Aylwin- debió escuchar antes de declarar. El fiscal le leyó parte de su "ficha" enviada por la CNI, la que en total llenó 59 fojas del proceso. Esa ficha partía con un dramático error:

—Junio de 1974, participa en reuniones de la comisión política del Comité Central del Partido Socialista con el nombre político de "Guillermo" -leyó pausadamente el fiscal Erlbaum.

—Está usted equivocado. Esa información se refiere a don Ricardo Lagos Salinas, un joven de 24 años que fue detenido el año 74 y está desaparecido hasta el día de hoy -interrumpió Lagos.

La ficha contenía un pormenorizado detalle de las reuniones, viajes, declaraciones y hasta de los funerales a los que había asistido durante el régimen militar. Y curiosamente se cerraba con una entrevista en la que condenaba "el uso de la violencia como solución política".

Durante su interrogatorio, Lagos debió demostrar que tenía "coartada" para el anochecer del domingo 7 de septiembre, un día fatigoso que incluyó el atropello de su perro y el posterior traslado a una clínica veterinaria, una ida de emergencia á la Clínica Alemana porque uno de sus hijos se accidentó en un partido de rugby y un sobresaltado despertar cuando la policía llegó por la noche a su casa.

En el caso del dirigente socialista Germán Correa - después ministro de Transportes en el primer gabinete del Presidente Aylwin- su pormenorizada ficha en la CNI cubrió cincuenta fojas del proceso.

Aseguró al fiscal militar que el Movimiento Democrático Popular -que reunía a un sector de la Izquierda chilena- tenía **como**, objetivo "la recuperación de una democracia plena, poniendo término a la brevedad posible al actual gobierno militar. Para conseguir este objetivo sostengo como mecanismo las movilizaciones sociales y no considero correcto el uso de la vía armada". No bastó con eso. Ante una pregunta del fiscal, debió asegurar que no había tenido participación alguna en la planificación y ejecución del atentado.

La ficha del sacerdote Rafael Maroto Pérez -de 73 años- ocupó treinta y una fojas del proceso. La CNI lo tenía catalogado como "cura obrero" que, tras el golpe militar, "ayudó a miembros de la Unidad Popular a asilarse en embajadas, conduciéndolos personalmente en su vehículo". Se registraba su permanencia en campos de concentración en 1975 -Tres y Cuatro Alamos- por "albergar, ocultar y facilitar fugas", así como una larga lista de

oficios litúrgicos y huelgas de hambre. Hasta se anotaba lo siguiente: "concorre a ceremonia fúnebre por fallecimiento del ex Presidente Eduardo Frei, oficiada en Catedral Metropolitana". Y se cerraba con su castigo de relegación a Tongoy e Inca de Oro, su participación en el funeral de la viuda de Pablo Neruda y la calificación de "vocero del MIR".

Detenido en la misma noche del atentado, el sacerdote Maroto debió explicar al fiscal Erlbaum que había llegado a su opción política "a través de un profundo análisis de conciencia, en el sentido de vivir verdaderamente el Evangelio". Se le preguntó por sus públicas declaraciones acerca de no desechar la vía armada como alternativa: "Debo precisarle que la vía armada ha sido considerada históricamente por la Iglesia y por los pueblos. Creo, sin embargo, que en Chile no se dan las condiciones para el uso de esta vía, ya que es requisito fundamental que se hayan agotado todos los demás medios de entendimiento pacífico para conseguir el retomo a la democracia plena", contestó. Respecto del atentado mismo, debió aclarar que nada sabía con anticipación.

El fiscal Erlbaum estaba sometido a fuertes presiones. Dos semanas después del atentado, todas las detenciones e interrogatorios resultaban infructuosos. Cuando terminó de interrogar a Marotó, Correa y Lagos, dijo a uno de ellos: "Voy a dictar una orden de arraigo". Y ante la protesta del afectado, explicó: "Usted no se da cuenta de la situación. Esta es mi única arma (mostrando su lápiz) y estoy rodeado de tanques y metralletas que me exigen que los declare reos. No puedo hacerlo, porque no dispongo

de ninguna prueba. El arraigo es lo mínimo, si no lo hago sería suicida".

Pocas horas antes de dictar esas órdenes de amigo, un oficio reservado de la CNI llegó a la oficina del fiscal Erlbaum exigiéndole que citara a declarar a oíros tres dirigentes políticos "por haber participado en una reunión de terroristas marxistas en La Habana,. Cuba". Se trataba de los ex senadores democratacristianos Ra- domiro Tomic y Jorge Lavanderas y del ex ministro Sergio Bitar.

Las fichas de Inteligencia eran extensas. En el caso del ex senador Tomic, por ejemplo, se incluía detalles como el siguiente:

— "3 de octubre de 1973: habría sido visitado por el austríaco Hans Jenistschek, integrante de delegación demócrata;

— "agosto 1974: en reunión clandestina efectuada en domicilio de Hugo Herrera se dijo que Tomic sería agente del Partido Comunista, colaborando con éste y trayendo dinero desde el extranjero;

— "febrero 1975: Washington DC es la base de operaciones de Radomiro Tomic, quien encabeza poderoso grupo de chilenos que trabaja en organismos internacionales, proporcionándoles asesoría para denigrar a Chile. Mantiene estrecha relación con la prensa, sindicatos y sectores privados a través de su amigo David Rockefeller y en el Parlamento a través de Ted Kennedy. Su actuación es de éxito positivo, logrando sobrepasar la labor de la Embajada de Chile en EEUU;'

— "diciembre 1976: figura en fichas del registro

nacional de miembros del PDC, que fueron incautadas en calle Santa Filomena, sede del PDC que se incendió.

— "diciembre 1976: figura en lista de personas con las cuales mantenía contacto Orlando Letelier, encontrada en d maletín que portaba el día de su asesinato.

— "abril 1979: regresa a Chile en visita familiar, lo reciben en el aeropuerto Patricio Aylwin y Bernardo Leighton. Durante su permanencia, las reuniones efectuadas fueron de carácter político. Se concluye que su viaje a Chile es de reconocimiento de la situación y de preparación del camino que lo lleva a un posible rol de candidato a la Presidencia de la República en el futuro".

Estas insólitas fichas de la CNI culminaban con la famosa reunión de La Habana que, en 1985, había congregado a medio millar de los políticos más destacados de América Latina para analizar el tema de la deuda externa. Para el organismo de seguridad, lo de la deuda externa era "un falso lema" bajo el cual "se elaboraron planes destinados a lograr el derrocamiento del Supremo Gobierno, a través de diversas estrategias impuestas por el gobierno marxista de Cuba".

El fiscal Erlbaum sólo alcanzó a citarlos a declarar. El no haber tenido la mano dura que se le exigía y sólo decretar arraigos para los tres primeros, le costó su salida como fiscal ad-hoc y el ingreso en la escena del fiscal Fernando Torres Silva.

El caso es que la CNI -aparte de llenar centenares de fojas del proceso con las "fichas" de los dirigentes políticos- poco y nada aportó a la investigación, pese a tratarse

del organismo creado por el régimen militar como pilar fundamental de su propia "seguridad".

Esto se debió, claramente, a que mantuvo en esta emergencia -la más importante, ya que se trataba del intento de asesinato del propio general Pinochet- su actuación de carácter represivo. Fueron, en definitiva, los organismos policiales tradicionales -Carabineros e Investigaciones- los que fueron pesquisando elementos de prueba hasta dar con algunos de los autores.

Cuando ya había transcurrido más de un mes, se dio con una pista clave. Investigaciones interrogó, el 9 de octubre de 1986, a María del Rosario Pinto, radioperadora del Cuerpo de Bomberos de la Obra, quien recordó que el día 29 de agosto llegó una pareja pidiéndole comunicación con Santiago. A ella le llamó la atención la joven rubia y hermosa, quien ostensiblemente trataba de bloquear con su cuerpo la visión directa del joven. Al día siguiente la vio salir de la Casa de Piedra. Con estos datos, se rastreó en el archivo hasta dar con el número 2253529. Resultó ser una casa de calle Salvador, en la comuna de Ñuñoa.

Los dueños de casa -Joaquín Casarino y su mujer- dijeron haber arrendado un cuarto a una mujer llamada Isabelle Mayoraz, de nacionalidad suiza, quien respondió un aviso publicado en *El Mercurio*. Se había ido, llevándose todas sus cosas, en los primeros días de septiembre. La pesquisa siguió, entonces, con la persona que había recomendado por escrito a Isabelle como una "joven honorable". Se trataba de Sonia Pazmiño, quien tras ser detenida declaró haber conocido en Suiza a la pareja formada por Isabelle Mayoraz y Marcial Moraga. Había visto a la

jovern suiza a comienzos de septiembre, cuando le pidió que le gwwdura algunos muebles y una caja. En esa caja, los detectives encontraron fotografías, algunas anotaciones que revelaban su tarea de "exploración" en las rotondas de la zona sur de Santiago y un par de cartas de amor.

Ahí estaba la carta enviada por Marcial Moraga desde Lima, cuando iba camino a La Habana para esa "beca" que marcaría el fin de un largo romance. Ext cuatro páginas de apretada escritura -que quedaron incorporadas al procesí)- Marcial gritaba su nostalgia y le pedía "chiquitea, courage".

Allí estaba la postal que Marcial Moraga le había devuelto tras la ruptura, cuando Isabelle se enamoró de "Juan Garios". Una postal enviada desde Suiza con su letra pequeña y su castellano torpe, añorando su presencia. Con la fotografía de Isabelle y Marcial -sonrientes en una plaza de Viña del Mar- la policía volvió a rastrear la zona.

Paralelamente, los expertos de la Sección Huellografía y Dactiloscopia seguían trabajando día y noche en la búsqueda de a quiénes correspondían los trozos de huellas digitales encontrados en envases de bebidas y copas de la Casa de Piedra. Descartadas las huellas de los propios uniformados que irrumpieron en el lugar esa misma noche, siguieron con los archivos especiales de carácter político para terminar con el de delincuentes comunes. Y nada. ¿A quién pertenecían esas huellas? ¿Se trataría de extranjeros? Sin darse por vencidos, los expertos continuaron con los archivos nacionales hasta que, el 22 de octubre de 1986, dieron con una de ellas.

Casi no podían creerlo. Repitieron la comparación varias veces. Ahí estaba al fin, la "identificación positiva" de ese trozo de huella hallada en la botella de Coca-Cola. Un equipo de la temida Brigada Investigadora de Asaltos (BIA) llegó hasta el domicilio registrado por Juan Moreno Avila esa misma noche. Ahí -en la modesta casa de La Pincoya- detuvieron a su madre.

No quedó consignado en el proceso la presión que se efectuó sobre la mujer para que dijera donde estaba su hijo. Y cuando lo sacaron de la pieza que había arrendado en la comuna de Maipú, junto con su mujer y su hijita de cinco meses, tampoco quedó constancia de los apremios a que fue sometido por toda una noche, incluyendo el hecho de que oía el llanto de ambas en la celda vecina.

La declaración de Juan Moreno Avila llevó a la detención, al día siguiente, de cuatro de sus compañeros, con los que debía reunirse en el Parque O'Higgins para seguir con su entrenamiento físico. En el caso de Jorge Angulo González y Lenin Peralta Véliz, fueron detenidos -muy temprano por la mañana- cuando iban a tomar un microbús en calle Recoleta para ir al Parque. Y en el caso de Víctor Díaz Caro y Arnaldo Arenas Bejas, la policía montó un vasto operativo en el Parque desde las primeras horas de la mañana. Vendedores, deportistas, aseadores de camarines y todo tipo de personajes fueron reemplazados por detectives de la BIA que atraparon a los jóvenes cuando se cambiaban de ropas para iniciar su trote.

Sus extensas declaraciones extrajudiciales confirmaron lo que la policía buscaba: habían participado en el atentado como combatientes del FPMR. Pero no propor-

cionaron datos que permitieran identificar ni detener a otros participantes directos.

Ame el fiscal militar Torres Silva, su primera presentación fue escueta y tajante, como lo demuestra el siguiente diálogo que quedó anotado a fojas 1231 del proceso:

— "¿Dónde fue detenido?

— En Ramón Camicer 836.

— ¿Sabe por qué fue detenido?

— Por el atentado al tirano.

— ¿Quién es el tirano?

— Pinochet es el tirano.

— ¿Cuándo y dónde fue el atentado?

— El 7 de septiembre en el Cajón del Maipo.

— ¿Ratifica la declaración extrajudicial prestada en Investigaciones de Chile que en este momento se le lee?

— Ratifico en todas sus partes la declaración prestada ante Investigaciones de Chile que en este acto se me ha leído.

— ¿Cual es su participación el día 7 de septiembre en el atentado en el Cajón del Maipo?

— Mi participación fue como fusilero y mi acción se encontraba encaminada a disparar contra el último vehículo de la comitiva presidencial. Iniciada la acción, descargué tres cargadores del M-16, fusil, que portaba en ese momento. Mi misión fundamental era detener y paralizar al último vehículo de la Comitiva Presidencial.

Sin más que agregar, previa lectura, se ratifica y firma: Juan Moreno Avila".

Largamente incomunicados por orden del fiscal Torres, entre 30 y 40 días, no hubo posibilidad de que los

médicos pudieran verificar a tiempo las secuelas de los apremios a que fueron sometidos en el cuartel de Investigaciones!

El as de triunfo obtenido por la policía civil -en su enconada competencia con la CNI- siguió rindiendo frutos. Las declaraciones de los cinco reos coincidían en que "un llamado telefónico" había sido la señal para salir del cuartel de La Obra rumbo a la zona de emboscada. Ese llamado, por tanto, debía haberse hecho desde algún punto del Cajón del Maipo, entre la casa presidencial y La Obra. Los detectives rastrearon las llamadas en todos los poblados, hasta que dieron con el efectuado desde la Hostería "Inesita" a la casa-cuartel de La Obra, es decir, desde el número 12 de San José de Maipo al 8501924 de La Obra.

La Hostería "Inesita" pertenecía a un ex suboficial de Carabineros, Ireño Sepúlveda, quien estaba gravemente enfermo para el día del atentado -hospitalizado en Santiago- y murió ese mismo septiembre de 1986. Su mujer y su hija habían viajado para verlo ese día y la hostería había quedado a' cargo de Erna Saavedra, una mujer de 33 años que vivía desde niña con la familia.

Cuando los detectives interrogaron a Erna Saavedra, insistió en que nadie se había hospedado ese fin de semana y en que no había prestado el teléfono a ningún extraño. Se la llevaron detenida, creyendo que ella misma podría ser la del llamado. Y, cuando compareció ante el fiscal Torres, mantuvo su versión: "Les dije todo ío que sabía, pero al parecer los policías no me creyeron". Tampoco le creyó el fiscalad-hoc y decretó su incomunicación en la cárcel de mujeres. A pesar de ello, cuando Erna

Saavedra volvió a la fiscalía no modificó su versión: "Debí escuchar el paso de la comitiva, pero como estoy acostumbrada a oír pasar, ya que pasan con mucha bulla y sirenas, no me preocupa mayormente. A esa hora debo haber estado en la cocina. Y no hubo alojados ese fin de semana porque mi tío estaba enfermo. No se recibían pasajeros".

La mujer no tenía ningún antecedente que la ligara a grupos de Izquierda, por lo que la investigación se topaba ante un callejón sin salida. Ninguna presión parecía surtir efecto sobre Erna Saavedra.

El misterio se aclaró cuando el fiscal Torres decidió ir personalmente a la hostería el 4 de noviembre de 1986. Al reconstruir pausadamente la historia, Rosa Sepúlveda -hija del dueño- recordó que ese día domingo llegó con su madre como a las seis de la tarde:

—Llegamos muy amargadas, porque mi padre estaba muy grave. Guardé el auto, cerré el portón y nos fuimos a la cocina. Tomamos el té y en ese momento alguien dijo "ahí va la comitiva". Yo seguí tomando té. No escuché que alguien usara el teléfono, porque tenemos una campanilla abajo para saber cuando alguien lo usa en el pasillo del segundo piso. No recuerdo tampoco quién haya estado ese día en la hostería, porque Erna los atendió e hizo las boletas. Recuerdo que el 31 de agosto también hubo dos pensionistas, pero no recuerdo quiénes.

El fiscal le pidió copia de las boletas y le mostró la fotografía de la rubia Isabelle Mayoraz. "Sí, ella es. Llegó aquí con sus esquíes el sábado 6. Estuvo aquí con una

amiga, alta y de pelo negro. Ocuparon una habitación, pero pidieron boletas separadas al irse como al atardecer del domingo 7. Usaron varias veces el teléfono y recuerdo que el domingo en la mañana vino una pareja joven a verlas. Dijeron que las habían recogido en el camino a Lagunillas y las habían llevado a nuestra residencial. El matrimonio dijo estar preocupado por ellas y por eso volvía a preguntar. Pidieron café, hablaron con ellas y se fueron".

Con esos datos anotados por su actuario, el fiscal Torres pidió que le trajeran nuevamente a Erna Saavedra. El interrogatorio quedó registrado así:

—¿Hubo alojados el fin de semana del 6 y 7 de septiembre?

—Yo no estoy segura, pero no me acuerdo. A lo mejor, sí.

—¿Reconoce como extendidas por usted estas boletas?

—Sí, pero realmente no sé a quién.

—¿Recuerda haber atendido a dos mujeres jóvenes, una de las cuales traía un par de esquíes, y que llegaron el sábado 6 por la noche?

—Sí, ahora que usted me lo recuerda llegaron dos mujeres al atardecer, una era rubia y la otra morena. La rubia se cambió de ropa, se puso unos pantalones verdes amasados, usaba un aro largo en una oreja y uno corto en la otra, tomaba cognac, usaba un moño tirante, pelo rubio liso. Recuerdo que el domingo 7 hablaron por teléfono en la mañana y otra vez por la tarde. Pagaron las cuentas y pidieron cuentas separadas. La rubia pidió que le cargaran

las llamadas y el cognac a su cuenta. La rubia hablaba con acento extranjero.

– Con precisión, ¿puede señalar cuántas llamadas hicieron las dos mujeres jóvenes?

– Hicieron dos llamadas el día domingo 7, una por la mañana y otra por la tarde, la última alrededor de las 18.00 horas. Después de la llamada, pidieron la cuenta y se fueron.

– ¿Escuchó lo que hablaron?

– No, no escuché la conversación.

– ¿Cuánto duró esa llamada de la tarde?

– No sé cuanto duró, pero por lo que pagaron debió ser corta. No recuerdo la suma exacta, pero era mínimo, unos 30 pesos.

– ¿Cómo le consta que estas mujeres hicieron estas llamadas?

– En la mañana, porque me pidieron el teléfono cuando les llevé el desayuno. La de la tarde, porque me pidieron el teléfono.

El fiscal le puso por delante la foto de Isabelle, con su solera a rayas y sandalias blancas, y Erna Saavedra la reconoció como "la rubia de los esquíes". Nunca quedó claro qué había pasado con la memoria de Erna Saavedra, pero el fiscal Torres decidió -el 5 de noviembre de 1986- encargarla reo como autora del atentado. Tras un mes de prisión, Erna Saavedra quedó en libertad provisional. Su mala memoria le jugó una muy mala pasada.

Otro dato telefónico que surgió en la declaración de uno de los cinco detenidos llevó a los detectives a rastrear otra pista. Se trataba de un número telefónico al que se

debía llamar para dejar recados bastante crípticos. Cuando la policía llegó a la casa de Rebeca Hidalgo, de 64 años, se encontró con una curiosa historia.

— Fui a la Compañía de Teléfonos de San Miguel a tratar de hacer un convenio para pagar la cuenta, ya que debía dos meses y tenía cortado el servicio. Me dijeron que era imposible, por lo cual tuve que cancelar el total. Al salir de la oficina, se me acercó un hombre que me ayudó a bajar la escala y como se dio cuenta de que no veía muy bien, a causa de unas cataratas en ambos ojos, se ofreció a acompañarme hasta la estación del metro de San Miguel. En el trayecto me dijo que había notado que yo tenía problemas para cancelar el teléfono y que justamente necesitaba a una persona que le recibiera llamadas de algunos socios de una oficina constructora, ya que él había cerrado su oficina. Me ofreció mil pesos mensuales por dejarse recados mutuamente con sus socios en mi teléfono. Dijo llamarse Ignacio Leiva, tenía unos 35 años y una forma calmada y educada para hablar - aseguró doña Rebeca.

Ella aceptó la proposición y comenzaron los llamados: de Ignacio para Genaro, Gonzalo, Tomás, Ramiro, Román y viceversa. Todos los recados eran simples: "Que vayan a mi oficina", "que no resultó el trabajo", "que no hay novedades". El domingo 7 de septiembre, como a las cuatro de la tarde, llamó Ramiro para dejar un recado a Ignacio: "que vamos a la fiesta". Y luego, como a las ocho de la noche, volvió a llamar: "Dígale que ya nos retiramos de la fiesta". Doña Rebeca transmitió los recados, sin preocuparse siquiera de qué fiesta se trataba. En todo caso

jamás imaginó que la tal fiesta era el "atentado" contra el general Pinochet.

El fiscal Torres no le creyó y la dejó detenida e incomunicada por varios días. Tras seis meses de presidio, recuperó su libertad incondicional. Y como doña Rebeca fueron más de un centenar de personas las que se vieron afectadas por esta investigación que se caracterizó -según las denuncias- por decidir arbitrariamente detenciones y rigurosas incomunicaciones que se excedieron de todos los plazos legales, sin contar con un abierto hostigamiento a testigos, abogados y familiares de los detenidos. Sin duda, el fiscal Torres era parte y no juez de este proceso, lo que le valió que poco después fuera ascendido a general de la República y designado Auditor General del Ejército.

Tras la identificación de Isabelle Mayoraz como participante en el atentado, la policía centró su mira en el hombre que la acompañaba en la foto: Marcial Moraga. Así, uniendo dato a dato, llegaron el 9 de noviembre de 1986 hasta el departamento de calle Marcoleta y lo detuvieron. Moraga había visto a Isabelle tras el atentado, ella le había contado de su "modesta participación" -así la autocalificó- y le había anunciado que sería sacada fuera del país para evitar ser capturada.

La policía obtuvo con rapidez los datos para llegar a los miembros del taller mecánico de La Florida que participaron en la entrega del armamento, sin saber a qué operación estaba destinado : Osvaldo Quezada, Lautaro Cruz y Vasily Carrillo Nova.

En el caso de Carrillo, Investigaciones entregó un informe especial acerca de su detención en la que partici-

paron quince policías en plena vía pública: "Al verse cercado por sus aprehensores, ofreció tenaz resistencia, tratando de huir, golpeando a algunos de ellos por lo que fue preciso esposarlo fuertemente, pero no obstante continuó su defensa con los pies, tratando de destruir un aparato de telecomunicaciones que portaba. Hubo de ser atado de pies y manos con una cuerda". Ese parte N° 1283 de Investigaciones buscó ocultar -con la supuesta "tenaz resistencia"- las señales de la tortura que Carrillo sufrió durante tres días. Luego el fiscal Torres lo comunicó por un mes y decretó su aislamiento, por dos años, del resto de los presos políticos. A pesar de todo quedaron huellas de las torturas y la jueza Dobra Luksic, meses más tarde, encargó reos a seis de los detectives de la BIA que participaron en su detención e interrogatorio.

Cuando ya habían pasado cinco meses y medio desde el atentado, cayó un sexto participante directo de la Operación Siglo XX y esta vez por obra de la CNI. Fue en la cálida noche del 19 de febrero de 1987 cuando Mauricio Arenas Bejas advirtió que lo estaban siguiendo. Viajaba como pasajero en un taxi colectivo, tras haber asistido a una reunión con otros jefes del FPMR. Al llegar a la esquina de Vicuña Mackenna con Filomena Soto, los agentes de la CNI cruzaron sus vehículos al frente del taxi y lo conminaron a bajar. Mauricio lo hizo disparando su Colt 45, en una acción abiertamente suicida.

Las ráfagas de metrallera le fracturaron ambos fémures, le cruzaron el tórax y una bala se alojó en su cabeza. Sobrevivió milagrosamente y, estando agónico en la Unidad de Tratamiento Intensivo, la CNI lo sometió a

reiterados interrogatorios en los cuales reconoció su participación en el atentado como jefe del "Grupo de Retaguardia".

Fue también la CNI la que actuó en los sangrientos hechos del 15 y 16 de junio de 1987. En las diecisiete horas que duró la "Operación Albania" -así la llamó la CNI- fueron muertos doce militantes del FPMR en cinco puntos de la capital. Entre los tres sobrevivientes que fueron detenidos estaba Héctor Figueroa Gómez, quien participó en el atentado en el "Grupo de Contención". Cuando la CNI irrumpió en la casa de calle Varas Mena, disparando desde la puerta de entrada, Héctor Figueroa alcanzó a escapar por el patio trasero, llevando en sus brazos a un niño pequeño. Ayudó a la joven madre a subir por la pandereta y luego a un compañero herido. Saltaron hacia la casa vecina y de ahí siguieron huyendo, equilibrándose milagrosamente sobre los delgados muros divisorios hasta llegar a una calle lateral. Una vez en la vereda -ya no venía el herido con ellos- trataron de calmar su agitada respiración. Comenzaron a caminar como si fueran una pareja con su hijo en brazos. El niño seguía llorando. Un agente de civil los detuvo. Héctor comenzó a explicar que llevaban al niño de urgencia al médico, cuando el agente vio la sangre en sus manos. En pocos segundos, estaban rodeados... pero vivos.

Ya habían sido detenidos -en el curso de nueve meses- siete participantes de la Operación Siglo XX. El fiscal Torres creyó tener a ocho en su poder, pero lo cierto es que Ricardo Contreras Sánchez -detenido en agosto de 1987- estaba fuera de Chile para el atentado. No hubo nove-

dades en el proceso hasta abril de 1989, dos años y medio después de ser iniciado. Y todo ocurrió cómo una triste fatalidad.

Héctor Maturana Urzúa y Juan Andrés Ordenes Narváez habían regresado recién a Chile para reintegrarse a la acción del FPMR. Estaban en Talca esa mañana del 11 de abril de 1989, cuando decidieron divertirse un momento con los juegos electrónicos. Estaban comprando fichas, cuando ingresaron al local tres carabineros en tenida civil. ¿Por qué les parecieron sospechosos? ¿Quizás un gesto casi imperceptible de pánico? Los policías exigieron que se identificaran:

– Documentos, por favor. Somos policías...

– Aquí está el mío -dijo rápidamente Ordenes.

– Yo no ando con mi carnet. Le puedo entregar la boleta porque estoy haciendo el trámite -se excusó Maturana.

– Y ese bolso, ¿qué hay en ese bolso?

– Cosas personales...

– ¿Y por qué está tan nervioso? A ver, muéstreme qué lleva.

Ordenes comenzó a abrirlo, pensando en cómo ocultar el Colt que llevaba adentro. En ese momento el policía trató de tomar el bolso, mientras se llevaba la mano al cinto. Ordenes no esperó más, tomó el Colt y disparó. Dos de los policías cayeron heridos y Maturana arrebató la pistola a uno de ellos. Huyeron disparando y dos balas dieron en el cuerpo del subteniente Juan Carlos Amar, quien murió instantáneamente.

La balacera alertó a otro policía que estaba en la calle.

Maturana recibió un balazo y disparó hiriendo en un pie al carabinero. Siguió huyendo por la calle, disparando al aire para abrirse paso entre los transeúntes. Se subió a un taxi, pero el chofer se resistió y trató de convencerlo para que se entregara. Otros dos policías aparecieron en la escena y dispararon a los neumáticos, al tiempo que lo conminaron a bajarse. Maturana bajó apuntando al frente con su arma y los balazos en sus piernas terminaron por reducirlo.

¿Qué había pasado, entretanto, con Juan Andrés Ordenes? Había legado hasta el paradero de taxis de la estación lenroviaria y se trasladó en un vehículo hasta la carretera Panamericana Star. Caminó por una media hora hacia el norte, hasta que logró que se detuviera un bus interprovincial. No alcanzó a ocupar por más de veinte - minutos el asiento N^o 31, creyéndose a salvo. En el retén de ' Itahue, subieron tres carabineros armados con metralletas. Dos se ubicaron en los extremos del pasillo y el tercero comenzó a pedir las cédulas de identidad a los pasajeros.

—Su carnet, por favor...

—Se me perdió, así que estoy sacando uno nuevo. Aquí está el comprobante y aquí tengo una copia de mi certificado de nacimiento --explicó Ordenes, tratando de aparentar calma.

El carabinero observó los papeles, se los devolvió y continuó con otro pasajero. Pero el alivio duró pocos minutos. Al terminar la revisión, el policía volvió frente al asiento N^s 31.

—A ver, párese...

Lo hizo y el carabinero miró hacia su cintura, al tiempo que alzó la mano con la intención de palparlo.

Ordenes decidió no esperar y sacó rápidamente su pistola disparando a quemarropa. Huyó buscando la salida, a la vez que hizo un par de disparos que dieron en el policía que estaba atrás y en el hombro de un pasajero. Otro disparo adelante dio en el parabrisas y el carabinero alcanzó a saltar a tierra.

Los momentos siguientes fueron de una huida desesperada. Hirió al policía que se había parapetado trás el bus, corrió por la carretera e ingresó jadeante a un polvoriento camino vecinal. Las balas de una ametralladora UZI dieron en su pierna derecha, pero siguió escapando y disparando a sus seguidores. Finalmente, una bala hizo saltar su arma y otra inmovilizó su pierna izquierda. Allí quedó, tendido en el suelo, con nueve balas en el cuerpo... y vivo. Hasta en la fiscalía militar -cuando conocieron detalles de su aprehensión- se escucharon frases de admiración por la audacia de Juan Andrés Ordenes.

Tanto Maturana como Ordenes reconocieron al fiscal Torres su participación en el intento de "tiranicidio" -como ellos lo calificaron- de septiembre de 1986.

Así, con la detención de sólo nueve de los 25 combatientes que participaron directamente en Siglo XX, el fiscal ad-hoc cerró su investigación de 37 tomos y 40 mil fojas en noviembre de 1989, pidiendo pena de muerte para todos ellos. Pero no alcanzó a disponer de los nueve entre rejas por más de dos meses. Porque el 29 de enero de 1990 se produjo la espectacular fuga masiva de 49 presos políticos desde la Cárcel Pública de Santiago, utilizando un túnel de más de sesenta metros de largo que demandó un año y medio de arduo trabajo. Seis de los nueve recuperaron su

libertad en esta "Operación Exito", como la calificaron los mismos fugados: Víctor Díaz, Juan Moreno, Lenin Peralta, Jorge Angulo y los hermanos Mauricio y Amaldo Arenas. En la Penitenciaría quedaron reclusos Héctor Maturana y Juan Andrés Ordenes, en tanto que Héctor Figueroa -estando en la Cárcel Pública- no pudo huir porque su celda estaba cerrada con llave.

Y la pregunta obvia quedó para el final: ¿qué pasó con la Operación Siglo XX que no consiguió su objetivo?

El hecho es que un cohete LOW dio contra el flamante Mercedes en que iba el general Pinochet, dejando la huella del impacto en el bisel de una ventana. ¿Qué sucedió? No fue un milagro ni nada sobrenatural lo que protegió su vida y la de sus acompañantes. Así lo comprobó un informe secreto de la CNI que quedó registrado a fojas 1576 del proceso. Textual:

"La espoleta del cohete M-72 A2 LOW se arma a una distancia de 10 yardas (9,144 metros), desde el momento en que sale del tubo para quedar en posición de disparo o activación del cohete al impactar contra un blanco.

"La no activación del cohete, disparado en contra del auto presidencial, fue producto de la poca distancia que existía entre el tirador y el blanco, la que fue menor a 9,144 metros, lo que impidió que el percutor que inicia la cadena de activación pegara en un borde del fulminante".

Para comprender plenamente este informe, veamos cómo se arma la espoleta del LOW. Cuando está dentro del tubo, el fulminante se encuentra en una posición de 45 grados en relación al percutor. Cuando sale del tubo, la espoleta comienza a girar por un sistema de engranajes

hasta quedar el fulminante ubicado frente al percutor. Este "recorrido de armado" termina a poco más de nueve metros. Terminado este movimiento, la espoleta está en condiciones de activar el explosivo de la ojiva, produciendo la detonación.

Así de simple. El general Pinochet se salvó sólo porque el combatiente del FPMR que disparó ese cohete estaba ubicado a menos de diez yardas del Mercedes Benz.

Sin contar con este informe secreto de la CNI, la jefatura del FPMR tiene otra explicación para haber fallado el objetivo: "Desde el punto de vista técnico-militar, la operación fue impecable. Lo que pasó es que tuvimos un problema técnico con los cohetes LOW. Había suficientes cohetes, pero lo cierto es que ya habían pasado por muchas manos hasta llegar a nosotros. No sabemos qué pasó con ellos antes, pero sí tenemos claro que nos fue imposible almacenarlos en las condiciones de temperatura y humedad correctas. Así, si un LOW en poder de una Fuerza Armada regular tiene una garantía de uno a uno (un disparo, un blanco acertado), en manos del Frente pasó a ser de tres a uno. El hecho es que unos no estallaron y otros no dieron en el blanco pese a estar correctamente apuntado el objetivo. El propio comandante Ernesto - experto en su manejo- nos contó que había apuntado y el cohete sólo rozó el techo de un vehículo de la comitiva. En el caso del auto de Pinochet, uno no estalló, otro dio contra un poste y otro rebotó en el suelo. Y no se alcanzó a cargar otro cohete, cuando el Mercedes ya había escapado. Reconocemos el mérito del chofer, con su gran capacidad para reaccionar con rapidez".

Y el trágico fin...

Nunca supo el fiscal militar Torres Silva que el comandante Ernesto se llamaba realmente José Joaquín Valenzuela Levy. Ninguno de los combatientes se lo quiso decir, pese a las presiones, guardando una lealtad a toda prueba con el joven comandante que dirigió la Operación Siglo XX.

No hay datos fidedignos acerca de cómo se ocultó tras el atentado. Es posible que haya salido fuera de Chile, como lo hizo gran parte de sus subordinados, y luego retomara clandestinamente. Es posible...

El hecho es que no se volvió a saber de él hasta junio de 1987, en una historia que debe ser relatada paso a paso.

Fue exactamente al mediodía del lunes 15 de junio, un día gris y frío, cuando un furgón Suzuki azul comenzó a avanzar lentamente por la calle Alhué, en la comuna de Las Condes. Unos metros más adelante, caminaba despreocupado -por la vereda- el joven ingeniero Ignacio Valenzuela Pohorecky. Su auto se había quedado en

pana esa misma mañana y llamó a su madre para que lo ayudara:

– Mamá, voy a pasar a dejarte las llaves y los documentos del auto. El mecánico los va a ir a retirar en la tarde, para hacerse cargo del cacharro. ¿Está bien? En una hora estoy allá...

No quedó claro cuál de los dos teléfonos estaba intervenido, pero lo cierto es que la CNI decidió entonces que ya tenía un escenario para actuar. El conductor del furgón azul siguió avanzando lentamente por calle Alhué. Ignacio no miró hacia atrás. La metralleta apuntó desde la ventanilla y, en una sola ráfaga, diez balas cruzaron su espalda.

Allí quedó tendido el joven ingeniero, en la vereda, y los agentes cubrieron su rostro que delataba la mortal sorpresa. Su madre escuchó los disparos, salió de la casa y se acercó al ruedo de curiosos. Miró el cuerpo en el charco de sangre, miró las manos abiertas y lánguidas, y supo que era él...

La noticia del "enfrentamiento" -porque esa fue la versión oficial- fue escuchada por el comandante Ernesto y por muchos combatientes del FPMPR en los noticieros de la tarde. Y para la mayoría, el nombre de Ignacio Valenzuela nada significó: debían esperar hasta saber si era realmente un "hermano" y qué nombre político usaba.

Seis horas después del asesinato en Las Condes, Patricio Acosta Castro caminaba a paso rápido para llegar a su casa ubicada en la calle Varas Mena, comuna de San Miguel. Iba con un amigo, conversando.

– Voy a buscar cigarrillos y te alcanzo -dijo el amigo,

al tiempo que cruzaba la calle en dirección a la gasolinera de enfrente.

Patricio no alcanzó a dar muchos pasos más. Dos vehículos lo cercaron en la esquina, al tiempo que varios disparos dieron en el blanco. Un agente se bajó de uno de los automóviles, se inclinó sobre el cuerpo y le disparó con su pistola a quemarropa para asegurar la "faena".

Al fiscal Torres Silva se le debió avisar casi de inmediato. Estaba convencido de que Patricio Acosta era el comandante Ernesto y mantuvo su convicción hasta en el dictamen final que emitió más de dos años después, en noviembre de 1989.

Ni los disparos ni la noticia oficial de este segundo "enfrentamiento con extremistas armados", el 15 de junio de 1987, fueron escuchados por los militantes del FPMR que ocupaban una "casa de seguridad" en la misma calle Varas Mena, pocas cuadras más allá de la residencia de Patricio Acosta.

Tampoco supieron que las casas vecinas ya estaban copadas por la CNI, aduciendo ante sus moradores que buscaban a un delincuente. Minutos después de la medianoche, en medio de un espeso silencio, los golpes resonaron en el portón: ¡Abran, abran, policía! Desde el interior, una voz masculina gritó: "Ya voy, estoy buscando las llaves". Los vecinos de enfrente vieron cómo un vehículo poderoso aceleró, echando abajo el portón, al tiempo que varios hombres disparaban hacia el interior.

Los ocupantes de la casa ya huían despavoridos. Desde un techo, herido de muerte, cayó el cuerpo de Da-

niel Henríquez Gallegos. En el interior de una casa vecina, los agentes remataron al herido Juan Henríquez Araya. La versión oficial habló nuevamente de "enfrentamiento", pero nunca se encontró la huella de una bala que hubiera sido disparada desde adentro de la casa.

Al leer el comunicado oficial del gobierno militar, los padres de Juan Henríquez se enteraron trágicamente de que no estaba en el extranjero. Ellos mismos lo habían sacado al exilio en 1977, luego que Juan y su hermano -siendo dos niños- habían vivido una traumática experiencia. Fueron detenidos junto con sus abuelos y fueron testigos de la tortura que se aplicó a ambos en "Villa Gri-maldi", cárcel secreta de la DINA. EL abuelo era el ex diputado comunista Bernardo Araya, secretario general de la CUT, de 65 años. Los niños fueron liberados, pero sus abuelos desaparecieron para siempre. Juan había estudiado Ingeniería en Alemania y se había quedado allá, esperando una plaza de trabajo que asegurara su sustento en Chile. Eso creían...

Y casi al mismo tiempo que en la calle Varas Mena resonaban los disparos por segunda vez en pocas horas, los agentes estaban irrumpiendo en un departamento de la Villa Olímpica, en la comuna de Ñuñoa. En un principio, la dueña no entendió de qué se trataba, creyó que era un asalto. Hasta que -entre gritos y un par de ráfagas- comprendió el objetivo cuando ya estaba cumplido: matar a quien le arrendaba un cuarto. Así cayó Julio Guerra Olivares, jefe del Grupo de Asalto 503 de la Operación Siglo XX.

Esa misma noche -poco después de las cuatro de la

madrugada del 16 de junio de 1987- una prolongada balacera despertó bruscamente a los vecinos de la ca%. Pedro Donoso, en la comuna de Conchalí. La casa signad* con el número 582 estaba arrendada a un joven matrimonio y al lado vivía el hijo del dueño. Por largos minutos, éste escuchó los disparos, sin entender qué sucedía al lado. Cuando todo terminó, los cadáveres de siete jóvenes quedaron diseminados -en charcos de sangre- por los distintos cuartos.

El cuerpo de la joven Elizabeth Escobar estaba cruzado por trece impactos, la mayor parte de los cuales -según la autopsia- le fueron disparados desde una distancia inferior a 80 centímetros. El cadáver de Patricia Quiroz Nilo presentaba once balazos y el de Ester Cabrera Hinojosa, cinco.

Cinco balazos también provocaron la muerte instantánea de Ricardo Rivera Silva y catorce dieron en el cuerpo de Manuel Valencia Calderón, en tanto que diez proyectiles mataron al dirigente universitario Ricardo Silva Soto.

Y en el centro de una habitación, estaba él...

Dieciséis balas lo anclaron allí para siempre. Le dispararon más que a ninguno, pese a que no sabían que estaban matando al comandante Ernesto, quien nueve meses antes había osado poner en la mira de su lanzacohetes al mismísimo general Pinochet.

Así murió, a los 29 años, José Joaquín Valenzuela Levy. El FPMR optó por agregar a su epitafio la siguiente frase: "caído en combate el 16 de junio de 1987". Es comprensible que el Frente -en sus escritos- haya querido

culminar con una acción heroica de combate la historia de vida de este osado comandante que podría transformarse en leyenda algún día.

Pero no fue así. Los informes que ampliaron las autopsias son tajantes en sostener que ninguno de los siete muertos tenía rastros de pólvora en sus manos. No dispararon. No fue un "combate" como sostiene el Frente, ni fue el feroz "enfrentamiento" que quiso hacer creer la CNI y el gobierno militar. A las manos limpias de los siete muertos se debe agregar que no pudo hallarse ni una sola bala en los muros de enfrente. Y jamás pudo investigarse lo sucedido, pese a la recta intención de la jueza Ximena Solís de Ovando. Un juez militar le exigió que se declarara incompetente, por estar involucrado -en los hechos- personal con fuero militar. Ella se resistió y la contienda de competencia llegó a la Corte Suprema, la que -obvia- mente- falló en favor de la justicia militar.

De la comandante Tamara nada se supo ese año de 1987, año de división para el perseguido FPMP. Luego se conoció que un estudiante de Periodismo tuvo contacto con ella, en el curso de una investigación que decidió realizar acerca de cómo los jóvenes chilenos llegaban a integrarse a grupos de ultraizquierda. El investigador aseguró que sus compañeros describían a Tamara como "un ser humano de nobles e inestimables cualidades". Sin darle datos acerca de su real identidad -como sus estudios en el Grange o en la Escuela de Sociología de la Universidad de Chile- ella reconoció que por su "extracción de clase" había echado de menos las comodidades a las que estaba acostumbrada cuando recién ingresó al FPMP y se sumió

en la clandestinidad. Pero después -dijo-- resultó ser "una buena formación y una se habitúa" (*).

Tamara contó que veía a su pequeña hija cada seis meses "con un montón de precauciones" y que la mayor aspiración de la niña era ser llevada al colegio por su madre todos los días, como lo hacían todas las otras madres...

Ella había optado por ingresar al FPMR porque le pareció "el camino más realista y más consecuente" con su sueño de transformar a Chile en una "sociedad diferente, más justa". Estaba nuevamente enamorada de un compañero al que no quiso identificar ni por su nombre político y reconoció que anhelaba el fin de la lucha peligrosa y clandestina para formar parte de una familia normal:

—Quiero tener una casa donde llegar todos los días. Quiero cuidar a mi hija y tener otra hija. ¡Claro que voy a tener más hijos, porque son lo más lindo del mundo! Si sobrevivo...

Cuando el FPMR decidió, en junio de 1988, centrar sus acciones en la zona central -entre Rancagua y Chillán- fue la comandante Tamara la elegida para determinar los escenarios. Ella dispuso quiénes formarían parte del equipo de "exploradores" y los envió a recorrer la zona, recibiendo periódicos informes.

Tamara ordenó a comienzos de septiembre una "exploración" acuciosa en el sector oriente de San Fernando. Y fue un combatiente de la Operación Siglo XX, Juan Or-

(*) Revista HOY N° 590

denes Narváez, quien le entregó los planos e informes tres semanas más tarde. Así, a comienzos de octubre del 88, Tamara se reunió con un joven sanfernandino en un café de la avenida Providencia.

– Así que conoces bien la zona -dijo ella, sonriendo, tras haber pedido al mozo dos tazas de café express.

– Y muy bien. Tenemos con mi papá y otra gente amiga una especie de condominio en el sector de La Rufina, arriba en la cordillera. Hace años que vamos allá para las vacaciones y cada vez que podemos. Así que entre salir a cazar, a pescar o simplemente a caminar, he llegado a conocer la zona muy bien -aseguró Claudio Araya Fuentes, aún impresionado por esta "jefa" tan linda como bien plantada.

– Perfecto. La próxima semana subirás con dos "hermanos" y rastrearán bien la huella que va bordeando el río Tinguiririca. Necesitamos un mapa exacto y claro -ordenó ella.

Así se hizo.

¿Qué efecto buscaba el FPMR cuando decidió la "ocupación" de un pueblito cordillerano por algunas horas? ¿Declararlo "territorio liberado" como parte de una acción de "propaganda armada"? ¿O dar inicio a una "guerra patriótica nacional" como se aseguró en algunos documentos del Frente? Las declaraciones de los detenidos coincidieron en señalar que fueron dieciséis los combatientes que se reunieron en el sector de La Gruta, el 19 de octubre de 1988. Tras una hora y media de caminata, llegaron al lugar elegido para instalar el campamento. A dos kilómetros de allí está el poblado de Los Queñes.

Los siguientes dos días fueron de exhaustiva preparación: armar y limpiar los M-16 y fabricar bombas caseras. Incluso el campamento fue minado alrededor, previendo la posibilidad de ser descubiertos. Se dividieron en cuatro grupos. El primer grupo de asalto debía apoderarse del retén de carabineros y confiscar el armamento. El segundo debía apropiarse del radio transmisor que estaba en la Posta y efectuar el rayado de muros. El tercero tenía como objetivo el radio transmisor de la hostería e inutilizar la única línea telefónica. El cuarto debía apostarse en la ruta de acceso e impedir la posible llegada de refuerzos policiales desde Curicó. Orden perentoria para todos los grupos: ningún civil podía resultar herido.

La jefatura de esta operación estaba a cargo del comandante Rodrigo, secundado por la comandante Tamara. En la víspera, ella incluso recorrió el poblado, aduciendo ser una excursionista con un malestar alérgico, y fue atendida en la Posta.

Poco antes de abandonar el campamento, el grupo -uniformado de verde oliva y con las pañoletas rojnegras del FPMR al cuello- se tomó una fotografía, usando el dispositivo especial de una cámara automática que se instaló sobre una roca. Así de seguros estaban de su éxito y de poder usar esa fotografía en la propaganda posterior.

Los problemas surgieron al momento de salir del campamento. Explotó una mina y su eco -resonando entre los cerros- los obligó a apurar el descenso, suponiendo que alertaría a los Carabineros. Cuando se inició la ocupación del poblado, el grupo de asalto al Retén no encontró resistencia en los dos carabineros. Se sacó el armamen-

to, se prendió fuego al local y al jeep policial. Y cuando ya se retiraban, llevándose a los policías consigo, salió de la casa vecina otro policía alertado por el humo y las llamas. Disparó con su Taurus el cabo Juvenal Vargas, pero la respuesta lo cruzó con una bala mortal.

El grupo de asalto a la posta -dirigido por Tamara- cumplió su objetivo con cero falta. Sacó el radio transmisor, rayó las blancas murallas y lanzó la proclama a través de un megáfono. Pero el que debía ocuparse de la hostería enfrentó un obstáculo no previsto. Justo en ese momento arribaba un jeep con tres ocupantes, uno de los cuales alcanzó a huir mientras los otros fueron obligados a tenderse en el suelo. El jeep tenía un radio transmisor y un combatiente decidió destruir la antena, acción que fue resistida por uno de los civiles -Fernando García- quien fue herido.

La huida se realizó según lo previsto: divididos en tres grupos para dificultar el rastreo policial. Los comandantes Rodrigo y Tamara integraron el que cruzó el puente colgante sobre el río Teño con rumbo al norte, hacia La Rufina. Caminar de noche y dormir de día, en campamentos rudimentarios, fue lo que hicieron por varias jomadas entre cerros y quebradas. Hasta que en la madrugada del martes 25 de octubre avistaron las luces de la casa de Claudio Araya en La Rufina.

Martes, miércoles, jueves... tres jomadas de descanso en la cordillera con sus días de sol fuerte y sus noches frías bajo cielo estrellado. Por la mañana y por la tarde bajaban hasta el río Tinguiririca para gozar del agua transparente y fría. Tres días en que se dejaron de lado las jerarquías y

los grados, la disciplina y la clandestinidad. Tres días en que Tamara volvió a ser simplemente mujer, la mujer enamorada de Rodrigo.

Al mediodía del jueves 28 de octubre de 1988, el descanso de los guerreros llegó a su fin. Un aviso -¡policías cerca!- los hizo salir de la cabaña de La Rufina con presteza.

-Ustedes hacia allá -ordenó el comandante Rodrigo a los otros tres combatientes, indicándoles la ruta hacia el río Claro.

Lo último que ellos vieron fue que el comandante tomó la mano de Tamara para luego correr juntos hacia el Tinguiririca.

Sus cuerpos aparecieron luego flotando en el sector El Enganche. ¿Fue ella la que no resistió la fuerza de la corriente y él sucumbió al intentar su rescate? ¿O fue ella la que trató de ayudarlo, quedando ambos a la deriva hasta morir ahogados? ¿O fueron detenidos primero y luego ahogados por sus captores?

No se sabe y quizás nunca se sabrá.

La comandante Tamara tuvo un privado ceremonial fúnebre, a la medida de una familia que jamás comprendió la senda de Cecilia Magni Camino.

El comandante Rodrigo -cubierto su ataúd por la bandera rojinegra- recibió los honores que el FPMR pudo dar a su jefe máximo pese al peligro de ser todos capturados en el camposanto. Hasta disparos de salva se escucharon ese día en que fue enterrado el ingeniero Raúl Pellegrin Friedman, quien -por su cargo- debía ser llamado "José Miguel"...

OPERACION SIGLO XX

"En la Central de Comunicaciones de Carabineros ya funcionaba la alerta máxima. El aviso del cabo Quevedo quedó registrado a las 18:37 horas, dando paso a comunicados abiertos de emergencia que fueron escuchados por todos los vehículos y recintos policiales del Área Metropolitana en cuestión de segundos.

"¡Atacaban a la comitiva, atacaban al general Pinochet! El estupor y el desconcierto recorrieron con un solo y largo escalofrío a los uniformados..."

El domingo 7 de septiembre de 1986 alteró el curso de la historia reciente de Chile.

Continúa en solapa interior